

A. MORA

J. M. L. MORA

ENSAYOS  
IDEAS Y  
RETRATOS

A. MORA

A. MORA

A. MORA

A. MORA



## **ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS**

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

25

JOSE MARIA LUIS MORA

# ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Prólogo y selección

de

*Arturo Arndíz y Freg*

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
MEXICO

1 9 4 1



**L**A Universidad Nacional Autónoma de México presenta en este tomo de la Biblioteca del Estudiante Universitario una selección de las obras del doctor José María Luis Mora.

Más que historiador, Mora fué un profundo ensayista que acertó a fijar con precisión, a veces luminosa, muchas de las características esenciales del panorama mexicano.

Criollo y descendiente de opulentos propietarios rurales, parecía destinado por su educación y por su cuna a defender fervorosamente los privilegios de la casta casi feudal a que pertenecieron sus antepasados. Las barreras que acumuló la colonia no

## A D V E R T E N C I A

impidieron que superase las limitaciones de su origen; en la exposición del programa político del “partido del progreso”, alcanzó alturas pocas veces holladas por los escritores políticos de México.

La burguesía librepensadora y antimilitarista de nuestro torturado XIX, tuvo en él su intérprete más lúcido. Discutido con encono hace cien años, muchas de sus afirmaciones conservan plena vigencia en nuestros días. Su caso nos obliga a admitir que el análisis sereno de los fenómenos sociales puede llevar a resultados que alcanzan el valor de profecías. La voz de Mora figura con honor entre las que nos han dejado un mensaje más limpio y perdurable.

Para el *lic.* D. Ricardo Torres Gaytán,  
eminente economista mexicano y brillante  
animador de actividades culturales dentro  
de la Escuela Nacional de Economía, con  
la más cordial estimación.

*Arturo Amavizpa*

## PROLOGO

México, 1.º de mayo de 1956.

"La República Mexicana gasta catorce millones de pesos en sostener soldados que la tiranicen sin defenderla".

"Cada mexicano debe preguntarse diariamente a sí mismo si el pueblo existe para el clero o si el clero ha sido creado para satisfacer las necesidades del pueblo".

JOSÉ MARÍA LUIS MORA.  
(1835).

No tuvo el doctor Mora en su apariencia física nada que lo singularizase.

Vivió en el tiempo en que el influjo del romanticismo impedía conceder calidad intelectual sobresaliente a los hombres que no tuviesen el aire desmedrado de un anacoreta. Pero una tuberculosis prematura le permitió adquirir sin

*esfuerzo el color macilento que los escritores de la época sólo obtenían mediante un régimen austero.*

*Hardy, el agente del gobierno inglés que lo conoció en la tertulia de la librería de Ackermann, cuenta con ufania conmovedora que cuando Mora tenía apenas treinta y cinco años, mostraba ya "toda la palidez y el desfallecimiento que son tan comunes en los hombres de gran talento y de conocimientos literarios".*

*Enfundado en un frac de corte tubular, podemos verlo en el óleo que conserva nuestra Biblioteca Nacional como recuerdo del influjo determinante que tuvo en su fundación. Es el mismo frac que ponía iracundo a su pintoresco enemigo don Basilio Arrillaga, que no acertó nunca a explicarse la repulsión de Mora por el traje talar que por su condición de teólogo borlado le correspondía.*

*Anónimo y de recursos limitados, el pintor dejó en el cuadro la figura de un adusto caballero oprimido por cuello descomunal en el que, al estilo de Lord Byron, se arrolla una corbata negra. La frente es alta, estrecha y surcada por arrugas prematuras. Una boca enérgica emerge de la sombra azulosa de su recia barba europea cuidadosamente afeitada. Aunque en la mirada apunta cierta intención osada y dominante, no hay en los ojos de este mal retrato ni un vestigio de aquella intensidad luminosa que impresionara a Melchor Ocampo cuando hace un siglo lo visitó en París. Y es que, por gracia del tosco pincel, el rostro expresivo del encantador de almas a quien José Bernardo Couto consideraba el más ágil de los conversadores de su tiempo, ha quedado congelado en una seca y anodina stampa de notario.*

*Es en sus obras y en los testimonios de sus contemporáneos donde podemos hallar los rasgos que fijan su actitud y definen la hondura de su huella. En los manuscritos donde ha quedado su letra dura y chaparra, brillante de marmaja, podemos seguirlo en plena labor creadora. Veloz y profundo*



a un mismo tiempo, su mano era dócil a la potencia generosa de su pensamiento. Las ideas le brotaban en venero impetuoso rebelde a la puntuación.

Enemigo de bromas y chocarrerías, tenía un valor sereno que marca con acento de veracidad sus afirmaciones políticas. No se dejó vencer por rencores pequeños. Fué un precursor; pero, por su actitud ante la vida, estuvo siempre más cerca de Rousseau que de Voltaire. Se pareció a Juan Jacobo en la zozobra y en los modos de expresión. Para explicar su desaliño escribió una vez: "Yo no tengo tiempo de ocuparme de palabras cuando he logrado expresar claramente mi pensamiento".

Para vencer y mantenerse a flote sobre el escurridizo y pantanoso suelo político de México, ha sido en todo tiempo necesario mostrar las calidades del tezontle: porosidad y dureza. A Mora le faltó la primera. Fué demasiado firme en sus ideas para que pudiese alcanzar victoria en el escenario de su época.

\* \* \*

La valentía con que atacó a las dos clases privilegiadas que dominaban la nación y la agudeza con que describió a sus contemporáneos más visibles, lo llenaron de enemistades. Pocos escritores han visto sus obras juzgadas con mayor hostilidad; pero es interesante la unanimidad con que hasta sus más enconados adversarios reconocen sus capacidades superiores.

Don José María Tornel —antiguo compañero de colegio a quien Mora pulverizó sin misericordia, pues entre otras cosas verdaderas le dijo que se había echado a cuestras la librea de cuantos habían querido ocuparlo como lacayo— opinaba que los escritos del consejero de Gómez Farías "ma-

*nifiestan suficientemente hasta dónde avanza el extravío de la razón de un gran talento que no ha aprovechado las sabias lecciones de la experiencia". Aunque los dos habían estado juntos en los bancos de San Ildefonso, tuvieron estilos de vida diferentes. Fué inevitable que chocaran y no se comprendiesen. En tanto que Mora entendió la existencia como un "atreverse a tener razón contra la iniquidad de su siglo", Tornel estuvo siempre atento a sacar provecho, a veces excesivo, de las "sabias lecciones" experimentales.*

*Movido también por resentimiento personal, el indigesto don José María Bocanegra llamaba a los libros de Mora: "una sátira que presenta las cosas y los hombres en caricatura y no una relación fiel e imparcial que pueda como tal transmitirse a la posteridad con el saludable fin de la historia".*

*Por su parte, el doctor Arrillaga, después de "citarlo ante el tribunal de la sana crítica, de la religión católica y de la verdadera política", llama a sus producciones nada menos que "Máquina infernal, completa y bien montada".*

*Para impugnar a Mora, don Basilio usó los mismos achaques de bufonería erudita gratos a don Carlos María de Bustamante. Así, después de relatar el cuento de "Chúpate esa" y la dramática "Historia de una Mujer Tuerta que se peleaba con otra que no lo era", pedía que Mora fuese llevado a un manicomio. "¿Cómo anda, pues, libre nuestro doctor por las calles de París? ¿No hay allí almas caritativas?"*

*Y satisfecho de lo que consideraba abrumadora victoria sobre el sentencioso reformista, interpolaba reflexiones en verso tan afinadas como ésta:*

*Esta águila tan real  
Ya paró en humo y es nada;  
Por su cabeza fatal.*

*Sin ojos y desplumada  
Yace muerta en un corral.*

*Y todo, sin perjuicio de que en el último párrafo de sus "Cartas" elogie las felices disposiciones y talentos de que el doctor Mora se halla adornado. "Talentos que reconoce muy superiores a los suyos y de que desea haga usted un uso más digno este, su afectísimo, Basilio Arrillaga".*

\* \* \*

*Pero, juzgando con nuestros propios elementos, ¿podríamos encontrar una colección de semblanzas de mexicanos del siglo XIX que pueda compararse a la que Mora incluye en su "Revista Política"? ¿Quién ha acertado mejor a dar en una sola frase la descripción cabal de nuestros tipos más complejos?*

*Repasemos definiciones:*

*Lorenzo de Zavala: "Hombre poco delicado en todas líneas, pero muy especialmente en materia de dinero".*

*José María Fagoaga: "Todos han acabado por respetarlo por reconocer en su persona una ánima republicana con lenguaje monárquico".*

*Y, hablando de retratos, habría que preguntar también: ¿hay alguno que supere al de José Bernardo Couto, arquetipo de políticos moderados? "Los principios políticos de Couto son de progreso; pero en razón de su carácter, se prestará más fácilmente a sostener las reformas hechas que a proponer las que están por hacer: el sí en él es siempre difícil y muchas veces vacilante; el no, es constantemente firme y pronunciado con resolución".*

*Por algo la inolvidable Marquesa Calderón de la Barca tomó la galería que Mora dibujara, como guía principal para orientarse entre las notabilidades mexicanas de 1839. Al re-*

leerla y hacer su cotejo, se vió obligada a confesar que el retratista "usaba la pluma sin temor y, al parecer, con imparcialidad".

Cuando relata a sus amigas de Norteamérica la honda impresión que causó el folleto en que don José María Gutiérrez de Estrada propuso el establecimiento de una monarquía constitucional en México —motivo por el que tuvo que permanecer oculto y ausentarse más tarde del país—, la Marquesa copia emocionada la silueta que Mora había trazado cinco años antes: "A pesar de la gentileza de su carácter, las convicciones políticas de Gutiérrez de Estrada son tan firmes y tan puras que nunca cedería en lo que considera ser una obligación, aun en el caso de que sus más íntimos amigos trataran de influir sobre él y de que militaran las más poderosas consideraciones". La esposa del Ministro de España tuvo que agregar después: "Se diría que el autor ha previsto las actuales circunstancias".

\* \* \*

Por lo que hace a su doctrina política, Mora fué un liberal que se mantuvo oscilante entre Adam Smith y Jeremías Bentham.

Como en México no existe ni existía entonces gran industria, se preocupó por los intereses de la propiedad territorial con un empeño exclusivista que lo aproxima mucho a los fisiócratas.

Reconocía que la nación se hallaba empobrecida por la acumulación de propiedades en un corto número de manos; pero aunque aconsejó que las tierras fuesen divididas en pequeñas porciones y le pareció urgente que se encontrase un mecanismo para que la propiedad pudiese ser transmitida con facilidad, advirtió los peligros que podría acarrear una distri-

bución graciosa: "Cuando las tierras se dan a hombres que no las han adquirido por su trabajo e industria, sino por una concesión gratuita de la ley —decía—, jamás saben apreciarlas ni sacar de ellas el partido de aquellos cuyos hábitos de laboriosidad les han proporcionado lo necesario para comprarlas y verlas como propias".

Dotado de un altivo individualismo, no creyó en la importancia de las masas, a las que consideraba dotadas de "un movimiento maquinal, en todo semejante al instinto de los animales". Conocía el inestable equilibrio social de México; pero se negó a admitir que los males alcanzasen remedio si se utilizaba la violencia.

Su táctica política forma curioso contraste con la de don Antonio López de Santa Anna. Mientras Su Alteza Serenísima recomendaba a sus ministros: "Firmeza y buenos trancazos lo componen todo", oímos afirmar a Mora: "Los efectos de la fuerza son rápidos, pero pasajeros; los de la persuasión son lentos, pero seguros". ¿No está aquí ya el "¡Venceréis, pero no convenceréis!" unánimesco?

Como para que la anticipación de la escena en la Universidad de Salamanca fuese más perfecta, no faltó ni el "perro incompleto" constelado de medallas y galones.

\* \* \*

Con un optimismo muy a la moda europea de 1830, creyó en el progreso: "La mejora diaria y progresiva que se advierte en todas las obras humanas, es una prueba demostrativa de que la perfectibilidad de sus potencias no tiene término".

Cuando, como era natural, tuvo que afrontar el eterno problema de hacer compatibles la libertad y el orden, se decidió sin reticencias por el orden.

*Consideraba que las convulsiones públicas sólo por excepción son medio de progresar. En su opinión, había que reformar los abusos no tocando a las personas sino cuando fuese necesario.*

*Vivió en el México de las militaradas y los cuartelazos cotidianos y si es verdad que no tardó en convencerse de que todas las rebeliones mexicanas reconocían un origen civil, observaba que los militares se habían levantado con el derecho de ejecutarlas y eran los que las hacían más atroces.*

*Ante la ruina general provocada por la guerra permanente, llegó a exclamar: "El despotismo mismo con todos sus horrores es preferible a una discordia intestina, a una lucha interminable, a una guerra fratricida".*

\* \* \*

*Al seguir la evolución de sus ideas, tenemos que aceptar que su aversión a los militares mexicanos no fué sino resultado de un cuidadoso examen de manías y apetitos cuartelarios.*

*Mora carecía inicialmente de toda prevención contra los soldados y sus jefes. Cuando el ejército profesional encabezado por Iturbide consumó la independencia, no escatimó elogios a esa "tropa aguerrida, pronta a sacrificarse por la libertad de su patria".*

*Más tarde, sin embargo, tuvo que convencerse de que las ambiciones de los hombres de uniforme, su deseo de hacer fortuna y sus hábitos de insubordinación y de falta de respeto a las leyes, eran el principal obstáculo para la vida fecunda del país.*

*Fueron los jefes los que le merecieron más atenta vigilancia, porque sabía muy bien que en México las tropas siempre son de quien las manda.*

*En cada revuelta, después de tratada la paz entre los representantes de las dos fracciones del ejército, había una catartica de inmoderados ascensos para los vencedores. Simultáneamente se hacía la destitución de los vencidos, a los que —por ser la milicia una clase privilegiada— el espíritu de cuerpo obligaba a mantener en el disfrute de sus sueldos.*

*Pronto las obligaciones que por este concepto tuvo que soportar el presupuesto nacional fueron abrumadoras y cada nuevo régimen las hacía aumentar. Ante el extraño espectáculo, alguien escribió esta reflexión zumbona y angustiada:*

*Diez veces me he pronunciado  
contra el poder nacional,  
y apenas soy general.*

*La milicia, decía Mora en 1836, deriva su poder especial del ejercicio de la fuerza brutal en veintiséis años de guerras civiles. "Leyes, magistratura, gobierno, personas y cosas, fondos públicos y particulares, todo ha estado más o menos pero realmente sometido al poder militar, ejército bajo diversas denominaciones y formas".*

*En todo tiempo las mejores voces de habla castellana han coincidido en muchas afirmaciones fundamentales. La actitud de Mora se identifica literalmente con el grito simultáneo de Mariano José de Larra:*

*¡Siempre bayonetas en todas partes!  
¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas?*

\* \* \*

*En estas zonas de América, tierras de Espíritu que no acaba de encontrarse, la vista del poder tiránico ejercido por*

*los vencedores ha producido muchas veces en la población de las ciudades la idea de que, por sus fines directos y sus métodos, los pretorianos provienen de países de barbarie. Y es que esa atribución ideal de orígenes exóticos resulta el único medio de alcanzar una explicación a la conducta de nuestros mandones con alfanje.*

*En México, para darnos la silueta de don Antonio López de Santa Anna, Mora tuvo que llamarlo "Atila de la Civilización Mexicana". Describiendo a Rosas, muchos años después, Sarmiento dijo en la Argentina: "El caudillo que en las revueltas llega a elevarse, posee sin contradicción y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos".*

\* \* \*

*Pero Mora no se limitó a señalar solamente los males que la clase militar provocaba en la República. Había sido sacerdote y conocía como muy pocos los hábitos del clero católico que, heredero de las riquezas que se acumularon durante la colonia, tenía, aparte de su legítima influencia espiritual, un significado decisivo en lo económico y en lo político.*

*Quizá por haber salido del santuario sus golpes fueron más certeros. Se sintió rodeado de un pueblo en el que era casi imposible establecer las bases de la moral pública porque constantemente hacía confusión entre los deberes sociales y los religiosos.*

*Reprobaba que en un país agobiado por la miseria, hubiese príncipes de la Iglesia que, como el Obispo de Puebla, gozaban de una renta de más de ochenta mil pesos anuales, vivían rodeados de una verdadera corte y disfrutaban de una*



*consideración personal "mayor que la de un soberano de las orillas del Rhin".<sup>1</sup>*

*Había visto la ingerencia excesiva que los eclesiásticos tomaban en los negocios públicos y por esto le pareció necesario que se dedicasen a cumplir, sin rebasarlas, sus honrosas obligaciones de auxilio espiritual. Consideraba intolerable la propensión que en todas partes tenían a dominar la sociedad civil y a "mezclar los sucesos de la tierra con las cosas del cielo".*

*La abolición de los privilegios del Clero y de la Milicia le pareció una necesidad "real, ejecutiva y urgente".*

*Desde 1830 afirmaba que era necesario desamortizar los bienes eclesiásticos con el objeto de reparar la bancarrota de la propiedad territorial, aumentar el número de propietarios y obtener cantidades que bastarían para hacer el pago de la Deuda Pública una vez que ésta hubiese sido clasificada y consolidada.*

*Una de las más intensas luchas de su vida la libró contra el monopolio que el Clero ejercía sobre la educación pública. Para él, los establecimientos de educación superior, que en*

---

1 Sobre este mismo punto escribe la Marquesa Calderón de la Barca en su libro *Life in Mexico*: "Si yo me viese precisada a escoger un empleo aquí, me decidiría sin vacilar por el de Arzobispo de México, que me parece la posición más envidiable del mundo para quienes deseen vivir tranquilos, cómodamente, y rodeados de universal adoración. Es un Papa, sin las molestias del Pontificado, y con la décima parte de su responsabilidad, si mucho. Es objeto aquí de una veneración superior a la que en la adelantada Roma se profesa a Su Santidad y, a la manera de los reyes del buen tiempo viejo, es infalible. Su sueldo anual importa unos cien mil duros y si se le antojara vender nada más que los dulces que le mandan las monjas de toda la República, disfrutaría de una buena renta. Su Palacio de la capital, su carruaje sibarítico, sus magníficos caballos y sus mulas de suave andar, sugieren ideas de perfección en materia de confort. La verdad es que el confort, desconocido en México por la gente común y corriente, se ha refugiado en el Palacio Arzobispal".

*nuestro país estaban servidos por eclesiásticos, no eran otra cosa que un lazo tendido a la imprevisión de la juventud. "Todo el empeño de los catedráticos —escribe— consiste en que los alumnos sean cristianos sin cuidarse primero de hacerlos hombres, con lo cual se consigue que no sean lo uno ni lo otro".*

*Le parecía que esas escuelas eran el origen del charlatanismo "que es la plaga general de la República". Llegaba incluso a admitir que por eso era posible encontrar más sensatez entre los hombres que no habían recibido semejante educación.*

*En su mismo estilo literario comprobamos que la enseñanza impartida en los colegios, memorística y dogmática, predisponía a la pedantería. Con todo y que Mora supo vigilarse, en sus escritos abundan las frases de claro matiz escolar, doctorales y rotundas. Frecuentemente repite los giros que le eran más gratos: "Esto es una verdad demostrada, más clara que la luz del mediodía", o bien, "se ha dicho y repetido hasta el fastidio que..."*

\* \* \*

*No ignoraba que su posición era compartida entonces sólo por una minoría. Sabía que el programa político del partido del progreso era —como de hecho siempre ha sido en México— impopular entre los grandes núcleos. Pero su confianza en la nobleza de sus miras era tal, que estaba seguro de que la repulsión de los indecisos debía desaparecer ante los resultados que las reformas brindarían.*

*Con esa su habitual y severa actitud de guía que se sabe seguido con recelo, explicaba: "El pueblo de México ama y desea tenazmente la libertad; pero por ciertas contradicciones e inconsecuencias que se advierten en su carácter nacio-*

nal, está tenazmente adherido a instituciones y prácticas esencialmente incompatibles con ella”.

Enemigo de la aplicación de la violencia y escéptico en cuanto a la eficacia de los movimientos colectivos, se propuso destruir los privilegios de militares y eclesiásticos mediante una revolución incruenta realizada desde arriba. Fracasó en el intento porque careció de tiempo para preparar a los espíritus y porque su brazo ejecutor flaqueó en una hora decisiva.

En 1833 actuó como consejero de don Valentín Gómez Farías y tomó parte muy considerable en la resolución de los problemas de gobierno mientras el honorable médico jalisciense estuvo encargado del Poder Ejecutivo.

A Mora corresponde el honor de haber puesto las bases de la enseñanza laica en México, al disponer con la propia mano el decreto justamente célebre de 19 de octubre de 1833. A él se debieron también no sólo la definición de los principios fundamentales del partido liberal, sino toda una serie de medidas orientadas a su aplicación inmediata, pues como él mismo dice, en la administración Farías, “se hablaba poco y se procuraba hacer mucho”.

Si México ha logrado evadir en algunas etapas de su historia el penoso espectáculo que ofrecen las dictaduras latinoamericanas típicas, ha sido porque los reformistas lograron desvincular el esfuerzo unido del Clero y del Ejército. Por la severa disciplina a que están sometidos, ambos cuerpos imprimen a sus hombres una como intolerancia esencial que marcó en otro tiempo honda huella en los destinos nacionales.

El liberalismo pudo existir entre nosotros como régimen estable, desde el día en que se logró que un ejército no profesional, improvisado y jacobino, permaneciese en guardia frente a la jerarquía eclesiástica. Esto se vió muy claramente al triunfo del Plan de Ayutla, y la lección fué tan convin-

cente, que todavía hoy, siempre que en este país las dalmáticas y los solideos andan en amable compañía con los sables y las charreteras, sentimos que, nuevamente, parece quedar en peligro la libertad.

Mora vió esto con penetración y es por ello por lo que en su "Revista Política" no disimula el papel importantísimo que había asignado a la Guardia Cívica de los diversos Estados de la Federación, frente a la milicia tradicionalista que hacía impracticables las reformas.

Abundante habría sido la cosecha si Gómez Farías se hubiera podido sostener en el poder; pero don Valentín no procedió con la decisión que el momento demandaba y, en lugar de apoderarse del turbulento Santa Anna y sumergirlo en un presidio, le faltó resolución en la hora precisa y permitió por su pusilanimidad el desencadenamiento de la venganza del partido ultramontano que acabó con las reformas hasta entonces conseguidas.

"Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social —escribía Mora desilusionado— es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la tentativa que se hacen sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito".

¿Por qué no se apoderó Gómez Farías del Presidente López de Santa Anna?, se pregunta Mora, y él mismo nos entrega la respuesta: "Porque el paso era inconstitucional; y porque no se supiese en el Vicepresidente una ambición de mando que no tenía". "Famosa razón por cierto —dice con indignación mal reprimida—, famosa razón que ha mantenido a lo más la reputación del señor Farías en un punto muy secundario, y ha hecho recular medio siglo a la nación, haciéndola sufrir sin provecho los males de la reforma, los de

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

la reacción que la derribó, y los que le causarán las nuevas e inevitables tentativas que se emprenderán en lo sucesivo para lograr aquélla”.

Vencidos por la soldadesca los reformadores, no tardó Mora en conocer el gran número de adversarios que su influjo en el gobierno de Gómez Farías le había adquirido. Y antes que solicitar clemencia o abjurar de sus convicciones políticas, resolvió salir por determinación propia al ostracismo, a pesar de la poderosa influencia que para impedirlo ejercieron sus amigos.

\* \* \*

En sus escritos de destierro vemos que su devoción por la libertad de comercio no sufrió mengua. Consideraba que el interés individual y no la protección siempre ruinosa de los gobiernos es lo que debe fijar la inversión de los capitales y determinar la industria de un país.

Puso en la acción enardecida de la política razón fría y aguda reflexión. Su liberalismo está matizado de un claro acento libresco. En los escritos de su primera juventud lo vemos citar a sus maestros europeos en grandes parrafadas y no pocas veces brota victoriosa su pedantería. Así, después de un largo trozo del “sabio Bentham”, afirma desafiante y satisfecho: “la lectura e inteligencia de Bentham no es para semisabios ni entendimientos vulgares”.

Entre sus autores predilectos exhibía desde Turgot y Montesquieu hasta el buenazo de Benjamín Franklin; pero quizá porque la gracia frívola de Voltaire resultaba incompatible con su acento doctoral, se empeñó por que a lo largo de toda su obra pareciese como que lo ignoraba. Evitó cuidadosamente toda chocarrería que pudiese destruir la unidad dramática de sus afirmaciones.

*A más de un siglo de distancia, nos resulta muy fácil encontrarle omisiones y defectos. Fué la suya una filosofía para propietarios y de acuerdo con ella admitió desde luego la necesidad de un gobierno de tipo oligárquico.*

*Consideraba que el derecho de ciudadanía no debía prodigarse: "Habrá si se quiere —decía con ingenuidad— propietarios ineptos y perversos, pero nadie se atreverá a decir que esto sea propio de la mayoría de su clase". "Lo mismo decimos de los proletarios —agregaba—, no faltarán algunos que tengan la capacidad necesaria para desempeñar los puestos públicos y sufragar para ellos; pero la generalidad siempre carecerá de estas prendas, y las leyes no deben atenerse a lo que suceda por un fenómeno o caso raro, sino a lo que, siendo común y frecuente, está en la naturaleza de las cosas".*

*Pero si su desdén por los trabajadores tiene ahora detalles cercanos a la comicidad, conserva, en cambio, plena vigencia su protesta por el abandono con que la generalidad de los habitantes del país habían desde entonces dejado el acto de las elecciones en poder de "los facciosos o de los aspirantes más descarados".*

*Pensaba que sin algún grado de opulencia ningún pueblo puede ejercer ciertas virtudes sociales que hacen honor a los que las tienen. En realidad, y quizá sin que se lo propusiese concretamente, se convirtió en un campeón de los intereses de las clases medias.*

*Quiso ver en el mando a un grupo selecto, una aristocracia de la inteligencia que debía dirigir los servicios sociales y los administrativos. En la excesiva riqueza del Clero de su tiempo vió no sólo un obstáculo económico, sino también político, y como llegó a ser un antimilitarista convencido, dejó a los reformistas mexicanos un verdadero breviario de la libertad civil, "Catecismo Político" lo llamaba él, usando uno de sus curiosos resabios eclesiásticos.*

*Aunque afirmó varias veces que el oro que se adquiere sin trabajo no hace más que dar lustre a la miseria del que lo posee, no se libró de incurrir en las mismas caídas del liberalismo clásico. Su interés por los obreros no llegaba más allá de un deseo piadoso por mejorar su suerte en lo más indispensable. Creía, sí, que había que tratar desigualmente a los desiguales; pero su simpatía estuvo en este caso al lado de los más afortunados.*

*Me temo mucho que si se le hubiese obligado a exponer los orígenes de su desdén por la clase trabajadora, habría contestado como Cobden que no le eran agradables "porque no tenían ninguna educación".*

*Vivió en los años en que el socialismo vegetaba, aun en Europa, como una fuerza estrictamente académica. Nada extraño resulta que su individualismo intransigente haya tenido una clara tendencia hacia la formación de una fuerte minoría civil, enemiga del clero y del ejército y que, por elegancia, debía mantenerse cuidadosamente apartada de las masas populares.*

\* \* \*

*Es el suyo un optimismo en descenso. Directamente influido por las generosas afirmaciones del Barón de Humboldt, hablaba primero del suelo de México como del "más férax del Universo". Pero en los últimos años de su vida se encaminaba hacia el escepticismo en todas las líneas.*

*En sus escritos notamos una visible gradación. Al mirar desde el destierro el panorama mexicano tuvo que confesar con una angustia muy semejante a la de Alamán: "Nada se ha conseguido. Nuestros esfuerzos han sido inútiles, el mérito ha sido olvidado, la virtud abatida, la inhabilidad colocada en altos puestos y desatendidos los clamores de un pueblo reducido a la miseria y a la opresión".*

*En el 48 no sólo supo de nuestra gran derrota, sino que desde Londres le tocó presenciar la revolución comunista que incendiaba el continente europeo. Entristecido ante la primera crisis del liberalismo, escribió a Gómez Farias en una carta inédita que ahora se conserva en Austin: "Las cosas por acá van mal y el socialismo y el comunismo han perjudicado más el principio republicano que los esfuerzos de todos los reyes juntos".*

\* \* \*

*Aunque pueda juzgarse extraño, todavía hoy existen grupos a los que su ideario político parece demasiado progresista. No faltan continuadores de sus adversarios que, para situarlo históricamente, le reprochan como defecto fundamental su tuberculosis. (Planchet.)*

*También se intenta explicar su lucha contra el poder abrumador que entonces tenía la Iglesia, insistiendo en sus relaciones con la masonería. No es posible negar que Mora actuó dentro de las logias escocesas en puestos de responsabilidad; pero los que encuentran el origen de su posición política en manejos de sociedades secretas, ocultan la opinión que de las logias llegó a tener el reformador guanajuatense, sobre todo después de la pintoresca fiebre masónica que padecemos durante el gobierno de don Guadalupe Victoria. "Si no tienen por objeto la beneficencia pública que les dé algún interés —decía—, no son otra cosa que una ridícula y despreciable reunión de locos mansos que se entretienen y pasan el tiempo en hacer gestos extraños, movimientos irregulares y contorsiones extravagantes".*

*Recientemente hemos visto también a escritores afectos a los esquemas demasiado simples que, quizá por no haber llegado a la comprensión de la misión histórica del liberalis-*



## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

*mo mexicano, utilizan un cómodo mecanismo que les permite afirmar que todo lo que en México no ha estado dentro del "partido militar", pertenece a lo que llaman el "partido burocrático". Y es así como resulta ahora que el más decidido adversario de nuestra empleomanía, estuvo afiliado —en opinión de estos caricaturistas— al grupo de los buscadores profesionales de puestos públicos.*

\* \* \*

*Mora fué uno de los escritores mexicanos que sintieron urgencia de tomar la pluma después de haber leído a don Carlos María de Bustamante. Desde 1825 empezó a organizar los elementos de la refutación que años más tarde publicó incompleta en París bajo el título de México y sus revoluciones.*

*Porque tenía demasiadas cosas importantes que decir, no permitió que su mensaje quedara ahogado por datos accesorios. Sus obras históricas tienen un andamiaje documental que nunca peca por exceso. Un potente espíritu crítico le permitía llegar a los hechos esenciales y someter a ellos las ocurrencias secundarias. Por desgracia, esta capacidad de sacrificar el lastre —forma de valentía y decoro literarios— es cada día menos frecuente entre nuestros historiadores.*

*Fué de los que todavía creyeron en la imparcialidad y se esforzaron por lograrla "porque a fuerza de intentarlo —decía— llegan los hombres a alcanzarla, al menos por aproximación". Estaban lejanos los tiempos en que llegaría a aceptarse la diatriba histórica como expresión fundamental del género.*

*De las obras del licenciado Bustamante tenía, con razón, muy triste concepto. Le parecía que en ellas hay, sin duda, hechos verdaderos y documentos importantes, pero que están*

de tal manera entrelazados con fábulas y patrañas, que “se expondrían mucho quienes bebieran en las aguas de esta fuente sin haberla depurado”. A la Historia de los antiguos Mexicanos la llamaba “colección de fábulas insulsas”, y al Cuadro Histórico, “copilación de entusiasmos, odios, falsedades y dicterios”. En este punto su postura es idéntica a la de don Lucas Alamán, pero hay una diferencia que no carece de significación: Mora expresó en vida de don Carlos María su opinión adversa, mientras el prudente Alamán esperó a que su buen amigo muriese para atacarlo sin misericordia.

\* \* \*

Y ¿cuál fué su actitud frente al problema siempre presente de nuestro difícil equilibrio racial?

Mora perteneció a la última generación mexicana que exhibió informaciones de “limpieza de sangre” para entrar a las escuelas de enseñanza superior. Todavía bajo el dominio colonial, tuvo que demostrar que era español por los cuatro costados y descendiente de cristianos viejos y de limpia generación, “sin mezcla de ninguna mala raza de judíos, moros o mulatos”.

Realizada la independencia, vivió el mismo extraño conflicto que afrontó la minoría europea de aquellos días. Separados de la metrópolis, los blancos de mirada más certera empezaron a medir la situación que tenían que desafiar frente a la abrumadora y casi impenetrable mayoría india. Hubo muchos que no pudieron dominar el temor y Mora fué uno de ellos. Los indios no le despertaron ninguna simpatía. Extremando su criollismo afirmaba que el México independiente nada tenía de común con los habitantes del antiguo sultanato de Tenochtitlán. Y la admiración que sentía por la figura histórica del Conquistador le hizo decir con entusiasmo muy comprensible: “El nombre de México está tan íntima-

mente enlazado con la memoria de Hernán Cortés, que mientras él exista no podrá perecer aquélla”.

Pero con todo, no pudo abstraerse al influjo de la presencia muda de los indios. Aunque aseguraba que el fondo del carácter mexicano es todo español, “*pues no ha podido ser otra cosa*”, reconoce acentos diferenciales y admite como característica general frente a los peninsulares “*la índole suave y moderada de los que han nacido bajo el cielo mexicano*”. Y es que cuando se vive en estas tierras, puede no tenerse lo indio en la carne, pero siempre se le lleva como huella profunda en el espíritu.

\* \* \*

Cuando se inició en 1810 la insurrección, Mora estudiaba en San Ildefonso y tenía dieciséis años escasos. Español de sangre y nacido como Alamán de gente acomodada en la Intendencia de Guanajuato, vió a su familia arruinada bruscamente por los sublevados. No sintió admiración por Hidalgo, pero en sus escritos sobre la Guerra de Independencia lo vemos producirse con serenidad, sin que su penetrante sentido panorámico se haya visto ensombrecido por rencores personales. De los mexicanos de su siglo, es quizá el único que en este juicio histórico acertó a encontrar el justo medio: “*La revolución que estalló en septiembre de 1810 —decía— ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructora para el país*”.

Es evidente que al expresar su desagrado ante el papel que la “*milicia de sotana*” desempeñó en la guerra civil, reprocha mirándolos reunidos en una sola, los males de las dos clases privilegiadas que en sus días impedían el establecimiento de instituciones libres en la República. Pero no por ello dejó de reconocer que “*a veces un mediano cura podía*

*ser un general de muchísima importancia". Así lo admite expresamente al hablar de los talentos militares de don José Mariano Matamoros.*

*El amplio conocimiento que llegó a tener de la vida de Morelos le permitió elogiarlo sin reservas. Como magistrado y como jefe militar lo consideraba un hombre extraordinario. Le parecía que en él, las prendas morales excedieron a todas las otras. Admirado de la fuerza intuitiva de su pensamiento, escribió: "Sin conocer los principios de la libertad pública, Morelos se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados".*

*La semblanza de don Félix María Calleja del Rey es una de las más impresionantes. Con la seguridad elegante que alcanzan los más sagaces conocedores de hombres, Mora destaca en la vida de Calleja un factor fundamental, su desmedida ambición. Y así, después de hacer una rápida e iluminadora revista de la actuación militar y política del primer Conde de Calderón, concluye: "Acaso no abrigó jamás en su alma un sentimiento generoso, pues aun en la defensa de la causa de su patria es casi cierto que no vió otra cosa que una ocasión ofrecida por la casualidad a las medras de su fortuna y a la satisfacción de sus miras ambiciosas".*

*En uno de sus ensayos hay una larga alusión a Iturbide que sirve para seguirlo en el proceso de quemar resentimientos cuando éstos no le parecían ya sostenibles desde el punto de vista de la veracidad histórica.*

*Mora sufrió persecuciones y fué encarcelado en 1822 por la actitud valerosa que asumió frente al Emperador en la tribuna del Primer Congreso Constituyente, y si todavía hoy cuesta no poco trabajo situar a don Agustín I en el escenario de su tiempo, parecería natural esperar que él fuese cerradamente hostil a su memoria. No oculta ni podría ocultar los errores de Iturbide como jefe de tropas realistas en el Bajío, pero reconoce que las resistencias de los peninsulares sólo*

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

*pudieron destruirse a golpes de generosidad. Al hablar del Plan de Iguala —obra maestra de política sin la cual la independencia de México no habría podido conseguirse en mucho tiempo—, alude al humanitarismo con que en ese documento quedaron a salvo los derechos de los españoles y declara: “el ilustre Iturbide hizo en grande lo que Nicolás Bravo no pudo hacer sino en pequeño”.*

\* \* \*

*Mora fué un federalista convencido. No obstante las profeías de los que comprendieron que el centralismo es de hecho el único régimen aplicable entre nosotros, no aceptaba que la artificiosa división federal pudiera convertirse en origen de peligros graves.*

*Reconocía, es verdad, que nuestra federación se hizo de un modo inverso a la de los Estados Unidos del Norte. Mientras allá diversos Estados independientes se constituyeron en una sola nación, en México por el contrario, una entidad indivisa y única se fraccionó en Estados hasta cierto punto soberanos. Mirándolo bien, esta consideración histórica daba a su federalismo un aspecto especial. “¿Quién podrá dudar —decía— que si en el Norte los Estados dieron la ley al gobierno federal, en México el gobierno federal debe dársela a los Estados?”*

*Después de leerlo con cuidado, se hace necesario admitir que la adhesión al federalismo formó parte esencial de su vasto programa de hostilidad al caudillaje. Lo vemos escribir satisfecho: “Gracias al sistema federal ningún partido ni persona ha podido hacerse dueño de toda la República, ni mandar en jefe a la Nación”.*

*Y contrariando directamente el vaticinio del doctor Mier, dejó escrito con un optimismo culpable que la cuestión de*

*Texas vino a exhibir íntegramente: "No tenemos motivo para temer y sí mucho para confiar de los Estados de la República".*

\* \* \*

*Era aquél el tiempo en que no pocos hombres de buena fe esperaban, para la realización de su programa político, las ventajas que la América de habla castellana debía recoger de un proceso continuado de parcelación en unidades cada vez menores. Un miope fervor regionalista de claras raíces españolas provocó la balcanización de estas comarcas.*

*Cuando con angustia de ángel tutelar, Simón Bolívar reclamó unión a los pedazos dispersos del antiguo imperio, Mora comentó irónicamente: "Reunir las fuerzas de naciones esparcidas en un continente vastísimo, de población muy escasa, separadas por centenares de leguas, por desiertos inhabitados y por montañas y cordilleras inaccesibles, es el mayor de los delirios".*

\* \* \*

*En el conflicto que divide hoy al mundo en dos mitades, el grave peligro totalitario hace que nuestro hemisferio vuelva a vivir horas de unidad idénticas a las que produjeron hace más de un siglo las amenazas de la Santa Alianza. Toda postura individual que intentase romper ahora la solidaridad americana sería suicida. Limpia y precisa es la ruta que nos marcan la conveniencia y el deber; pero al avanzar por ella, presenciamos cómo se cumple en nosotros una ley de la historia mexicana. Desde que el país se hizo independiente, cada una de nuestras generaciones afronta al llegar a madurez el deber de revisar y rectificar la actitud que en los primeros años tuvo ante los Estados Unidos.*

*Ha habido en esto como un movimiento pendular. Hoy, sorteadas muchas divergencias, estamos felizmente en una hora de aproximación sincera; pero en otros tiempos las cosas fueron diferentes. A la generación del doctor Mora le tocó andar los caminos en sentido opuesto.*

*Con todo y que la brusca irrupción de los norteamericanos en el Golfo de México y las indiscreciones de Poinsett debieron servir de enérgica advertencia, la mayor parte de nuestros estadistas no acertaron a medir el peligro, sino hasta que los anglosajones habían iniciado ya la digestión de nuestras comarcas fronterizas. Mora fué de los que todavía en 1830 creían que nuestros vecinos “nada podrían emprender por tierra”, pues separados de México por inmensos arenales y desiertos inhabitados, “la menor resistencia sería bastante para rechazarlos”.*

*La impresión que la derrota del 48 le produjo fué tan honda, que al enterarse de la mutilación del mapa mexicano escribió una reflexión que da la medida de su escepticismo. “Todo tratado de paz que se haga entre México y los Estados Unidos, de parte de esta última nación, no es sino una tregua que prepara para lo sucesivo los avances de una nueva invasión”.*

*Pronto cumplirá cien años el Tratado de Guadalupe y, con excepción de La Mesilla, conservamos todavía la porción restante de nuestro territorio. Una inteligente política basada en conveniencias mutuas borra gradualmente resentimientos anteriores. Ojalá que el péndulo no vuelva a moverse en mucho tiempo.*

\* \* \*

*Cuando se repasa la vida del doctor Mora, se hace necesario aceptar que en política le faltó el sentido de la oportu-*

tunidad. Tuvo sólo una agitada y tempestuosa ocasión de influir decisivamente en los destinos nacionales. Fué su excesivo fervor liberal el que lo obligó a precipitarse. Fracasó en 1833, y su existencia adquirió desde entonces un duro perfil de cosa malograda.

Como ocurre con muchos profesores que caen en la política, fué un revolucionario de tono académico; no quiso desprenderse nunca del acento magistral. Soberbio y altanero, confió más en la fuerza del raciocinio que en las de la emoción. Alejado de las aulas, se ocupó de dar con la línea recta de su vida la última de sus lecciones.

Veía los problemas nacionales con valerosa serenidad. Frente a la etapa más convulsa de nuestra historia política, no quiso evadirse por la cómoda salida de los cuentos abracadabrantes al estilo de Bustamante, ni por la ruta, también fácil, del llanto y las carcajadas de Alamán.

Supo dirigir con eficacia la acción de muchos hombres valiosos; pero no encontró camino para llegar a las mayorías incultas. Quizá porque buscaba eco, puso tanto interés en la labor educativa.

Su figura seca y llena de sobriedad nada tiene de pintoresco. Lo odiaron muchos, pero ninguno dejó de respetarlo. En México se adelantó con muchos años a su tiempo. Aunque estaba bien informado de las corrientes europeas, no se limitó a ser un trasplantador servil, sino que supo observar lo mexicano con agudeza tal, que todavía hoy, cuando leemos sus escritos, asalta como insistente ritornelo la frase justa de la Marquesa de Calderón: "Se diría que el autor ha previsto las actuales circunstancias".

Sintió muy bien que había vivido en un país que, a merced de los jefes militares, no tenía de República sino el nombre. Y aunque advertía la velocidad con que lograban ascender los que "se echaban la vergüenza a las espaldas",



*no pudo ser político porque —hombre diáfano— le faltó aptitud para el engaño y para la adulación interesada.*

*Fué el suyo un heroísmo casi silencioso. Agobiado por la tuberculosis y lejos de la patria, sabemos que en los días finales llevó con dolor su soledad. Pero aunque le flaqueaba el cuerpo, hacía la defensa de sus afirmaciones con tanta vehemencia, que Melchor Ocampo recogió en una visita hecha en la adolescencia la impresión de que era “un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas”.*

*En la primera parte de su vida y por haber nacido de “una familia muy decente”, vivió como rentista; pero esto no impidió que se adhiriese al partido del progreso desde que pudo pensar”.*

*Aunque veía los males de México más bien en las cosas que en las personas, describió en sus rasgos característicos a los autores de las calamidades públicas, no sin recomendar que la fidelidad de los retratos no se atribuyese a la destreza del pincel, sino a lo marcado de las facciones.*

\* \* \*

*Después de que fracasó el amplio plan de publicaciones que se proponía realizar en la Librería de Rosa, sus cartas se convirtieron en su mejor medio de expresión. Muchas de las más importantes no han sido publicadas todavía. A través de ellas podemos seguirlo en sus años de pobreza.*

*En el destierro, pronto quedaron agotados los restos escasos de su fortuna personal y hubiera perecido si la amistad de la familia Lizardi no le hubiera brindado durante más de seis años, “por sólo un efecto de patriotismo”, cincuenta pesos cada mes.*

P R O L O G O

*Pero si esas buenas gentes, que no habían recibido de él favor alguno, acudieron en su auxilio, en cambio, con excepción de Couto, ninguno de sus amigos de México lo ayudó en nada. En una carta a don Valentín Gómez Farías escribe decepcionado: "Me habrían visto perecer en la miseria con la mayor sangre fría".*

\* \* \*

*El 14 de julio de 1850 murió en París.*

*Ninguno de los suyos estuvo junto a él. Fué su sirviente mexicana Juana Nava la que le cerró los ojos. A ella dejó la herencia que en las últimas horas la buena mujer se atrevió a solicitarle: su retrato pintado al óleo en Londres en sus días de embajador, el mejor retrato de su vida.*

*Juana Nava fué traída a su país por cuenta del gobierno mexicano, y el cariño que sentía por la memoria de su amo le impedía tolerar que la más leve capa de polvo empañara su efigie. Para contemplarlo limpio y reluciente, todos los días lavaba la tela con estropajo y con jabón. A su celo debemos atribuir la pérdida definitiva del más fiel retrato que de Mora nos quedaba.*

*Con razón decía don José María Luis que el tiempo todo lo borra y hace olvidar.*

ARTURO ARNÁIZ Y FREG

## **ENSAYOS**





### **Discurso Sobre la Libertad de Pensar, Hablar y Escribir**

Epoca extraordinariamente feliz en que es lícito pensar como se quiera, y decir lo que se piensa.

TÁCITO. *Hist. Lib. I.*

Si en los tiempos de Tácito era una felicidad rara la facultad de pensar como se quería y hablar como se pensaba, en los nuestros sería una desgracia suma, y un indicio poco favorable a nuestra nación e instituciones, se tratase de poner límites a la libertad de pensar, hablar y escribir. Aquel escritor y sus conciudadanos se hallaban al fin bajo el régimen de un *señor*, cuando nosotros estamos bajo la dirección

de un gobierno, que debe su existencia a semejante libertad, que no podrá conservarse sino por ella, y cuyas leyes e instituciones la han dado todo el ensanche y latitud de que es susceptible, no perdonando medio para garantir al ciudadano este precioso e inestimable derecho.

Tanto cuanto hemos procurado persuadir antes la importancia y necesidad de la escrupulosa, fiel y puntual observancia de las leyes, nos esforczaremos ahora para zanjar la libertad entera y absoluta en las opiniones; así como aquéllas deben cumplirse hasta sus últimos ápices, éstas deben estar libres de toda censura que proceda o siga a su publicación, pues no se puede exigir con justicia que las leyes sean fielmente observadas, si la libertad de manifestar sus inconvenientes no se halla perfecta y totalmente garantida.

No es posible poner límites a la facultad de pensar. No es asequible, justo ni conveniente impedir se exprese de palabra o por escrito lo que se piensa.

Precisamente porque los actos del entendimiento son necesarios en el orden metafísico, deben ser libres de toda violencia y coacción en el orden político. El entendimiento humano es una potencia tan necesaria como la vista, no tiene realmente facultad para determinarse por esta o por la otra doctrina, para dejar de deducir consecuencias legítimas o erradas, ni para adoptar principios ciertos o falsos. Podrá enhorabuena aplicarse a examinar los objetos con detención y madurez, o con ligereza y descuido; a profundizar las cuestiones más o menos, y a considerarlas en todos, o solamente

bajo alguno de sus aspectos; pero el resultado de todos estos preliminares siempre será un acto tan necesario, como lo es el de ver clara o confusamente, o con más o menos perfección, el objeto que tenemos a distancia proporcionada. En efecto, el análisis de la palabra *conocer*, y el de la idea compleja que designa, no puede menos de darnos este resultado.

El conocimiento en el alma es lo que la vista en el cuerpo, y así como cada individuo de la especie humana tiene según la diversa construcción de sus órganos visuales, un modo necesario de ver las cosas, y lo hace sin elección; de la misma manera, según la diversidad de sus facultades intelectuales lo tiene de conocerlas. Es verdad que ambas potencias son susceptibles de perfección y de aumento; es verdad que se pueden corregir o precaver sus extravíos, ensanchar la esfera dentro de que obran, y dar más actividad o intención a los actos que les son propios; no es uno, sino muchos e infinitamente variados los medios de conseguirlo. Uno, muchos o todos se podrán poner en acción, darán a su vez resultados perfectos, medianos, y acaso ningunos, pero siempre será cierto que la elección no ha tenido parte alguna en ellos, ni debe contarse en el orden de los medios de obtenerlos.

Los hombres serían muy felices, o a lo menos no tan desgraciados, si los actos de su entendimiento fuesen parte de una elección libre; entonces los recuerdos amargos y dolorosos de lo pasado no vendrían a renovar males que dejaron de existir, y no salen de la nada sino para atormentarnos; entonces la previsión de lo futuro no nos anticiparía mil pe-

sares, presentándonos antes de tiempo personas, hechos y circunstancias, que, o no llegarán a existir, o si así fuere, dan anticipadamente una extensión indefinida a nuestros padecimientos; entonces finalmente, no pensaríamos ni profundizaríamos por medio de la reflexión, las causas y circunstancias del mal presente, ni agravaríamos con ella su peso intolerable. No hay ciertamente un solo hombre que no desee alejar de sí todo aquello que pueda causarle disgusto y hacerlo desgraciado; y al mismo tiempo no hay, ha habido ni habrá alguno que no haya padecido mucho por semejantes consideraciones. ¿Y esto qué prueba? Que no le es posible poner límites a sus pensamientos, que necesaria e irresistiblemente es conducido al conocimiento de los objetos, bien o mal, perfecta o defectuosamente aprendidos; que la elección propia o ajena no tiene parte ninguna en los actos de las facultades mentales, y que de consiguiente el entendimiento no es libre considerado en el orden metafísico.

¿Cómo, pues, imponer preceptos a una facultad que no es susceptible de ellos? ¿Cómo intentar se cause un cambio en lo más independiente del hombre, valiéndose de la violencia y la coacción? ¿Cómo, finalmente, colocar en la clase de los crímenes y asignar penas a un acto que por su esencia es incapaz de bondad y de malicia? El hombre podrá no conformar sus acciones y discursos con sus opiniones; podrá desmentir sus pensamientos con su conducta o lenguaje; pero le será imposible prescindir ni deshacerse de ellos por la violencia exterior. Este medio es desproporcionado y al mismo tiempo tiránico e ilegal.



Siempre que se pretenda conseguir un fin, sea de la clase que fuere, la prudencia y la razón natural dictan, que los medios de que se hace uso para obtenerlo le sean naturalmente proporcionados; de lo contrario, se frustrará el designio pudiendo más la naturaleza de las cosas que el capricho del agente. Tal sería la insensatez del que pretendiese atacar las armas de fuego con agua, e impedir el paso de un foso llenándolo de metralla. Cuando se trata, pues, de cambiar nuestras ideas y pensamientos, o de inspirarnos otras nuevas, y para esto se hace uso de preceptos, prohibiciones y penas, el efecto natural es, que los que sufren semejante violencia, se adhieran más tenazmente a su opinión, y nieguen a su opresor la satisfacción que pudiera caberle en la victoria. La persecución hace tomar un carácter funesto a las opiniones sin conseguir extinguirlas, porque esto no es posible. El entendimiento humano es tan noble en sí mismo, como miserable por la facilidad con que es ofuscado por toda clase de pasiones. Los primeros principios innegables para todos, son pocos en número, pero las consecuencias que de ellos se derivan, son tan diversas como multiplicadas, porque es infinitamente variado el modo con que se aprenden sus relaciones. Los hábitos y costumbres que nos ha inspirado la educación, el género de vida que hemos adoptado, los objetos que nos rodean, y sobre todo las personas con que tratamos, contribuyen, sin que ni aun podamos percibirlo, a la formación de nuestros juicios, modificando de mil modos la percepción de los objetos, y haciendo aparezcan revestidos tal vez de mil for-

mas, menos de la natural y genuina. Así vemos que para este es evidente y sencillo lo que para otro es oscuro y complicado; que no todos los hombres pueden adquirir o dedicarse a la misma clase de conocimientos, ni sobresalir en ellos; que unos son aptos para las ciencias, otros para la erudición, muchos para las humanidades, y algunos para nada; que una misma persona, con la edad varía de opinión, hasta tener por absurdo lo que antes reputaba demostrado; y que nadie mientras vive es firme e invariable en sus opiniones, ni en el concepto que ha formado de las cosas. Como la facultad intelectual del hombre no tiene una medida precisa y exacta del vigor con que desempeña sus operaciones, tampoco la hay de la cantidad de luz que necesita para ejercerlas. Pretender, pues, que los demás se convenzan por el juicio de otro, aun cuando éste sea el de la autoridad, es empeñarse, dice el célebre Spedalieri, en que vean y oigan por ojos y oídos ajenos; es obligarlos a que se dejen llevar a ciegas y sin más razón que la fuerza a que no pueden resistir; es, para decirlo en pocas palabras, secar todas las fuentes de la ilustración pública y destruir anticipada y radicalmente las mejores que pudieran hacerse en lo sucesivo.

En efecto; ¿qué sería de nosotros y de todo el género humano, si se hubieran cumplido los votos de los que han querido atar el entendimiento y poner límites a la libertad de pensar? ¿Cuáles habrían sido los adelantos de las artes y ciencias, las mejoras de los gobiernos, y de la condición de los hombres en el estado social? ¿Cuál sería en particular la suerte de nuestra nación? Merced, no a los esfuerzos de

los genios extraordinarios que en todo tiempo han sabido sacudir las cadenas que se han querido imponer al pensamiento, las sociedades, aunque sin haber llegado al último grado de perfección, han tenido adelantos considerables. Los gobiernos, sin exceptuar sino muy pocos entre los que se llaman libres, siempre han estado alerta contra todo lo que es disminuir sus facultades y hacer patentes sus excesos. De aquí es que no pierden medio para encadenar el pensamiento, erigiendo en crímenes las opiniones que no acomodan, y llamando delincuentes a los que las profesan. ¿Mas han tenido derecho para tanto? ¿Han procedido con legalidad cuando se han valido de estos medios? O más bien ¿han atropellado los derechos sagrados del hombre arrogándose facultades que nadie les quiso dar ni ellos pudieron recibir? Este es el punto que vamos a examinar.

Los gobiernos han sido establecidos precisamente para conservar el orden público, asegurando a cada uno de los particulares el ejercicio de sus derechos y la posesión de sus bienes, en el modo y forma que les ha sido prescrito por las leyes, y no de otra manera. Sus facultades están necesariamente determinadas en los pactos o convenios que llamamos cartas constitucionales, y son el resultado de la voluntad nacional. Los que las formaron y sus comitentes no pudieron consignar en ellas disposiciones, que por la naturaleza de las cosas estaban fuera de sus poderes, tales como la condenación de un inocente, el erigir en crímenes acciones verdaderamente laudables como el amor paternal; ni mucho menos sujetar a las leyes acciones por su naturaleza incapaces de moralidad, como la circulación de la sangre,

el movimiento de los pulmones, etc. De aquí es que para que una providencia legislativa, ejecutiva o judicial sea justa, legal y equitativa, no basta que sea dictada por la autoridad competente, sino que es también necesario que ella sea posible en sí misma, e indispensable para conservar el orden público. Veamos, pues, si son de esta clase las que se han dictado o pretendan dictarse contra la libertad del pensamiento.

Que las opiniones no sean libres y de consiguiente incapaces de moralidad, lo hemos demostrado hasta aquí; réstanos sólo hacer ver que jamás pueden trastornar el orden público, y mucho menos en el sistema representativo. En efecto, el orden público se mantiene por la puntual y fiel observancia de las leyes, y ésta es muy compatible con la libertad total y absoluta de las opiniones. No hay cosa más frecuente que ver hombres a quienes desagradan las leyes y cuyas ideas les son contrarias; pero que al mismo tiempo no sólo las observan religiosamente, sino que están íntimamente convencidos de la necesidad de hacerlo. Decir “esta ley es mala”, “tiene estos y los otros inconvenientes”, no es decir, “no se obedezca ni se cumpla”; la primera es una opinión, la segunda es una acción; aquélla es independiente de todo poder humano, ésta debe sujetarse a la autoridad competente. Los hombres tienen derecho para hacer leyes, o lo que es lo mismo, para mandar que se obre de este o del otro modo; pero no para erigir las doctrinas en dogmas, ni obligar a los demás a su creencia. Este absurdo derecho supondría o la necesidad de un símbolo o cuerpo de doctrina comprensivo de todas las verda-

des, o la existencia de una autoridad infalible a cuyas decisiones debería estarse. Nada hay, sin embargo, más ajeno de fundamento que semejantes suposiciones.

Mas ¿cómo podría haberse formado el primero, ni quién sería tan presuntuoso y audaz que se atreviese a arrogarse lo segundo? “Un cuerpo de doctrina”, dice el célebre Daunou, “supone que el entendimiento humano ha hecho todos los progresos posibles, le prohíbe todos los que le restan, traza un círculo alrededor de todos los conocimientos adquiridos, encierra inevitablemente muchos errores, se opone al desarrollo de las ciencias, de las artes y de todo género de industria”. Ni ¿quién sería capaz de haberlo formado? Aun cuando para tan inasequible proyecto se hubiesen reunido los hombres más célebres del universo, nada se habría conseguido; regístrense si no sus escritos, y se hallarán llenos de errores a vuelta de algunas verdades con que han contribuido a la ilustración pública. La mejora diaria y progresiva que se advierte en todas las obras humanas, es una prueba demostrativa de que la perfectibilidad de sus potencias no tiene término, y de lo mucho que se habría perdido en detener su marcha, si esto hubiera sido posible.

Estamos persuadidos que ninguno de los gobiernos actuales hará alarde de su incapacidad de errar. Ellos y los pueblos confiados a su dirección están demasiado ilustrados para que puedan pretenderse y acordarse semejantes prerrogativas. Mas si los gobiernos están compuestos de hombres tan falibles como los otros, ¿por qué principio de justicia, o con qué título legal se adelantan a prescribir o pro-

hibir doctrinas? ¿Cómo se atreven a señalarnos las opiniones que debemos seguir, y las que no nos es permitido profesar? ¿No es este un acto de agresión de efecto inasequible, y que nada puede justificarlo? Sin duda. Él sin embargo es común, y así siempre sirve de pretexto para clasificar los ciudadanos y perseguirlos en seguida. Se les hace cargo de las opiniones que tienen o se les suponen; y éstas se convierten en un motivo de odio y detestación. De este modo se perpetúan las facciones, puesto que el dogma triunfante algún día llega a ser derrocado, y entonces pasa a ser crimen el profesarlo. Así es como se desmoralizan las naciones, y se establece un comercio forzado de mentiras que obliga a los débiles a disimular sus conceptos, y a los que tienen alma fuerte los hace el blanco de los tiros de la persecución.

Pues qué, ¿será lícito manifestar todas las opiniones? ¿No tiene la autoridad derecho para prohibir la enunciación de algunas? ¿Muchas de ellas que necesariamente deben ser erradas no serán perjudiciales? Sí, lo decimos resueltamente, las opiniones sobre doctrinas deben ser del todo libres. Nadie duda que el medio más seguro, o por mejor decir el único, para llegar al conocimiento de la verdad, es el examen que produce una discusión libre; entonces se tienen presentes no sólo las propias reflexiones sino también las ajenas, y mil veces ha sucedido que del reparo y tal vez del error u observación impertinente de alguno, ha pendido la suerte de una nación. No hay entendimiento por vasto y universal que se suponga, que pueda abrazarlo todo ni agotar materia alguna; de aquí es que todos y en todas ma-

terias, especialmente las que versan sobre gobierno, necesitan del auxilio de los demás, que no obtendrán ciertamente, si no se asegura la libertad de hablar y escribir, poniendo las opiniones y sus autores a cubierto de toda agresión que pueda intentarse contra ellos por los que no las profesan. El gobierno pues no debe proscribir ni dispensar protección a ninguna doctrina; esto es ajeno de su instituto, él está solamente puesto para observar y hacer que sus súbditos observen las leyes.

Es verdad que entre las opiniones hay y debe haber muchas erróneas, lo es igualmente que todo error en cualquiera línea y bajo cualquier aspecto que se le considere es perniciosísimo; pero no lo es menos que las prohibiciones no son medios de remediarlos; la libre circulación de ideas, y el contraste que resulta de la oposición, es lo único que puede rectificar las opiniones. Si a alguna autoridad se concediese la facultad de reglarlas, ésta abusaría bien pronto de semejante poder; ¿y a quién se encargaría el prohibirnos el error? ¿Al que está exento de él? Mas los gobiernos no se hallan en esta categoría. Muy al contrario, cuando se buscan las causas que más lo han propagado y contribuido a perpetuarlo, se encuentran siempre en las instituciones prohibitivas. Por otra parte, si los gobiernos estuviesen autorizados para prohibir todos los errores y castigar a los necios, bien pronto faltaría del mundo una gran parte de los hombres, quedando reducidos los demás a eterno silencio. Se nos dirá que no todas las opiniones deben estar bajo la inspección de la autoridad; pero si una se sujeta,

las demás no están seguras; las leyes no pueden hacer clasificación precisa ni enumeración exacta de todas ellas. Así es que semejante poder es necesariamente arbitrario, y se convertirá las más veces en un motivo de persecución. Estas no son sospechas infundadas, vuélvanse los ojos a los siglos bárbaros, y se verá a las universidades, a los parlamentos, a las cancillerías y a los reyes empeñados en proscribir a los sabios que hacían algunos descubrimientos físicos, y atacaban las doctrinas de Aristóteles. Pedro Ramos Trite-mio, Galilei y otros infinitos, padecieron lo que no sería creíble a no constarnos de un modo indudable. ¿Y cuál fué el fruto de semejantes procedimientos? ¿Consiguieron los gobiernos lo que intentaban? Nada menos. Los prosélitos se aumentaban de día en día, acaso por la misma persecución.

En efecto, si se quiere dar crédito a una doctrina no se necesita otra cosa que proscribirla. Los hombres desde luego suponen, y en esto no se engañan, que no se puede combatirla por el raciocinio, cuando es atacada por la fuerza. Como el espíritu de novedad, y el hacerse objeto de la expectación pública, llamando la atención de todos, es una pasión tan viva, los genios fuertes y las almas de buen temple, se adhieren a las doctrinas proscritas más por vanidad que por convicción, y en último resultado un despropósito, que tal vez habría quedado sumido en el rincón de una casa, por la importancia que le da la persecución, declina en secta que hace tal vez vacilar las columnas del edificio social.



¿Pero el descrédito de las leyes no las hace despreciables, y anima a los hombres a infringirlas, privándolas de su prestigio? ¿Y no es éste el resultado de la crítica libre que se hace de ellas? Cuando las leyes se han dictado con calma y detención; cuando son el efecto de una discusión libre, y cuando el espíritu de partido y los temores que él infunde en los legisladores no han contribuido a su confección, haciendo se pospongan los intereses generales a los privados por motivos que les son extrínsecos, es muy remoto el temor de semejantes resultados; mas para precaverlo los gobiernos deben estar muy alertas, y no perder de vista la opinión pública, secundándola en todo. Esta no se forma sino por una discusión libre, que no puede sostenerse cuando el gobierno o alguna facción se apoderan de la imprenta, y condenan sin ningún género de pudor a todos los que impugnan los dogmas de la secta, o ponen en claro sus excesos y atentados. Por el contrario, cuando se procede sin prevención y de buena fe, cuando se escucha con atención e imparcialidad, todo lo que se dice o escribe a favor o en contra de las leyes, se está ciertamente en el camino de acertar. Jamás nos cansaremos de repetirlo, la libertad de opiniones sobre la doctrina nunca ha sido funesta a ningún pueblo; pero todos los sucesos de la historia moderna acreditan hasta la última evidencia los peligros y riesgos que han corrido las naciones, cuando alguna facción ha llegado a apoderarse de la imprenta, ha dominado el gobierno, y valiéndose de él, han hecho callar por el terror a los que podían ilustrarlo.

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

Pero los gobiernos no escarmientan a pesar de tan repetidos ejemplos. Siempre fijos en el momento presente descuidan del porvenir. Su principal error consiste en creer que todo lo pueden, y que basta insinuar su voluntad para que sea pronta y fielmente obedecida. Tal vez vuelvan sobre sí cuando no hay remedio, cuando se han desconceptuado y precipitado a la nación en un abismo de males.

Concluimos pues nuestras reflexiones recomendando a los depositarios del poder se persuadan, que cuando erigen las opiniones en crímenes, se exponen a castigar los talentos y virtudes, a perder el concepto, y a hacer ilustre la memoria de sus víctimas.

## **Discurso Sobre los Perniciosos Efectos de la Empleomanía**

Administradores, hacendados, políticos, togados, cortesanos, militares, todos pretenden satisfacer el lujo por empleos lucrativos. Todos quieren dominar y servir al público, según dicen, y nadie quiere ser de este público. Los abusos crecen y todo se empeora.

D'ARGENSON, *Mem.*

La mala inteligencia que se ha dado al principio de la *igualdad legal*, ha sido casi siempre el origen de innumerables disgustos y de pésimos resultados en los pueblos que han

adoptado el sistema representativo. El título de hombre se ha querido que sea suficiente para ocupar todos los puestos públicos, se ha pretendido pasar el nivel por todos los individuos de la especie humana, y a la igualdad de derechos se ha sustituido la de condiciones, sosteniendo que la virtud debe descender al nivel del vicio, la ignorancia ocupar lugar al lado de la ciencia, y la miseria tener el mismo ascendiente que la riqueza. Partiendo de tan errado y perjudicial principio, se ha creído debían multiplicarse todos los empleos hasta el grado de hacerlos alcanzar para contentar la ambición de todos los que quisiesen pretenderlos, y satisfacer con su posesión el derecho quimérico de la igualdad absoluta. La propensión insaciable del hombre a mandarlo todo, y a vivir a costa ajena con el menor trabajo posible, auxiliadas de estas absurdas y antisociales doctrinas, lejos de disminuirse con el aumento progresivo de los puestos públicos y la creación de nuevos empleos a que aspirar, ha adquirido nuevas fuerzas, y ha hecho de la administración un campo abierto al favor, a las intrigas y a los más viles manejos, introduciendo un tráfico escandaloso e inmoral entre los dispensadores de las gracias y los más viles cortesanos.

Una nación que ha llegado a este grado de corrupción no sólo está muy próxima a ser el teatro de la más grande maldad, sino que compromete también las libertades públicas, que no pueden sostenerse sino por las ideas de independencia personal y libertad del ciudadano, por el amor al trabajo personal y al lucro que proporciona la industria, y por las virtudes que produce el desprendimiento de los focos de la intriga y la amortiguación de las propensiones ambiciosas.

La verdadera libertad no consiste en mandarlo todo y vivir a expensas del tesoro público, sino en estar remoto de la acción del poder y lo menos sometido que sea posible a la autoridad. El hombre ensancha su libertad, no cuando domina más, sino cuando es menos dominado, cuando sus facultades tienen menos trabas, y cuando ha logrado remover un número mayor de los obstáculos que se oponían al goce y posesión del fruto de su trabajo y de su industria. Hacer consistir la libertad en el ejercicio del poder, y en la participación de la autoridad, es una cosa tan perniciosa como impracticable; cada uno en esta suposición obraría sobre los demás en razón de su actividad, es decir, muy poco, y a su vez tendría que sufrir la acción de todos los otros; así es que no pudiendo ser el hombre sino una fracción pequeñísima de la sociedad, obraría poco y padecería mucho, o por mejor decir, sus goces no tendrían comparación con sus sufrimientos.

Un gobierno es tanto más liberal cuanto menos influye en la persona del ciudadano, y ésta es tanto más libre, cuanto menos relación tiene con los agentes del poder. Hacer pues a los ciudadanos dependientes del gobierno más de lo que debe ser y aumentar considerablemente el influjo ministerial, es socavar las bases del sistema, y éste es el resultado necesario de esa tendencia a vivir de empleos cuando se hace general en una nación. La empleomanía, por la creación de los empleos, pone a disposición del poder, siempre enemigo de la libertad, una gran masa de fuerza con que oprimirla, y al mismo tiempo degrada a los ciudadanos, los envilece y desmoraliza. Así es como el vigor de la autoridad

por una parte, y la debilidad del súbdito por otra, hacen venir a tierra los sistemas de gobierno más bien calculados y que a primera vista parecían sólidamente contruídos sobre bases incontrastables.

Que todo gobierno, cualquiera que sea su clase, por su esencia y naturaleza tienda a la destrucción de la libertad de los pueblos, es una verdad tan patente que nadie pone en duda; el amor del poder y el deseo de su acrecentamiento no pueden ser estacionarios, obtenido un grado de fuerza y autoridad se piensa en adquirir otro nuevo; así pues si no se encuentra una tenaz y positiva resistencia que oponga un dique a la acción siempre progresiva del poder, los ciudadanos quedarán en todo dependientes de él y sujetos a la voluntad de sus depositarios. Todo lo que sea aumentar la influencia del que manda, más allá de lo que exige el orden y la tranquilidad para el sostén de la sociedad, es poner en gravísimo peligro los intereses y derechos de los pueblos.

¿Y quién puede dudar que la propensión de los ciudadanos a ocupar los puestos públicos y multiplicarlos sin término haya de dar necesariamente ese resultado? Lo que la masa de una nación quiere, bueno o malo, útil o perjudicial, es necesario que sea. Podrá en hora buena la voluntad pública no ser conforme con las reglas del orden, de la justicia y de la prosperidad pública, y esto es lo que sucede cuando la perversidad ha logrado extraviarla; pero no por esto es menos cierta y segura su eficacia. Así pues, si el espíritu y las ideas populares que dominan en una nación, son las de vivir y buscar la subsistencia y consideración en los em-

pleos, éstos se multiplicarán de un modo prodigioso sin arbitrio ninguno para evitarlo. Los cuerpos legislativos decretarán su creación, los ciudadanos influirán a todas horas y por todos los medios imaginables en los representantes para conseguirlo, y los agentes del gobierno aplaudirán una conducta que les proporciona ascensos y colocaciones. Cada uno verá en la creación de nuevo puesto ensanchada la esfera de su esperanza, y no omitirá diligencia para darle más amplitud. De este modo al mismo tiempo que se excita la ambición se procuran los medios de satisfacerla, y éstos pondrán en manos del poder una gran masa de fuerza con que oprimir las libertades públicas.

En efecto, de los medios de influjo que se conocen entre los hombres, los más poderosos son los de la gratitud y obligaciones que producen las gracias, favores y beneficios. El que puede dar mucho está seguro de mandar, pues sus criaturas y dependientes que le son naturalmente adictos, por el orden natural de las cosas, y por los principios de acción que todos conocen en el corazón humano, jamás podrán separarse de su voluntad. Ella será la regla y norma que tendrá siempre a la vista para obrar. La esperanza de obtener nuevos adelantos en su fortuna o de mantenerse en el puesto, y el temor de ser separado de él o castigado de otra manera por su señor, serán otros tantos motivos que unidos a los de gratitud estrecharán de un modo indisoluble a éstos con aquél, identificando absolutamente sus opiniones e intereses.

Este mal que en los particulares de grande fortuna se halla neutralizado por la acción de la autoridad pública,

no puede tener en ésta correctivo cuando el coloso de la administración ha sentado el pie en todos los puntos del territorio, y se halla consolidado y robustecido con una serie de dependientes, ligados todos entre sí por ideas comunes e intereses recíprocos, y estrechamente adheridos al poder que reconocen por centro y único exclusivo.

Desde que el gobierno puede extender su influencia a las elecciones populares, y hacer obtengan en ellas sus adictos y partidarios, las libertades públicas perecieron, o están en riesgo muy próximo a terminar. Si los jueces natos de la autoridad, si los que han de castigar sus excesos y enfrenar sus arbitrariedades se eligen y escogen entre sus amigos, es tan claro como la luz del medio día, que sea cual fuere la forma de gobierno, el despotismo quedará entronizado y la libertad destruída. Ahora bien: este mal es infinitamente temible con la multiplicación de empleos repartidos por todas partes, y con el aspirantismo cuando éste ha penetrado en la masa de la nación; los primeros con halagos o amenazas, y tal vez con abiertas y positivas violencias, obligan a un pueblo tímido e incauto, a sufragar por los suyos, es decir, por aquellos de quienes nada puede temer la autoridad. Esta seducción tiene un efecto más seguro cuando el derecho de sufragio se concede a las clases más infelices, cuyos hábitos han sido de la obediencia más servil, a los que despliegan más audacia y atrevimiento; entonces es seguro el triunfo de los agentes del poder, así como la impunidad de sus atentados y crímenes, por haberse hecho ilusorios los medios de contener aquéllos y castigar éstos.



Mas no sólo los que ocupan sus puestos, sino también los que aspiran a ellos y tienen esperanza de obtenerlos, se venden al gobierno, ocultan sus dilapidaciones, y se presantan a sus miras. Mil veces ha sucedido, especialmente entre las naciones que no exigen la propiedad como condición indispensable para el ejercicio de los derechos políticos, que los representantes de los pueblos, haciendo traición a sus deberes, por optar un destino al concluir su comisión, se prostituyesen cobardemente a proyectos de ambición ajena y vendiesen con la mayor y más reprehensible vileza los intereses nacionales. Este ejemplo y sus funestos resultados repetidos con demasiada frecuencia, demuestran del modo más claro y evidente lo temible que se hace el gobierno cuando la empleomanía por constituir el espíritu público de una nación, le presta armas tan poderosas. Se empieza por halagar las pasiones y procurar la comodidad de algunos, y se acaba por destruir la libertad de todos.

¿Pero es probable, se nos dirá, esa propensión en casi todos los hombres para multiplicar los empleos, y para obtener uno de ellos que proporcione el brillo y la subsistencia? En ciertas circunstancias no solamente es verosímil sino enteramente segura. Cuando un pueblo ha sacudido el yugo de la opresión y de los privilegios que estancaban la administración pública en pocas y determinadas manos; cuando los puestos de influjo y de poder han dejado de ser el patrimonio de algunas familias o clases; últimamente cuando se ha abierto la carrera a la virtud y al mérito admitiendo a todos los que sean aptos, sea cual fuere su clase y condición, al ejercicio de la autoridad, entonces es

cuando más se corre ese riesgo. Las naciones no por mudar de gobierno cambian inmediatamente de ideas; las que se recibieron del régimen opresor subsisten por mucho tiempo, así es que, como en éste el único medio de hacer fortuna y adquirir consideración, era la ocupación de los puestos que estaban reservados a las clases privilegiadas, en la variación de sistema no se procura adquirir importancia, sino apoderándose de ellos, y como los que antes existían, aunque pocos en número, bastaban a satisfacer la ambición de los que los pretendían, por ser éstos la clase menos numerosa de la sociedad, no era necesario multiplicarlos sin término; mas cuando ha podido aspirar a ellos la multitud, y cada clase se cree, no sólo con facultad sino también con derecho de obtenerlos, para contentar a todos es indispensablemente precisa la creación de nuevos destinos, sin necesidad ninguna de la administración y con positivo perjuicio del Estado.

La falta de moralidad en los hombres es la ruina de las naciones; cuando los vicios destruyen la fuerza y el temple de una alma varonil ocupando el lugar de las virtudes, la libertad no puede sostenerse mucho tiempo. ¿Y qué virtudes pueden esperarse de un pretendiente que en su alma abatida abriga todos los vicios? El es eterno y constante adulator de aquel de quien espera su colocación; jamás tiene opinión propia, pues acostumbrado a mentirse a sí mismo y a los demás, y a tener en perpetua contradicción sus ideas con sus palabras, calcula lo que le conviene manifestar, y cambia de opiniones y de conducta con la misma facilidad que el camaleón de colores; ingrato por prin-

cipios se olvida de los servicios que se le han hecho cuando llega a entender que su benefactor no puede serle ya útil, o teme que sus relaciones con él contraídas puedan disminuir el afecto de aquel a quien consagra de nuevo sus adulaciones y bajezas, y de quien recibirá con la más constante resignación toda clase de vejaciones y desprecios mientras pueda necesitarlo. Enemigo por necesidad de todos los que le hacen sombra, está siempre poseído del odio y de la aversión, no omitiendo diligencias para desacreditar a sus contrincantes, procurando hacerlos odiosos a los dispensadores de las gracias, fomentando chismes y enredos, alterando por mil caminos la buena armonía que debe reinar entre los ciudadanos, y perturbando el reposo y orden de las familias. Este bosquejo imperfecto de lo que es un aspirante, pues el entendimiento humano es incapaz de seguirlo por todas sus sendas tortuosas, ni contar con el número indefinido de sus extravíos, intrigas y maldades; este bosquejo, repetimos, podrá en alguna manera conducir al conocimiento de lo que será una nación compuesta de una muchedumbre de ellos. ¿Qué clase de instituciones ni sistemas podrá plantearse con hombres inmorales? ¿Ni cómo podrá aspirar ningún pueblo a los gloriosos días de Roma en que las virtudes de Camilo, de los Escipiones, de Quinto Fabio Cincinato y Catón tuvieron en sus manos la libertad, cuando se halla encorvado bajo el dominio de hombres poseídos de todos los vicios, que forman el carácter distintivo de los eunucos en los tiempos más bajos del imperio? La libertad es una planta que no puede germinar sino en terreno vigoroso; el fango y la inmundicia son incapaces de nutrirla.

El trabajo, la industria y la riqueza son las que hacen a los hombres verdadera y sólidamente virtuosos, ellas poniéndolos en absoluta independencia de los demás, forman aquella firmeza y noble valor de los caracteres, que resiste al opresor y hace ilusorios todos los conatos de la seducción. El que está acostumbrado a vivir y sostenerse sin necesidad de abatirse ante el poder, ni mendigar de él su subsistencia, es seguro que jamás se prestará a secundar sus miras torcidas, ni proyectos de desorganización ni tiranía. Ahora bien, estas tres fuentes de la independencia personal y de las virtudes sociales son necesariamente obstruídas por el aspirantismo y empleomanía.

No hay ciertamente cosa más opuesta a la laboriosidad del hombre, que el deseo o la ocupación de los puestos; todos ellos se consideran y son efectivamente un medio de subsistir sin afanes, y pasar como vulgarmente se dice, una vida descansada. El empleado, aun el más cargado de ocupaciones, trabaja infinitamente menos que el artesano o labrador más descansado; como al fin del mes o año se le ha de acudir con su asignación, haya hecho mucho, poco o nada, y como ésta es fija, sin aumento ni disminución, carece del verdadero estímulo que impele al hombre a trabajar, a saber el adelanto progresivo de su fortuna y el aumento de sus goces. Todas las miras de un empleado se reducen a procurarse algún ascenso o jubilación que deje vacante el puesto para otro que lo pretende, y a él lo exima de las comodísimas obligaciones que debe desempeñar. Si no obtiene lo uno ni lo otro, se desata en quejas amargas, en críticas infundadas y en murmuraciones descomedidas; el favor que

se le ha hecho en ocuparlo y proporcionarle los medios de subsistir con un descanso que no le habría sido fácil procurarse en otra parte, lo considera como un mérito extraordinario que debe ser premiado; finalmente, las ideas que tiene de sí mismo son tan erradas y tan perniciosos los hábitos que contrae, que ellos solos bastan para arruinar una nación si esta clase llega a ser la preponderante.

Es verdad que no faltan, especialmente entre los magistrados, hombres laboriosos muy dignos de toda consideración por sus notorios y constantes servicios, por la pureza de su manejo, y que en razón de la independencia en que se hallan de la autoridad, jamás pueden amenazar a las libertades públicas, que por el contrario apoyan y sostienen; no son ciertamente estos los empleados de que hablamos, sino de esa turba despreciable que en todos tiempos y ocasiones no ha tenido otra ocupación que oprimir y vejar a los pueblos sosteniendo todas las iniquidades de sus amos, formando partidos exagerados, y causando sediciones y alborotos en los lugares que sin ellos permanecerían pacíficos y tranquilos. Estos son ciertamente no sólo enemigos del trabajo, sino también destructores de la industria.

En efecto, la observación más constante manifiesta que cuanto más fuerte es el espíritu de ambición, tanto más débil debe ser el de la industria. Una misma población no puede estar al mismo tiempo animada de propensiones tan contrarias, y el deseo de los empleos excluye las cualidades necesarias a la industria. Es digno de notarse hasta qué punto la costumbre de vivir de sueldos destruye la capacidad de invención y de perfectibilidad. Se ve con mucha frecuencia

entre hombres de talento y de excelentes disposiciones aspirar a conseguir un puesto y sentir profundamente la pérdida de un empleo, que estaba muy lejos de darles lo que hubieran podido adquirir fácilmente por el ejercicio de una profesión independiente. La posibilidad de adquirir un caudal por el uso y ejercicio activo de sus facultades, no equivale en concepto de estos, al sueldo corto, pero fijo y seguro que han perdido; no sufren la idea de tener que deber a sí mismos su existencia, de hallarse compelidos a hacer esfuerzos para asegurarla, y con facultades reales y poderosas no saben cómo obrar para socorrer sus necesidades, semejantes a las aves criadas en el cautiverio, que si llegan a adquirir su libertad no saben buscar el alimento ni proveer a sus necesidades, y perecen en medio de las mieses.

El gusto pues de los empleos altera profundamente las facultades activas de un pueblo, destruye el carácter inventivo y emprendedor, apaga la emulación, el valor, la paciencia y todo lo que constituye el espíritu de industria. Más no son estos los únicos golpes que ella recibe; innumerables brazos ocupados innecesariamente, unos en la administración pública, y otros en aspirar a tener parte en ella, y que podrían darla impulso por la creación y multiplicidad de efectos que aumenten la masa de la riqueza pública, se constituyen en la más perniciosa y permanente inacción, y además, perjudican al progreso de los capitales, pues no bastando los empleos necesarios a contentar tanta ambición, se crearán otros inútiles y gravosos que entorpezcan los movimientos de la sociedad, turben sus trabajos y retarden el adelanto de las riquezas.

En efecto, todo lo que sea retirar capitales de la circulación y destinarlos al consumo, es secar en su origen las fuentes de la riqueza nacional y derrocar las bases de la prosperidad pública. La creación de empleos innecesarios exige dotaciones cuantiosas, éstas no pueden hacerse efectivas sin el aumento de contribuciones que causa la destrucción de los capitales. Desde que una cantidad cualquiera de riqueza se destina a un uso improductivo, se debe tener por destruída, y lo es efectivamente. Ahora, pues, no hay cosa que menos produzca que los empleados innecesarios, ni hay cosa que más aumente su creación que el aspirantismo y empleomanía. Que la prosperidad pública no puede sostenerse sin la existencia de los capitales, es una cosa bien clara. Cuando faltan los medios de pagar los gastos públicos y de dar ocupación al jornalero, no puede haber administración que contenga los crímenes que necesariamente deben multiplicarse. La razón es sencillísima: la necesidad imperiosa de la subsistencia diaria es absolutamente indeclinable, superior a cuantas pueden imaginarse, y la primera de todas. Aquél o aquéllos pues que no alcancen a satisfacerla por los medios legales, necesariamente se han de valer de los ilícitos, y convertirse en malhechores que en tiempos revueltos formarán cuadrillas y tomarán un carácter político.

Véase pues, hasta dónde pueden llegar los efectos de la empleomanía, y cuánto tiene que temer una nación sus perniciosos resultados. Los pueblos deben convencerse de que así como todo lo pueden y nada es capaz de resistir a su voluntad, es también cierto que ésta no es siempre justa y acertada. Si se quiere contrariar la naturaleza de las cosas,

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

si se intenta que todos sirvan y gobiernen a un pueblo, y nadie pertenezca a él, si se pretende establecer la libertad y el orden por los medios que la destruyen, éstos se pondrán en acción sin que nadie pueda impedirlo; pero sus efectos serán contrarios a lo que se pretende obtener, pues las leyes invariables del autor de todo lo creado, podrán siempre más que el capricho del agente.



## **De los Medios de Precaver las Revoluciones**

Uno de los más funestos errores que las revoluciones propagan es el de imaginar, que para precaverlas, es menester sumergir a los hombres en la esclavitud. Los excesos producidos por la doctrina de los derechos impelen a los pueblos hacia las desgracias que causa la doctrina de la opresión; y he aquí una nueva prueba de que los progresos de la civilización, deben dimanar de operaciones pacíficas, y que los esfuerzos para sustituir la revolución del tiempo con las de los hombres, son fecundos en desastres.

En dictamen de algunos espíritus, los únicos medios eficaces para precaverse de disturbios políticos, son dar la mayor intensidad al poder, y reducir los hombres a un estado

de ignorancia que los haga pobres, débiles y por consiguiente, poco temibles.

Los que rehusan al poder la fuerza necesaria para existir con tranquilidad, conocen poquísimo el interés general y se engañan extrañamente sobre el arte de constituir un Estado. Todo gobierno inquieto sobre su existencia es receloso; le atemoriza el uso más legítimo de la libertad; emplea la astucia, recurre al fraude y aspira a lo arbitrario como único medio de su conservación. Es preciso que un gobierno sea fuerte para que el Estado sea feliz y libre; pero la fuerza no se da a los gobiernos sino por el interés de todos; se les da para que presenten el ejemplo del desempeño de las obligaciones, y no para que pongan en práctica la doctrina de la opresión. Pues bien, esto último es el resultado de la unión de la mayor intensidad del poder y de la ignorancia de los pueblos. No es imposible realizar esta unión en los más de los países de Europa, y mantener por un espacio de tiempo más o menos considerable el fatal estado de cosas que de ello resultaría. Es preciso confesar, aunque sea con vergüenza, que se ignora cuál es el término del envilecimiento a que puede bajar el hombre. Por dos veces se ha visto la Francia próxima a retrogradar en la civilización, esto es, en la época en que el fanatismo político hacía correr arroyos de sangre en las plazas públicas, y cuando se le arrancaban sus hijos para enviarlos a perecer asolando la Europa. Ha padecido dos especies de tiranía, y podría seguirse a ellas una tercera. Se experimentan estos terribles azotes sin que sean numerosos los malvados. Aun en los tiempos más horribles no se veía más que un cor-

to número de seres perversos; pero se veía una infinidad de cobardes. Pocos hombres cometen delitos; pero muchos dejan que se cometan. Mientras que la doctrina de las obligaciones no haya penetrado a las almas, la tiranía hallará con facilidad agentes, y se desembarazará sin trabajo de los que se le opongan.

La intensidad del poder y la ignorancia de los pueblos no proporciona sosiego ni prosperidad a los imperios. Los Estados en que se halla bien establecida semejante unión, como en los gobiernos asiáticos, son cabalmente los más atormentados de revoluciones. ¡Gobiernos aciagos, en que la rebelión es la única vía de reclamar; en que lo arbitrario corresponde a lo arbitrario, y el poder de la sogá está limitado por el poder del sable! Al ver los furores que se apoderan de los esclavos, luego que hallan un momento para sacudir el yugo, se conoce que el hombre tiene un resorte de libertad. Si él no está prudente y constantemente expedito en todo el tiempo de la vida, desarrolla toda su acción durante algunas horas, y causa horribles estragos.

Pero supongamos que el embrutecer o esclavizar a los hombres sea un medio para hacerlos vivir en paz; ¿qué gentes de honor no buscarán otros medios? Desconocen o quebrantan su primera obligación aquellos que ejerciendo la opresión en un puesto elevado, miran también la ignorancia de los pueblos como un acertado medio de conducirlos.

Ahogando la inteligencia se destruye o hace decaer la industria. La clase numerosa está destinada a proporcionarse por medio del trabajo un copioso sustento, cómodos

vestidos y una sana habitación. El gobierno que le priva de estos beneficios, ya negándole la conducente instrucción, ya no dejándole la libertad necesaria, se opone a las miras de la Providencia, y aleja a los hombres de las inocentes satisfacciones de que ellos gozarían bajo unas justas leyes.

La miseria no es solamente una privación de goces, sino que también engendra enfermedades, y hace más frecuentes y terribles los contagios. Un alimento maligno o muy escaso abrevia la vida de una infinidad de individuos.

El aspirar a fundar la paz de los Estados sobre la brutalidad de los pueblos es emplear un medio inicuo reprehensible ante Dios y los hombres. Semejante medio no puede menos de producir calamidades. Supongamos que él sea capaz de diferir las revoluciones en ciertas circunstancias; tan lejos de precaverlas para siempre debe hacerlas más terribles en algún día; y se asemeja a aquellos remedios que impiden los dolores, y causan después otros más agudos. Para afianzar el descanso de las naciones, busquemos medios más seguros; busquémoslos en una doctrina diferente de la opresión.

La doctrina de las obligaciones infunde el temor a las revoluciones, y el deseo de las mejoras sucesivas. Para que se difunda esta doctrina, importa que la pongan en práctica los jefes de los Estados. Les es natural el temor de las revoluciones, y no menos necesario el deseo de las mejoras sucesivas.

Los jefes de las naciones necesitan de luces y firmeza. De luces para seguir las revoluciones del tiempo; de firmeza para oponerse a las de los hombres.

La situación a que estamos reducidos cuando ya no tenemos más medio para evitar una revolución, que efectuar por nosotros mismos una gran mudanza política, es siempre un peligroso estado. Nos vemos colocados en él por nuestra falta, sea que rehusando reconocer u olvidando las urgencias de la sociedad, hayamos incitado los pueblos a la rebelión, sea que habiéndonos dejado arrancar por debilidad algunas imprudentes conexiones hayamos enseñado a los facciosos el arte de burlarse de la autoridad.

*El más sabio y seguro medio de precaver las revoluciones de los hombres, es el de apreciar bien la del tiempo, y acordar lo que ella exige, y acordarlo no como soberano que cede, sino como soberano que prescribe.* La habilidad de los que dirigen un Estado consiste principalmente en conocer las necesidades nacidas del grado de civilización a que han llegado los hombres. Puede conjeturarse que los pueblos llegarán en más o menos remota época a la libertad política. Los jefes de las naciones tan lejos de atemorizarse con semejante pensamiento, deben apetecer que sus súbditos merezcan cuanto antes esta libertad. Perderán en ello sin duda algo de aquel falso y perjudicial poder que se llama arbitrario, pero ganarán en poder efectivo. Está bien comprobado que algunas asambleas de representantes obtienen en los tiempos críticos alistamientos de hombres, y contribuciones que el más audaz ministro del poder absoluto no se atrevería a pedir. Los reyes penetrados de la santidad

de su ministerio, los que se forman un cabal concepto de la tremenda cuenta que tendrán que dar en la otra parte del sepulcro, deben aspirar a ver dignas de la libertad política a sus naciones, como quien aspira a disminuir el peso de una responsabilidad de que se atemoriza la conciencia. Cuando los pueblos tienen representantes, les es menos dificultoso a los príncipes el instruirse de la verdad; y la libre discusión de los proyectos políticos les proporciona la mejor seguridad de haber hecho cuanto dependía de ellos para gobernar en beneficio del interés común.

Mas, para observar y seguir el curso de la civilización importa no solamente que se refrene a los facciosos, sino también que una sabia doctrina destierre de los espíritus los proyectos quiméricos y falaces desvaríos; que arroje de las almas los turbulentos deseos que las hacen pasar con menosprecio cerca del bien para ir a seguir con ardor una imaginaria mejora. Tenemos muchos espíritus juveniles que no conocen los peligros de su efervescencia, a los cuales es necesario repetirles incesantemente: *No puede arraigarse y crecer el bien sino con lentitud*. Es una ley de la naturaleza. El que menosprecia la moderación desecha la justicia. Pero no podemos persuadirnos de que la precipitación es causa de que se malogren los proyectos más útiles. Nos avergonzaríamos de vacilar y reflexionar, y más queremos arriesgar los intereses más queridos que parecer temerosos de un peligro. ¡Ah! quizá experimentaríamos alguna vergüenza, si supiéramos con qué ojos contempla el hombre sensato tanta impaciencia y sinrazón.

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Desterremos más especialmente el error de que una forma de gobierno es un talismán a que va vinculada la prosperidad de los imperios. Substituyamos esta falsa idea con la verdad de que se mejora la suerte de los hombres propagando la moral y la industria.





## **Discurso Sobre el Curso Natural de las Revoluciones**

Nada más importante que instruir a los pueblos y naciones de los grandes riesgos que corren cuando sus circunstancias los ponen en la carrera difícil y siempre peligrosa de los cambios políticos. La inexperiencia y falta de conocimientos acerca del curso y término natural de las revoluciones, es por lo general el origen de sus errores, y de tantos pasos peligrosos que frecuentemente los conducen al borde del precipicio. Nosotros creemos, pues, hacer un servicio importante a nuestra República, si damos una idea del curso natural de las revoluciones, fijando el carácter y principios generales comunes a todas ellas, e indicando sus resultados prósperos o adversos, para que teniéndolos a la

vista los mexicanos, sepan procurarse los bienes que pueden producir, y precaver, supuestos ciertos principios, los males que en ellas son inevitables.

Los movimientos que agitan a los pueblos pueden ser de dos maneras. Unos son producidos por una causa directa de que resulta un efecto inmediato. Preséntase una circunstancia que hace desear a una nación entera, o a alguna porción de ella, un objeto determinado; la empresa se logra o queda frustrada, y en ambos casos se vuelve a un estado tranquilo. Los decenviros oprimían a Roma con su tiranía; un acontecimiento particular la hace insostenible, y en un instante viene por tierra. El Parlamento de Inglaterra desespera de ver a la nación dichosa bajo el dominio de los Stuarts, y cambia la dinastía. Las colonias inglesas de América se hallan oprimidas por el fisco de su metrópoli y las españolas por el sistema prohibitivo y una opresión calculada; unas y otras hacen un esfuerzo, se declaran independientes y sacuden el yugo bajo el cual estaban encorvadas. Estas son las revoluciones felices: se sabe lo que se quiere, todos se dirigen a un objeto conocido, y logrado que sea, todo vuelve a quedar en reposo.

Pero hay otras revoluciones que dependen de un movimiento general en el espíritu de las naciones. Por el giro que toman las opiniones, los hombres llegan a cansarse de ser lo que son, el orden actual les incomoda bajo todos aspectos, y los ánimos se ven poseídos de un ardor y actividad extraordinaria; cada cual se siente disgustado del puesto en que se halla; todos quieren mudar de situación; mas nin-

guno sabe a punto fijo lo que desea, y todo se reduce a descontento e inquietud.

Tales son los síntomas de estas largas crisis a que no se puede asignar causa precisa y directa; de estas crisis que parecen ser el resultado de mil circunstancias simultáneas sin serlo de ninguna en particular; que producen un incendio general, porque todo se halla dispuesto a que prenda el fuego; que no contienen en sí ningún principio saludable que pueda contener o dirigir sus progresos; y que serían una cadena eterna de desgracias, de revoluciones y de crímenes, si la casualidad, y aún más que ella, el cansancio no les pudiese término. Tal fué la convulsión que condujo a Roma del gobierno republicano al dominio de los emperadores, por medio de las proscripciones y guerras civiles. Tales fueron las largas agitaciones que sufrió la Europa al tiempo de la reforma de Lutero, período sangriento que fué el tránsito de las costumbres y constituciones antiguas a un orden del todo nuevo. Estas son las épocas críticas del espíritu humano que provienen de que ha perdido su asiento habitual, y de las cuales nunca sale sin haber mudado totalmente de carácter y de fisonomía.

La revolución francesa, especialmente, ha presentado un carácter de esta clase y, como todas, ha sido producida por causas universales y necesarias. Todas las circunstancias de que parece ser resultado, estaban enlazadas unas con otras, y sólo de su enlace y unión recibieron todo su esfuerzo. Mas, ¿quién podrá persuadirse que cuando los efectos son portentosos, la causa pueda ni deba considerarse pequeña? Cuando se ve que al quitarse una pequeña piedra

viene a tierra todo un edificio, ¿podrá nadie dudar que estaba el todo ruinoso? No son necesarias explicaciones forzadas para concebir claramente esta idea. Dígase, si no, ¿cuál puede ser la causa de las conmociones a que todas las naciones han estado sujetas, cuando se han hallado en una situación semejante?

Una impaciencia tanto más violenta en sus ataques cuanto es más vaga en sus deseos, es la que produce el primer sacudimiento. Todos se entregan libremente a esta sensación, sin reserva ni remordimiento. Se imaginan que la civilización, previa siempre a un estado semejante amortiguará todas las pasiones, suavizando los caracteres; se persuaden que la moral se hace tan fácil en la práctica, y que el equilibrio del orden social está tan bien sentado que nada podrá destruirlo; se olvidan de que jamás se podrá, impunemente, poner en fermentación los intereses y las opiniones de la multitud. La calma y los hábitos de subordinación, robustecidos por el tiempo, ahogan en el corazón humano ese egoísmo activo y ese ardor inmoderado que toma vuelo al punto que cada cual se ve obligado a defender por sí sus intereses, efecto necesario cuando el desorden de la sociedad, poniéndolos en problema, deja de protegerlos y presentarles apoyo por reglas fijas, destruidas las cuales, aparecerá el hombre en su natural ferocidad; entonces la suavidad social cederá su lugar al vicio y a los delitos, y el hombre, antes moral por la sumisión al orden establecido, recobrará toda la violencia de su carácter primitivo al dar el primer paso en la carrera del desorden.

Otra de las causas que dan pábulo a la anarquía es la imprudencia con que se adopta todo género de opiniones, sobre variaciones continuas y sucesivas de gobierno, y la seguridad con que se les presta ascenso. Como los tiempos que preceden a semejantes catástrofes han sido pacíficos y uniformes las ideas y los sistemas han corrido libremente, sin que haya podido oponérseles nada que los desmienta o los haga sospechosos; la falta, pues, de experiencia, pone en posesión a estas teorías abstractas de una confianza sin límites. De aquí resulta, que a la llegada de la tormenta, cada uno ve comprobada por instantes la debilidad y flaqueza de sus discursos por no haber contado con acontecimientos nuevos e imprevistos, cuya falta, habiéndolo hecho errar acerca de los hombres y de las cosas, le trae diariamente, por una luz repentina, amargos y fatales desengaños. Entonces es cuando ese atrevimiento en opinar empieza a debilitarse, el temor de engañarse se aumenta y cesa la confianza con que antes se aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana.

Mas antes de que vengan estos saludables desengaños, es necesario pasar por todas las series de calamidades que trae consigo el idealismo, porque ni prudencia ni moderación puede esperarse, aun de los hombres más honrados y sabios. La idea de una renovación completa los lisonjea, lejos de arredrarlos; el proyecto les parece fácil, y feliz y seguro el resultado; lánzanse a él sin aprensión ni cuidado, y no contentos con modificar el orden existente, ansían por crear uno enteramente nuevo. Esto hace que en poco tiempo la destrucción sea total, y nada escape al ardor de demoler.

A nadie se ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles y reducirlos a sus primeros principios disolviéndolo hasta sus últimos elementos, es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión. Para que pueda combatirla, es necesario que halle ciertos puntos de apoyo, ciertos estandartes a que reunirse, y ciertos centros de agregación. Si se le priva, pues, de todo esto, queda reducido a polvo y entregado indefenso a todas las tiranías revolucionarias.

Tales son los inconvenientes de toda revolución emprendida sin objeto decidido y determinado, y sólo por satisfacer un sentimiento vago. Cuando los hombres piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo, trastornando cuanto puede contenerlo.

Los primeros autores de esta destrucción se hallan en su mayor parte inspirados por deseos puros y benéficos, así es que aun cuando se extravían de ilusión en ilusión, ofrecen sin duda un título de gloria a su patria, presentando un grande y sublime espectáculo de luces y virtudes. Una reunión de hombres de esta clase en todos los puntos del territorio, obran como de concierto, por la conformidad de sus ideas, para promover los intereses más preciosos de la patria y la humanidad. Se llenan todos del ardor más noble, empuñan en su empresa todas las fuerzas de su alma, y casi todos están prontos a sacrificar a la patria sus intereses personales, sin otra excepción que la de su fama. Como los resultados, por lo común, no son felices, sus trabajos aparecen vanos y algunas veces insensatos. Aquel ardor por

establecer principios descuidando de su aplicación y práctica, es muchas veces pueril; y los que han recibido las lecciones de la experiencia después de una revolución se ven no pocas veces tentados a despreciar a sus inmediatos antecesores, como ellos lo habían hecho con los que les precedieron. Esta propensión es, sin embargo, injusta, pues nadie debe desconocer que es muy fácil juzgar después de los acontecimientos.

Imagínese cada cual transportado a aquella época que suponemos ha empezado a desaparecer, en que las almas llenas de vigor y de energía necesitaban ocupación y movimiento, en que su ardor apenas si hallaba campo suficiente en el espacio que las rodeaba, y en que sus facultades ansiaban por ejercer en toda su plenitud la fuerza de que se hallaban animadas; si se atiende a todo esto con reflexión, no podrá menos de reconocerse, que semejantes disposiciones son muy expuestas a errores, ni de confesar que no por eso se debe tener en menos la fuerza y vigor intelectual de los que se han hallado en semejante período. Las primeras chispas de una revolución política, y los primeros pasos de la regeneración social, dan siempre a conocer grandes talentos que se hacen notables por la brillantez y fuerza de su elocuencia, lo mismo que por la firmeza de su carácter. Vuélvanse los ojos a Francia, España y a las nuevas Repúblicas de América: en todas se encontrarán los defectos de la literatura y filosofía del siglo XVIII; se notará un tono declamatorio, se echará de menos cierta sencillez, y aun se advertirán sutilezas poco fundadas; pero jamás podrá dejar de mirarse ni reconocerse la valentía de la elocuencia

en la tribuna, la profundidad de la filosofía y la decisión resuelta que se despliega en el ataque y la defensa.

Hasta aquí la primera época de una revolución; se han empezado a sentir ciertos males, mas aún no se perciben todos. Insensiblemente va cambiando la escena; el movimiento se comunica de unos en otros, y todos quieren ya tomar parte en los negocios públicos. Pronto se presentan en la escena hombres de carácter nuevo, pero la mayor parte educados en una clase inferior, y no acostumbrados a vivir en aquella especie de sociedad que suaviza el carácter y disminuye la violencia natural de la vanidad, civilizándola constante y moderadamente. Esta clase de hombres envidiosos y encarnizados contra todo género de distinción que da superioridad, y a la cual llaman *aristocracia*, apechugan con las doctrinas y teorías más exageradas, tomando a la letra y sin las modificaciones sociales cuanto ciertos libros dicen sobre *libertad* e *igualdad*. Con estos nombres honrosos cubren sus miras personales que acaso ellos mismos todavía no conocen claramente. Unos, llenos de Rousseau que mal entienden, beben en sus obras el odio a cuanto es superior a ellos; otros, adquieren en Mably la admiración de las repúblicas antiguas, y pretenden reproducir sus formas entre nosotros, a pesar de la inmensa distancia de tiempo y diferencia de lugares, hábitos y costumbres; éstos quitando a Raynal la tea que encendió para reducir con ella a pavesas todas las instituciones, la aplican indiscretamente a su patria y producen una conflagración universal; aquellos dignos discípulos del fanático Diderot, braman de cólera sólo de oír el nombre de sacerdote, religión y culto; otros, fi-



nalmente, tratan de ensayar fría y tranquilamente sus mal fundadas teorías y frenéticos de orgullo, nada, ni aun las más desastrosas revoluciones los detienen para ponerlas en práctica a cualquier costa.

Tal es la segunda clase de hombres que toman parte muy activa en el segundo período de revolución; su perversidad no está del todo fija ni decidida; sus errores son aún en alguna manera disculpables, porque tiene mucho de ceguera, y esto hace que no recojan fruto alguno del mal que causan, y que lo paguen bien pronto. Muchos de los que pertenecen a este período revolucionario, se hallan, por lo general, dotados de grandes talentos que hacen brillar bien pronto, especialmente cuando para defenderse tienen que recurrir a la elocuencia, después que esta prenda ha servido de instrumento para atacarlo y destruirlo todo. En estas circunstancias, su lenguaje tiene mucha dignidad, bastante verdad y ternura.

Cuando este partido, en el cual no faltan hombres de honradez y buena fe, queda aniquilado, entonces las revoluciones de los pueblos dejan de ser objeto de la historia de las opiniones humanas y pertenecen sólo a la de las pasiones e intereses personales. La máscara con que se cubren los que entonces se apoderan de la sociedad, es tan grosera y visible, que a nadie puede engañar, y los más de los que la usan casi no disimulan sus intentos. Sus bajas y viles acciones no tienen en su disculpa ni la excusa del entusiasmo, ni la de embriaguez mental.

En medio de los crímenes y calamidades públicas, la moralidad no puede tener sino un influjo demasiado precario.

Es, sin embargo, digna de notarse una circunstancia que parece ser peculiar de los tiempos civilizados, y es que ninguna facción, por bárbara que se suponga, desconoce la necesidad de cubrir sus decretos con un barniz de razón y de argumentos. El más fuerte se empeña siempre en probar que la fuerza no es su sola razón. Todos cuantos dominan en esta época de calamidad, invocan a su favor el sofisma y la declamación; las facultades mentales se ocupan de esto constantemente, y nada dejan sin defender, nada sin alabar. Hállanse filósofos complacientes que disculpan las matanzas, y amigos de la libertad que elogian el poder arbitrario. La poesía no se desdeña de prestar sus acentos para celebrar los más crueles excesos y las más tristes desgracias, y usando de un entusiasmo ficticio sabe cantar en medio de lágrimas de sangre. Nada existe ya de literatura, ni artes que sean bastantes a suavizar la barbarie de tan desastrosa época. El lenguaje no puede tener persuasión ni fecundidad en tales momentos. El arte no sabe dar efectos permanentes a una elocuencia hipócrita; y aun cuando por una ceguera fatal pueda la imaginación adquirir un cierto grado de calor y de pasión verdadera, sólo puede presentarse a los ojos del sabio y del moderado, como la exaltación de la embriaguez, objeto a un tiempo de compasión y repugnancia.

Cuando las cosas han llegado a este punto, y los hombres se han cansado de sufrir, se aprovecha una circunstancia favorable para verificar un cambio, y entonces se va gradualmente volviendo atrás por la misma escala, aunque por un orden inverso; dichoso el pueblo que no vuelva hasta el punto de donde partió, pues entonces, sin mejorar en nada, co-

## *E N S A Y O S, I D E A S Y R E T R A T O S*

mo sucedió en España a la caída de las últimas Cortes, ha tenido que pasar por todos los horrores de una revolución. Pero no es esto lo común, sino el quedar en el medio como el péndulo, al cabo de oscilaciones más o menos violentas; entonces es terminada la revolución, se reportan sus frutos, y sus excesos son una lección práctica para evitarlos en lo sucesivo.



## Discurso Sobre los Delitos Políticos

¿Pero qué extraña constitución es aquella donde el que tiene consigo la fuerza y la opinión más eficaz que ella, teme a cada ciudadano?

BECARIA. *Delitos y Penas*, cap. 15.

No sería creíble, a no verlo diariamente, el terror pánico que inspiran a los gobiernos los delitos conocidos con el nombre de políticos. Se puede asegurar con entera certidumbre que no ha habido nación alguna que haya estado libre, en todas las épocas de su historia, de esta clase de delitos, origen de tantos y tan destructores resultados. Las

naciones, como las personas, están sujetas a ciertas manías que alteran notablemente su temperamento, trastornan su juicio, y se arraigan tan profundamente en el ánimo de los hombres, que su extirpación se hace sumamente difícil, y sólo llega a conseguirse por medio del tiempo, la reflexión y la calma de las pasiones. Así hemos visto épocas en que se daba mucha importancia a la existencia de los duendes, brujas y maleficios, en otras se temía a los vampiros y fantasmas. La Europa estuvo mucho tiempo creída de la conspiración universal de los judíos para asesinar a los cristianos; bajo el dominio de la Inquisición, no se veían más que herejes por todas partes, y en las revoluciones y los gobiernos que les suceden inmediatamente después de terminadas, no se habla de otra cosa que de conspiraciones.

La falta de solidez y de prestigio, que no puede dar sino el tiempo, y que advierten en sí mismos los gobiernos nuevamente establecidos, el ejemplo reciente de la caída de los que le precedieron, la inquietud y falta de respeto a la autoridad que una revolución produce en la masa del pueblo, y sobre todo el disgusto y descontento que se supone profundamente arraigado en el corazón de aquellos que pertenecen al partido que sucumbió, son origen de estos fatales y perniciosos temores que ofuscan al entendimiento de los que gobiernan y los precipitan a cometer los mayores excesos, haciendo, de esta manera, reales y efectivos los delitos y tramas que de otro modo serían remotos, ineficaces e imaginarios.

A este mal de todos los pueblos nuevos tan común como pernicioso, debe procurarse, sin pérdida de tiempo, un pron-

to y eficaz remedio que, o prevenga sus funestos resultados sofocándolo desde su principio, o ponga término e impida su incremento cortándolo de raíz. Las naciones que se dejen arrastrar de este torrente, y no tengan en tan peligrosa crisis una conducta sabia, moderada y circunspecta, tarde y mal llegarán a constituirse. Hoy sancionarán una constitución para que muera mañana; todas serán violadas a la vez por las leyes de excepción y por actos arbitrarios; se clasificará a los ciudadanos y se privará a muchos de ellos de los beneficios, garantías y seguridades del sistema, porque los actos del gobierno no tendrán otro resorte ni reconocerán otro principio que la desconfianza y el temor, y éstos son maestros muy estúpidos para regir en paz y gobernar en justicia una nación.

Serenidad y confianza es lo que en estos momentos tan críticos debe ocupar a los altos funcionarios que presiden los destinos de sus pueblos; sólo en la calma de las pasiones se puede escuchar la voz de la razón, y dictar medidas que, sin llevar impreso el carácter del resentimiento y del temor, sean verdaderamente conducentes a la represión de los crímenes; de lo contrario, ellas no harán más que dar existencia a los que no la tienen y aumentar el número de los que ya existen. En ninguna otra clase de delitos se corre más este riesgo que en los políticos; en ellos como en todos los de opinión, la persecución no hace otra cosa que aumentarlos, dando margen a que tomen un carácter funesto, por los odios, resentimientos y venganzas a que sirven de pretexto. A nuestro juicio, para que los gobiernos no se conviertan en instrumentos de estas pasiones bajas ni comprometan su

existencia, y con ella la seguridad pública, deben: primero, no dar crédito fácilmente a la existencia de semejantes delitos; segundo, no proceder de un modo extraordinario en su castigo y represión.

Delito político no es otra cosa que una acción por la cual se pretende destruir al gobierno establecido, ya sea para sustituirle por otro, ya para que no haya ninguno. El que se arroja a cometerlo debe estar poseído de una desmedida ambición o de un grande encono contra las leyes y autoridades, debe igualmente ser muy resuelto y de una firmeza y valor extraordinarios; y si no es un menguado, en cuyo caso no puede dar cuidado, debe contar con el apoyo que presta la fuerza física y moral. Veamos pues si está en el corazón del común de los hombres el acometer semejantes empresas, y en su arbitrio el formar esta reunión de circunstancias. Desde luego suponemos que no hay nación alguna en el globo en la cual los que pertenecen a ella no hayan deseado una o muchas veces la destrucción de su gobierno; pero no es esto de lo que tratamos, esta clase de deseos no pertenece al catálogo de los delitos, no pueden contarse entre ellos ni perjudican en manera alguna a la seguridad pública, mientras no se pretenda hacerlos efectivos.

¿Y es fácil esta resolución en el común de los hombres? Nada menos. El hábito de obedecer y la suma dificultad de reunir una fuerza considerable, la de la observancia del secreto riguroso tan necesaria para esta clase de proyectos, la falta de recursos de todas clases y la ninguna probabilidad del éxito, son retraentes tan poderosos que bastan a desalentar no sólo al común de los habitantes de una na-



ción, sino aun a los hombres más resueltos que puede haber en ella. Esta clase de dificultades son de suyo tan claras y perceptibles, que casi no hay uno a quien puedan ocultarse. Ellas adquieren un nuevo grado de fuerza cuando se trata de echar por tierra un edificio que ha levantado el entusiasmo, y tiene por apoyo y cimiento la opinión pública y la voluntad nacional. Entonces es un delirio o una afectación sospechosa suponer la existencia de grandes conspiraciones. Sería necesario persuadirse que todos los hombres habían abandonado el sentido común, y separándose de los principios de obrar que la naturaleza ha impreso con caracteres indelebles en el corazón humano. Por otra parte, los ciudadanos, por un sentimiento natural, se ponen siempre de parte de la autoridad de la cual reciben o esperan su protección y apoyo.

Nadie que ocupe algún puesto a que deba su subsistencia, tenga alguna industria productiva, algún capital en giro o posesiones territoriales, puede desear ni promover asonadas ni alborotos. En esta clase de hombres el amor de la propia comodidad se halla tan íntimamente enlazado con la seguridad pública, que sería un fenómeno rarísimo hallar algunos de ellos en trama contra el gobierno. Sin embargo, éstos son los únicos que, por su influjo y relaciones, pueden emprenderla con alguna esperanza y probabilidad del éxito; si pues se está y debe estar seguro de éstos, ¿qué temor pueden inspirar aquéllos que con nada cuentan y por lo mismo se hallan destituidos de los medios de obrar? Ninguno, ciertamente. Las clases acomodadas tienen intereses comunes

con la autoridad, tampoco las indigentes por el conocimiento de su impotencia y nulidad política.

De lo expuesto no se deduce la imposibilidad absoluta de las conspiraciones; ellas, a pesar de las reflexiones expuestas, existen algunas veces, pero no las hay con la frecuencia que quiere persuadirse, ni son de tal naturaleza que deban inspirar ese terror pánico a los gobiernos, tanto o más perjudicial que ellas mismas. En efecto, cuando los agentes del poder manifiestan cuidadosamente su atención a esta materia, no hacen más que debilitarse, desalentar a los pacíficos ciudadanos, y fomentar el atrevimiento de los malvados. Es máxima bien sabida, y confirmada por la experiencia, que todo aquel que manifiesta temor, por el mismo hecho, pierde mucho de su prestigio y de su fuerza; con sólo esto confiesa tácitamente y en forma clara su propia debilidad, y abre la puerta a que lo insulten los enemigos de la Nación y de la tranquilidad pública, ofreciendo flancos destituídos de fuerza que puedan ser atacados con ventaja. Infinitos revoltosos que se hallan comprimidos por la fuerza del poder, y en nada menos piensan que en promover asonadas por la ninguna esperanza de un éxito favorable, la conciben muy grande desde el momento que se les asegura por quien no puede ignorarlo la existencia de vastas y ramificadas conspiraciones; el ejemplo naturalmente seductor acaba de decidirlos, y de este modo se multiplican los crímenes por los mismos medios con que se pretendía sofocarlos.

Este peligro es mucho mayor, y el riesgo que se corre adquiere muchos y nuevos grados de probabilidad cuando

la conspiración se supone ser en favor de las pretensiones de alguna nación extranjera que juzga tiene derecho para dominar a aquella que le teme; entonces la que tal vez se contentaba con estériles protestas, alentada por el partido considerable que el mismo gobierno enemigo confiesa existir a su favor, toma una actitud hostil, y si no consigue recobrar el dominio perdido, causa mil males a quien se sustrajo de él, la hace teatro de la guerra, fomenta el espíritu de discordia, produce el desafecto a las instituciones establecidas, empobrece su erario, retira todas las empresas benéficas, en una palabra, no sólo impide su progreso, sino que la hace retrogradar muchos siglos.

Ni se nos diga que en semejantes casos no faltan en ningún pueblo verdaderos héroes, verdaderos patriotas decididos que sostengan la causa nacional contra la usurpación y tiranía. Convenimos en que así será; pero nadie puede dudar que es contrario a las reglas de la prudencia, de la política y de una recta administración llamar al enemigo, solamente porque hay seguridad de vencerlo, o, lo que es lo mismo, buscar la enfermedad, porque hay remedio para cortar sus progresos, y médicos que la curen.

Ahora bien, esto es precisamente lo que se hacen con suponer conspiraciones y partidos abultados en favor de la dominación extranjera; se alienta a los enemigos interiores, y se llama a los exteriores, sin más fundamento y esperanza que la resistencia que puede oponerse a unos y a otros, y sin contar para nada con los males y perjuicios que traen consigo no sólo las pérdidas siempre inevitables de que hemos hecho mención, sino aun la misma victoria.

El cuerpo político es como el físico; sus fuerzas se apuran con la resistencia que oponen a la enfermedad, si ésta se produce y las medicinas la hacen tomar incremento, cae en una mortal languidez que lo pone incapaz en lo absoluto de ejercer sus funciones hasta privarlo de la vida. La misma suerte tiene una nación a la que la imprudencia de su gobierno ha conciliado muchos y poderosos enemigos: sucumbe debilitada por sus victorias, éstas se multiplican, es verdad, pero no se consiguen sin pérdidas de fuerzas, que, a la larga, deben extenuarla y prepararla su ruina y destrucción. Estos resultados, los más favorables que pueden suponerse, son estando a que se vencerá siempre. ¿Mas qué motivo hay para prometérselo? ¿Quién podrá dar una absoluta seguridad de la victoria? Ninguno ciertamente.

Cuando el gobierno muestra temor y hace entender a los pueblos la existencia de un partido poderoso y liberticida, que ha extendido sus raíces penetrando por todas las clases de la sociedad, haciendo entrar en sus miras e intereses una gran parte de la población, e incluyendo en él los hombres de más influjo por sus caudales y prestigio, los ciudadanos no pueden menos de acobardarse y perder del todo, o a lo menos vacilar mucho, en la esperanza de obtener un éxito feliz. ¿Y quién podrá dudar que estas disposiciones son las menos a propósito para obtener el triunfo? El desaliento en el que debe obrar es el presagio más seguro de un resultado feliz, y cuando éste se ha difundido por la masa del pueblo, para nada pueden ser útiles la firmeza, pericia y entusiasmo patriótico de los héroes de la nación. Ellos harán prodigios de valor dignos del mayor

elogio y de la admiración de la posteridad, pero ineficaces por la falta de cooperación que da la fuerza, sin la cual es inasequible la victoria.

Absténganse pues los que gobiernan de soltar y hacer valer especies alarmantes que destruyan la fuerza moral, en que solamente deben apoyarse. La seguridad pública y la causa nacional padecen mucho con estos temores verdaderos o afectados. Si se trata pues de poner en salvo tan preciosos intereses, los medios de que se haga uso deben ser naturalmente proporcionados para conseguir el fin, y es tan seguro como cierto que no son de esta clase las alarmas y temores que manifiestan e inspiran en la masa del pueblo los agentes del poder.

Por lo expuesto, nadie puede dudar cuán poco tiene que temer un gobierno que observa bien y religiosamente las leyes, respeta las garantías sociales, reconoce por límites de su acción los derechos del hombre y del ciudadano, renuncia a toda parcialidad, y cuida de que la justicia distributiva y de represión sea pronta y eficazmente administrada. Mas cuando la autoridad misma obra en sentido contrario a estos importantes deberes, cuando por sí misma comete los excesos que estaba destinada a reprimir, o por su apatía y abandono los tolera en sus agentes, entonces sí son temibles los conspiradores. Un pueblo cuya paciencia se ha agotado por todo género de vejaciones es un torrente precipitado que arrolla cuanto se opone a su poder.

En efecto, los apoyos principales del gobierno se transforman en decididos enemigos cuando éste se convierte en agresor. Los que ven expuestas sus personas a la perse-

cución y atacada la seguridad individual sin que su inocencia pueda servirles de garantía; los que son despojados del fruto de su trabajo, y de los bienes y propiedades cuyo goce les habían garantizado la sociedad y las leyes; aquéllos a quienes se ha hecho un crimen de sus opiniones; los que advierten la dilapidación del tesoro público formado de los productos de la industria del laborioso ciudadano, y de la sustancia del pobre; finalmente, todos aquellos a quienes no puede ocultarse una viciosa, torpe y descuidada administración, no pueden menos de indignarse contra un gobierno tan notoriamente perjudicial.

La autoridad en semejantes casos, puede remediar el mal, mas no por medio de prisiones y castigos ruidosos que no hacen más que aumentarlo alterando el orden y causando el resentimiento y el encono, sino por pasos retrógrados que restablezcan la confianza y seguridad perdidas. La experiencia de todos los siglos acredita esta verdad en todas las naciones del globo. Jamás se ha conseguido reprimir por medidas severas las conspiraciones a que han dado lugar los excesos del gobierno, si al mismo tiempo no se ha procurado ponerles un término; ellas se reproducen por todas partes, y aunque se frustren muchas, con una sola que se logre el negocio es concluído, y el gobierno queda arruinado. La historia de nuestra independencia y libertad no puede dejar de convencer aun a los menos dispuestos a escuchar la voz de la razón. El gobierno se obstinó en llevar adelante sus excesos y no ver en los que se oponían a ellos más que insurgentes y conspiradores. ¿Y cuál fué el resultado? El que no podía menos de ser, que todos sus enemi-

gos fueron declarados patriotas y beneméritos, y así él como sus tiranos agentes, enemigos de la Nación y de las libertades públicas.

No por esto pretendemos que no pueda usarse de los medios represivos aun en el caso en que parezca estar la justicia de parte de los disgustados. La tranquilidad pública, la estabilidad de las instituciones y la subsistencia de un gobierno son cosas tan importantes y sagradas, que no se debe omitir medio de conservación. Los principios del derecho de insurrección son demasiado sencillos, pero su aplicación es tan difícil que casi toca en los términos de imposible; y puede asegurarse, sin temor de errar, que sólo los resultados pueden justificar una revolución, pues sólo ellos pueden convencer de un modo inequívoco la opinión pública y la voluntad nacional. Es pues no sólo conveniente sino absolutamente necesario reprimir todo género de sublevaciones; pero se debe proceder con sumo tiento en materia tan delicada, evitando aquellas medidas que, lejos de curar el mal, lo pongan en peor estado.

Los delitos que reconocen por principio el honor y la opinión, dice el sabio Bentham, son sumamente difíciles de precaverse, y más aún de corregirse y cortarse, a diferencia de los que dependen de la perversidad del corazón que, por ser reconocidos como tales en todas partes y detestados por todo el género humano, en sí llevan su correctivo. No se impide de la misma manera un homicidio, un hurto, un rapto, que un duelo, un fanatismo exaltado y una sublevación contra el gobierno. Esta clase de enfermedades del cuerpo político son sumamente peligrosas y difíciles de cu-

rarse. Exigen un médico de un pulso, tino y circunspección tal, que lejos de exasperarlas con remedios cáusticos, las aplaque con lenitivos, suavizándolas y conteniendo la eferescencia y ardor a que de suyo son tan propensas. Se debe pues comenzar por conocer la naturaleza del mal y el lugar en donde reside su principio, de otra manera no se hará más que dar pasos aventurados y peligrosos.

A nuestro juicio, los delitos comunes y reconocidos por tales en todos los tiempos y naciones, como que siempre tienen por principio una voluntad depravada, deben ser reprimidos por el temor, que aunque diversificado de varias maneras, siempre obra directa e inmediatamente sobre el corazón humano. No hay hombre que al perpetrarlos deje de estar convencido de que obra mal, y siempre se precipita en ellos excitado por el vehemente deseo; así pues el raciocinio y la convicción poco o ningún efecto podrán producir en hombres de esta clase. El medio pues de contenerlos es presentarles la pena como una consecuencia inevitable del crimen, o, lo que es lo mismo, destruir los motivos que impelen a la voluntad a obrar de un modo que ya viene reprobado por el entendimiento, con otros de mayor peso que la retraigan.

Por otro modo, debe procederse con los delitos políticos; éstos reconocen por principios la convicción, y son obra toda del entendimiento; el honor, el entusiasmo y la gloria son sus principales móviles, por ellos se sobreponen los conspiradores a las penas corporales y afflictivas, frustrando de esta manera las intenciones del legislador, que, sin conocimiento de las cosas, quiso precaver y destruir el mal por



medios tan ineficaces. La experiencia acredita esta verdad de un modo inequívoco: véase si no cuál ha sido la suerte de las leyes contra duelos y excesos de fanatismo. En todas ellas se ha impuesto la pena de muerte, y aun han sido tratados de un modo más cruel y bárbaro sus contraventores, sin que por esto haya conseguido extinguirse el mal que ha ido siempre en aumento con semejantes medidas.

Lo mismo ha sucedido con las providencias dictadas contra conspiradores; mientras más duras y severas han sido éstas, más ha progresado el mal que se trataba de cortar; pues lejos han estado de producir este efecto que, al contrario, han sido un nuevo motivo para atacar al gobierno. En efecto, por ellas se le ha hecho aparecer como cruel, bárbaro y perseguidor de sus semejantes, nota que cuando recae sobre la autoridad, y los hechos parecen comprobarla, la desacreditan y hacen odiosa, acabando por destruirla y echarla a tierra. Hay también otra circunstancia desventajosa a la represión y castigo de los delitos políticos; como en ellos a diferencia de los comunes no resulta nadie directa e indirectamente ofendido, no causan a los particulares la alarma ni producen el disgusto y descontento que los otros. Si pues aun, respecto de los homicidas más atroces, se excita la compasión cuando salen al suplicio, ¿cuánto más lugar no tendrá ese sentimiento cuando se ve ejecutar a un hombre que nadie en particular reconoce como enemigo y a quien probablemente no faltarán amigos, dependientes y partidarios?

Así es que no precisamente a la voluntad, sino al entendimiento es donde deben dirigirse los legisladores, para precaver esta clase de crímenes; procúrese convencer a

todos, no con promesas que no se cumplen y declaraciones vanas, sino con hechos positivos, que nadie tiene motivos para temer, y sí muchos para esperar protección y apoyo de parte de la autoridad, y a muy pocos o a ninguno les ocurrirá la tentación de conspirar, porque pretender que los hombres se dejen perseguir y degollar como carneros, especialmente en estos tiempos en que cada cual conoce su dignidad y sus derechos, es el mayor de los delirios.

¿Mas qué se debe hacer, se nos dirá, cuando ha sido sorprendida una conspiración? ¿Deberán quedarse impunes los complicados en ella? ¿El gobierno se dejará insultar sin hacer nada de su parte para conciliarse el respeto que se le debe? Nada menos. No hay hombre tan necio que deje de conocer la necesidad de reprimir esos atentados, ni tampoco amantes de su patria, y del orden y reposo público, que los vean con indiferencia. El primer paso que se debe dar es certificarse de la existencia de la conspiración denunciada, su importancia es demasiado notoria para que nos empeñemos en hacerla patente. Por falta de circunspección en esta materia, se han visto comprometidos los gobiernos, o a confesar que se dejaron engañar y engañaron a la Nación, o a empeñarse en sacar delincuentes a los que no lo son, cometiendo para esto vejaciones de todo género, e ilegalidades visibles y de un tamaño extraordinario. Demasiados documentos y ejemplos tienen algunos pueblos, comprobantes decisivos de esta verdad. Ellos están convencidos de la ligereza con que se procede en esto, que ya casi no dan crédito ninguno a los agentes del poder, y los privan del apoyo que podía prestarles su cooperación cuando verdaderamente la necesitan.

Una vez sorprendida la conspiración, han cesado los motivos de temerla. Así es que no debe hacerse estrépito alguno, ni tomar medidas alarmantes que causen inquietud ni den más valor e importancia a la cosa que la que en sí misma tiene; bastante hemos patentizado ya los perniciosos efectos de semejante conducta, y ahora sólo debemos añadir, que las medidas extraordinarias de precaución y vigilancia, cuando ya no son necesarias, no hacen más que poner en ridículo al gobierno, haciéndolo aparecer imbécil y pusilánime y concitándole el desprecio de los que ven las cosas a buena luz. Jamás esos aparatos han conseguido imponer, especialmente si se repiten con frecuencia por una autoridad desacreditada.

Pero los principales desaciertos de los gobiernos en causas de conspiración se hallan en la orden de los juicios, en la elección de los jueces, y en la designación y aplicación de las penas. Los delitos políticos no se acaban cuando se aumentan los motivos que los impulsan. Toda conspiración tiene por motivo real aparente las injusticias del gobierno; pretender pues cortar aquéllas aumentando éstas es el mayor de los delirios. ¿Y qué otra cosa se hace con la designación de jueces especiales, la omisión de las fórmulas, la prolongación indefinida de los procesos y las duras penas? ¿No es esto confirmar los asertos de los conjurados y justificar la revolución? Sin embargo, estas son las prácticas o rutinas de muchos gobiernos, que se llaman y blasonan de ser libres y de caminar por el sendero de la justicia.

Luego que alguno es acusado de conspiración se le trata como si ya estuviese convencido de este crimen; no sólo se

procura asegurar su persona, sino mortificarlo de todos los modos posibles y hacerle sufrir todo el peso del infortunio; se le cierran las puertas por donde pudiera salir del laberinto en que se ha metido, se le tienden por todas partes lazos que le hagan caer, y se le procura sacar reo a toda costa. Cuando llega el caso de verse la causa, se acortan los plazos, se disminuye el número de los testigos que forman la prueba ordinaria, se hace mérito aun de los más leves indicios, se escuchan con prevención y desconfianza los testigos y documentos que forman la prueba de descargo, se procura que la defensa sea una pura formalidad, para lo cual se niegan los documentos que se piden para formular la defensa, y se le estrecha para que en un tiempo cortísimo la forme, la entienda y la presente, en una palabra, nada se omite para que el reo quede indefenso y triunfe el acusador.

Como si esto no bastase, se buscan jueces dependientes en un todo del gobierno, que se sientan no a fallar con imparcialidad y arreglándose a lo que resulte de la causa, sino a condenar decididamente al acusado; jueces elegidos expresamente para el caso, y que serían severamente castigados por el poder si no se prestaran dócilmente a sus miras y lo complacieran en un todo. ¿Y esto es justicia? ¿Estos procedimientos podrán salvar a los gobiernos de las intenciones de los conjurados? Nadie podrá persuadirse.

No es éste por cierto el camino que debe seguirse. Castíguense enhorabuena al reo, pero sépase y pruébese que lo es. Las leyes comunes tienen o deben tener establecidos los

medios de poner en claro los hechos criminales, y de éstos y sólo de éstos debe hacerse uso en la averiguación de todo género de delitos. Las acciones no mudan de naturaleza por el objeto a que se determinan, ni por el fin que se propone el agente; así es que ya sean contra el gobierno o contra algún particular, los medios de certificarse de ellas deben ser siempre los mismos; y como las fórmulas de los juicios no son ni deben ser otra cosa que el criterio legal para decidir de los hechos sometidos a la calificación de los jueces, es imposible el acierto en ésta, supuesta la omisión de aquéllas.

Si omitir pues las fórmulas en los delitos comunes sería una injusticia atroz, hacerlo en los políticos es un acto de opresión y tiranía que afianza y robustece el concepto que los revoltosos procuran tenga del gobierno el resto de los ciudadanos. Lo mismo sucede con el nombramiento de jueces especiales; este simple hecho funda una presunción vehemente en favor del acusado y contra la autoridad, pues es muy extraño que los jueces ordinarios a quienes se tiene confianza para conocer de los delitos comunes, no puedan inspirarla cuando se trata de los políticos; así es como el público se afirma en la inocencia del reo y en la parcialidad e injusticia del gobierno, y así es como las revoluciones se propagan por los mismos medios destinados a contenerlas.

En cuanto a las penas que se hayan de aplicar a los delincuentes de que tratamos, es necesario proceder con distinción. Cuando la conspiración ha estallado y se ha derramado sangre, puede en ciertos y determinados casos apli-

carse la pena capital a los que la han promovido; su delito entonces es equivalente a muchos asesinatos, y el que ha derramado la sangre del inocente es muy justo que pague con la suya y sirva de escarmiento a todos los que en lo sucesivo puedan incurrir en la tentación de hacer lo mismo. Otra es la conducta que ha de observarse cuando la revolución no llegó a tener efecto, por haber sido sorprendidos los conspiradores o existir constancia de haber abandonado el proyecto.

Todos los políticos y criminalistas famosos sientan por principio que el conato del delito no debe ser castigado como el delito mismo, y se fundan en una reflexión cuya fuerza es igual a su sencillez. Desde concebir y proyectar un hecho criminal hasta ponerlo en efecto, hay tantos retraentes, que se puede asegurar sin temor de errar, que apenas se verificará uno de cien proyectos criminales. La perpetración del crimen cuando se ve ya próximo, hiere de un modo tan vivo la imaginación y el ánimo aun de los más decididos a cometerlo, que mil veces les ha fallado la resolución y firmeza tan necesarias para estos casos en el momento preciso. Además las penas no son precisamente para mortificar al delincuente, sino para retraerlo a él y a los demás de la violación de las leyes, y de este modo afianzar el ejercicio de los derechos públicos y privados; de suerte es, dice el jurisconsulto Bentham, que si se pudiera conseguir el hacer cesar por otros medios la alarma que produce el delito en los asociados, el castigo del delincuente sería un acto de crueldad.

Sentados estos principios, nadie puede racionalmente sostener que se deba imponer la pena de muerte al simple conato o a los primeros pasos que se dan para trastornar el gobierno; desde éstos hasta la consumación del crimen hay una distancia inmensa, y dificultades imprevistas en cada uno de los pasos intermedios, bastantes a hacer variar de resolución aun al que la tenga más firme. Todas estas consideraciones disminuyen la alarma que causan en el público semejantes asonadas, y la experiencia acredita que nadie da la misma importancia a una conjuración cuando empieza a formarse, que estando en los momentos de estallar: así pues no sólo es conforme a la justicia, sino también a la opinión pública, que los delitos políticos incipientes no sean castigados con la misma pena que los que se han consumado o estaban para consumarse.

La naturaleza misma del delito parece que indica la pena que debe imponérsele. El que no ha hecho otro mal que empezar a tramar contra el gobierno adoptado y sostenido libremente por una nación, sin duda que se halla disgustado con aquél y en oposición con la voluntad e intereses de ésta; probado pues judicialmente uno o más hechos que manifiesten los conatos a sobreponerse a la voluntad pública no puede dudarse que el más humano y más eficaz castigo es el destierro y expulsión temporal o perpetua del territorio.

Así se practicó con el mayor enemigo y el primero y más temible conspirador contra nuestra libertad. El general Iturbide fué desterrado de la República Mexicana, y no hubo uno que no elogiara la moderación y cordura de esta

importante medida. Así es como se evita el carácter odioso de venganza que siempre traen consigo los castigos demasiado severos de los crímenes contra el Estado. Así es como se aplacan las pasiones y resentimientos y los gobiernos adquieren el concepto de justos, suaves, circunspectos y moderados.

Todas nuestras reflexiones parten de la suposición de que la autoridad proceda de buena fe y se halle realmente persuadida de la existencia de las conspiraciones; para casos semejantes podrá ser más que de común utilidad lo que llevamos expuesto. Mas cuando el gobierno o sus agentes inmediatos afectan temores de que ellos mismos no están convencidos; cuando con siniestros fines y miras torcidas promueven asonadas para aumentar su poder y destruir las libertades públicas pretendiendo burlarse de los ciudadanos pacíficos y de la Nación entera; entonces la cuestión varía de aspecto y la conducta que debe observarse ha de ser totalmente diversa. Un crimen de este tamaño en los agentes del poder merece un pronto y severo castigo; la destitución y el patíbulo por no conocerse otra mayor en el orden de las penas es lo que debe pacificar una tierra contaminada con el mayor de los delitos y las más detestables de las virtudes.

Valerse un hombre de la confianza que en él se ha depositado, de la fuerza y de los caudales que se han confiado a su dirección para oprimir y arruinar a sus benefactos, es un procedimiento tan bajo y criminal, que los idiomas no prestan voces bastante enérgicas y significativas para expresar lo que se siente. ¡Desgraciada nación la que cae bajo del



## *E N S A Y O S, I D E A S Y R E T R A T O S*

régimen injusto y poder opresor de estos malvados! Ella estará perpetua y constantemente sujeta a revoluciones desastrosas; la lucha entre el gobierno y los pueblos será eterna, los males sin cuento, su destrucción cierta y su ruina inevitable.



**Discurso sobre los perniciosos efectos del influjo  
de los gabinetes extranjeros en las naciones  
que los sufren**

Conciudadanos, creedme, los celos de un pueblo libre deben estar constantemente alerta contra las insidiosas estratagemas de la influencia extranjera, pues la historia y la experiencia han probado, que esta influencia es uno de los más terribles enemigos que tiene el gobierno republicano.

WASHINGTON. *Despedida.*

El célebre caudillo de la primera revolución americana, el primero que plantó el estandarte de la libertad en el suelo de Colón y abrió la puerta a la formación de nuevas naciones, al despedirse del pueblo que había hecho indepen-

diente con su espada, y elevándolo por sus talentos políticos y virtudes cívicas al rango de nación independiente, no pudo menos de recomendarle con el más vivo empeño la importancia y necesidad de evitar la influencia de los gabinetes extranjeros en los negocios domésticos. Bastaría que este grande hombre, este profundo político, este héroe de la razón y de la filosofía, hubiese sentado esta máxima como base de las operaciones de todo gobierno libre, y como regla de que no deben separarse los que quieran con sinceridad y buena fe consolidar un sistema republicano, para que los pueblos y los que presiden sus destinos viesan con la mayor desconfianza las sugerencias de los gabinetes extranjeros, escuchasen con prevención sus proposiciones, y estuviesen alerta sobre la conducta de sus ministros.

La experiencia adquirida en ocho años de estar al frente de la administración pública de su patria, después de quince de revolución en que Washington siempre tuvo una parte muy principal y directa, ya como general, ya como el ciudadano de mayor prestigio que se conocía en aquel país por su moderación y desinterés, por su patriotismo, y por la profundidad y extensión de sus talentos, son circunstancias que fundan por sí mismas una vehemente presunción a favor de los principios que deben servir de norma a la conducta de los que ocupen un puesto semejante. Pero este grande hombre no quiere ser creído sobre su palabra, a pesar de que nadie podía alegar tantos títulos que justificasen semejante pretensión, sino que apela a la razón y a la experiencia, asegurándonos que estas dos fuentes de la

humana certidumbre están de acuerdo en comprobar la verdad del principio que recomienda.

Jamás los pueblos habrían padecido tanto, ni las naciones hubieran sido vil juguete de sus vecinas, si los hombres y los gobiernos se hubiesen convencido de que el interés verdadero por la prosperidad de un país no puede existir fuera de él; de que sólo el nacimiento o arraigo por familias y propiedades puede producir en los hombres un empeño verdadero por los intereses del territorio; y de que los extranjeros no tienen por sus vecinos otras consideraciones que las que pueden ministrarles lo que se cree el bienestar de su país, que muchas veces se halla en oposición con el de la nación en que han sido acogidos. Buscar pues la dirección de los propios negocios en un gabinete extraño, o tolerar la influencia de éste en las autoridades y ciudadanos del país, no sólo es la mayor prueba de imbecilidad de un gobierno, que con este solo hecho demuestra que no puede dar un paso por sí mismo, pues necesita de andaderas, sino que es igualmente el mayor de todos los crímenes, y el cargo más fundado para derrocarlo y hacer que sufran el condigno castigo de tamaña maldad. Esta es una traición que los gobiernos hacen a los pueblos; ella destruye la independencia nacional, que es el primero y más precioso de sus intereses, y los entrega atados de pies y manos a un señor extraño para que disponga de ellos a su arbitrio y voluntad. Nada es capaz de disculpar semejante conducta, puesto que no es concebible circunstancia ninguna que pueda autorizar a un gobierno a someter a otro la nación que ha sido confiada a su dirección y cuidado. El gobier-

no, pues, que permite o solicita la influencia extranjera, es traidor a la nación, y debe ser castigado con todo el rigor de las leyes y con la mayor de las penas.

Nada hay más precioso para un pueblo que su independencia respecto de las demás naciones, especialmente si ha sufrido por un período considerable de tiempo el régimen opresor del extranjero. Cuando se llega a sacudir el yugo extraño después de extraordinarios esfuerzos y de una guerra desastrosa en que han perecido innumerables familias, en que la sangre ha corrido a torrentes, así en la campaña como en los cadalsos, en que las campiñas han sido asoladas, las poblaciones entregadas a la voracidad de las llamas y al pillaje del soldado, entonces es verdaderamente cuando se aprecia como se debe la independencia nacional, la facultad de regirse por sí mismo, y de crear un gobierno que identificando sus intereses con los de la nación, inspire confianza y promueva su prosperidad por los medios que conduzcan a este fin, sin pararse a examinar si serán de la aprobación y beneplácito de un gabinete extranjero.

Este justo aprecio que se hace del mayor de los bienes políticos, está fundado en razones solidísimas. Las naciones como las personas tienen dos modos de existir en el orden social: a saber, el de independencia y soberanía, o el de sumisión y esclavitud. Sólo en el primer caso pueden proveer a sus necesidades, y promover todo lo conducente a la prosperidad y bienestar de los miembros de que se componen. En el segundo, no basta para hacer que se adopte una medida demostrar que es benéfica y saludable, pues debe examinarse igualmente si es conforme a los intereses

de la potencia dominante; ella es la que debe calificar su conveniencia, de ella se debe esperar su ejecución, y es del todo seguro que en el caso de ser opuestos los intereses, prevalecerán los de la que domina sobre los de la dominada. Todos los males que trae consigo la sujeción, que no son pocos, están compendiados en estas palabras que, aunque breves, abrazan todos los principios de un régimen dominador, enemigo de las libertades de los pueblos y de la independencia de las naciones.

¿Qué es pues sujetar una nación a otra y ponerla en estado de no obrar por sí sino por impulso ajeno? Es destruirla en el orden físico y darle la muerte en el político, es crear una reunión de esclavos que no puedan disponer de por sí mismos, ni moverse a obrar nada sino por la voluntad de su señor. Ahora pues, así como el mayor ultraje y el primero de los males que pueden hacerse a un hombre es el de reducirlo al estado de servidumbre, de la misma manera y por las mismas razones, una nación que ha caído bajo la dependencia de otra por culpa de su gobierno, o se halla en peligro de sufrir esta desgracia, debe considerar a éste como traidor en primero y supremo grado, pues que en la línea de los delitos no puede encontrarse otro mayor. Si la gravedad de un crimen debe medirse, como no admite duda, por la naturaleza de los males que causa y por la posición social del que lo comete, aunque nos pongamos de intento a buscar otro de más gravedad que el de un gobierno que hace traición a los intereses de su nación, será no sólo difícil sino imposible encontrarlo. Entregar el depósito más sagrado, es decir, la libertad y suerte de innume-

rables familias, aquel o aquellos a cuyo cuidado se había puesto, y a quienes en retribución de los pequeños trabajos que demanda esta obligación, se ha colmado de honores y beneficios, no merece otro nombre que el de una felonía traidora.

¿Y quién podrá dudar que un gobierno que se deja dirigir por un ministro o gabinete extranjero, que se aconseja de él, y que permite obre directamente sobre todas las clases de la sociedad, seduciendo a unos, amenazando a otros, persiguiendo por medio de prisiones e imputaciones calumniosas a muchos que podrían oponerse a sus miras y proyectos, creando facciones que fomenten y promuevan la discordia entre los ciudadanos, y trastornando todo el orden interior de la sociedad; quién, repetimos, podrá dudar que este gobierno destruye la independencia nacional y se hace reo del mayor de los crímenes? En efecto, la independencia, este precioso e inestimable bien, no se consigue por variar de señor, sino por sacudir la servidumbre. Nada, ciertamente, se ha logrado con que un país se haya separado en lo ostensible de una nación, si ha caído bajo el influjo dominante de otra que cuidándose poco del aparato exterior del mando lo ejerce con más certeza y seguridad, y llega al fin que se propuso por caminos que, aunque ocultos y tortuosos, no son por eso menos seguros para llegar al término.

En el día se pretende dominar por otro camino que el de la fuerza; no se trata ya de reducir las naciones a provincias, ni de regirlas por un virrey o gobernador; estos medios de dominación son demasiado conocidos para que



puedan ponerse en acción y dar un resultado favorable. La táctica de los gabinetes modernos que tienen pretensiones sobre sus vecinos es más insidiosa, y consiste en apoderarse de los que gobiernan; en organizar facciones y partidos que puedan servir cuando se tenga por necesario; y en soplar el fuego de la discordia que excitando pasiones populares relaje los vínculos que unen a los ciudadanos entre sí y con su gobierno, y debilite a los pueblos por su descontento y falta de unión, hasta ponerlos en estado de que puedan recibir la ley y el yugo de aquel que quiera imponérselos.

Como a una nación para ser libre y soberana no le basta que se le llame tal, se debe cuidar mucho de que los pueblos que la componen no sean engañados por nombres vanos ni por falsas y seductoras apariencias. Los que no han conocido ni experimentado más que una clase de servidumbre, cuando han logrado sacudirla se tienen ya por enteramente libres de todas; ¡mas cuánto se engañan! caen en el lazo insidioso que se les tiende de nuevo por donde menos debían esperarlo, y sienten los mismos o mayores males que antes, sin poder tal vez por su inexperiencia atinar con la verdadera causa de tan inesperados efectos. La buscan donde no está, y teniéndola muy próxima no la pueden encontrar.

No nos cansaremos de repetir con Washington, que el influjo extranjero es demasiado ominoso a todos los sistemas libres, especialmente al republicano, y con más razón si éste se halla recientemente establecido. En efecto: ¿de qué sirve, ni qué utilidad puede resultar a un pueblo de haberse

nombrado sus autoridades, si éstas se hallan a disposición del extranjero, o son burladas y escarnecidas por una facción creada y sostenida por él? De nada ciertamente, sino de empeorar el mal, pues éste es tanto más difícil de curarse, cuanto más oculto se halla. En todas las revoluciones que se han hecho en favor de la libertad comenzando por la de Francia y acabando por las de nuestra América, se ven los perniciosos efectos del influjo extranjero en la suerte de los pueblos y de los sistemas de gobierno.

Luego que apareció la Asamblea Constituyente, formada de la refundición de los Estados-Generales, los gabinetes de Europa que después compusieron la *Santa Alianza* se empeñaron en desacreditar la revolución y sembrar la desconfianza entre Luis XVI y el cuerpo legislativo; para esto procuraron ganarse al primero, lo cual consiguieron, y empeñar a la segunda por los gritos y tumultos de facciones populares, que habían contribuido a organizar, a disminuir más de lo que era posible las prerrogativas de la autoridad real y exagerar la soberanía popular. El resultado fué el que no podía menos de ser. El gobierno vendido a los extranjeros, y las facciones manejadas por ellos, obraban por diversos y opuestos medios que los del sistema que era lo que se intentaba. Verificada la caída de la monarquía se ensayó el sistema republicano. Aquí fué donde la liga puso en acción todas sus fuerzas; lo constituyó por blanco y dirigió a él todos sus tiros; ganó a Robespierre y a los que estaban en el gobierno, al mismo tiempo que hizo morir por medio de los jacobinos a los hombres más ilustres de la Francia que pertenecían al partido de los constituciona-

les, o engrosaban las filas de la Gironda. Así fué como el influjo extranjero inundó a la Francia en sangre; hizo odioso el sistema de libertad por los desórdenes de todas clases y tamaño que sostuvo y promovió; y causó una reacción de que hasta el día se están sintiendo sus perniciosos efectos. (1827).

Otro tanto sucedió en España, Nápoles y Portugal; se ganó a los reyes y con ellos al gobierno de estas naciones, se crearon y promovieron partidos de sediciosos que por sus violencias y atrocidades exagerasen e hiciesen odiosos los principios del sistema adoptado, y cuando se logró difundir el disgusto en todas las clases de la sociedad y causar una desorganización total, se atacó formalmente la independencia de estas naciones, minada ya por todas partes, y se les impuso un yugo de que aún no pueden desprenderse, y que ha sido su ruina y la de las familias de que se componen.

Este riesgo es mucho mayor en los pueblos que han adoptado el sistema republicano; la seducción extranjera tiene más lugar en ellos, así porque los depositarios del poder son más accesibles al soborno, como porque hay más medios de excitar sus miras ambiciosas, y poner en oposición los intereses del que gobierna con los de la masa de la nación. En efecto, la avaricia y la ambición son dos pasiones demasiado lisonjeras y comunes en los hombres, para que deje de sacarse partido de ellas con muchísima frecuencia; y un ministro extranjero que tenga destreza y habilidad, puede sacarlo grande del jefe de un gobierno republicano, poniéndolas en juego y halagándolas con tino

y circunspección. Pocos gabinetes ha de haber que no puedan disponer de sumas mucho mayores que las que disfruta de asignación, por crecida que ésta se suponga, el jefe de una república, y esto es el primer medio de seducción. Pero el mayor y más poderoso en las naciones que han adoptado este sistema recientemente, y mantienen todas las ideas serviles y hábitos viciosos de una monarquía despótica, consiste en fomentar la ambición del que ocupa el puesto supremo, haciéndole entrar en proyectos de perpetuidad, que se le hacen creer de fácil ejecución si es poco cauto y advertido.

El modo de conseguirlo es empezar por adularlo; se le ponderan sus méritos y servicios, se le hace una pintura muy lisonjera de su capacidad y aptitud, de lo mucho que tienea que temer él y sus allegados de parte de sus contrarios cuando descienda del puesto supremo para confundirse con el resto de sus conciudadanos; se le persuade igualmente que el deseo y la voz universal es la de su perpetuidad en el mando, y que sólo se oponen a ella los que son sus enemigos; por último, se le ofrece el apoyo de la facción que para el efecto se ha organizado de antemano. Esta sirve para perseguir y calumniar a todos los que son o se sospechan enemigos del proyecto y de sus autores; se inventan nombres odiosos, se suponen conspiraciones, se reducen a prisión los ciudadanos más inocentes y beneméritos y se constituyen en la clase de crímenes no sólo las acciones más indiferentes, sino aun las mismas opiniones.

Cuando se ha conseguido por este u otros medios semejantes, hacer caer a los que gobiernan en el lazo que se les

tendió, y se les tiene enteramente cogidos; cuando la nación por semejantes maniobras se halla envuelta en una revolución desastrosa, en que a todos se les ha engañado hablándoles a cada uno en su lenguaje y facilitándoles sus pretensiones, entonces se hace de ellos y de ella lo que se quiere, pues el influjo que se ha adquirido y la desconfianza recíproca que se ha tenido cuidado de sembrar entre los ciudadanos, hace que todos estén tan separados entre sí como unidos al centro que los maneja y les da impulso. De este modo consigue un gabinete por medio de un hombre solo, pero sagaz, artificioso y emprendedor, dominar tal vez una nación toda, y sacar después, de ella, el partido que conviene a sus miras. El desengaño suele venir muy tarde, el desenlace del drama casi siempre es fuera de tiempo y cuando ya no es posible reparar los males que él ha causado.

El bosquejo que acabamos de trazar es una pintura fiel y exacta de lo que pasó en Francia en el reinado de la Convención y bajo el terrorismo de la Comisión de Salud Pública. El gabinete inglés autorizado por el parlamento para disponer de sumas inmensas de dinero, y dirigido por el célebre Pitt, consiguió hasta cierto punto ganarse y hacer todo suyo a Robespierre, haciéndole concebir esperanzas de la suprema dictadura y de ser en Francia el sucesor de Cromwell. Para esto organizó facciones en el interior de esta nación que cometiesen, como lo hicieron, toda clase de excesos, e hiciesen abominables los principios del sistema. Lo mismo ha sucedido en algunas repúblicas de América; la de Buenos Aires perdió una gran parte de su territorio, por el

influjo que el gabinete de Río-Janeiro consiguió adquirir en ella fomentando las discordias populares, y consiguiendo la defección del célebre Artigas que llegó a dominar en la banda oriental y separarla del resto de esta nación, la cual, merced a sus divisiones y discordias domésticas, aún no ha podido constituirse en una forma regular, ni adquirir la estabilidad, fuerza y consistencia necesaria para hacerse respetar del imperio del Brasil, cuyas pretensiones sobre límites se aumentan diariamente.

Así es como obran los gabinetes extranjeros especialmente los que tienen grandes pretensiones sobre pueblos recién constituidos, y que han adoptado el régimen republicano. El resultado ha sido siempre el mismo, engañar a los hombres y a los gobiernos, sacar de ellos todas las ventajas que se habían propuesto, y reducirlos por un período muy largo o perpetuamente a una absoluta aunque paliada dependencia, tanto o más perjudicial que las de otro género cuanto es menos chocante y conocida.

Con nada es pues comparable el crimen de un gobierno, que o por sus miras privadas o por su apatía, descuido y abandono se entrega a sí mismo y pone a su nación en manos del extranjero; para esto no es necesario que celebre convenios formales con él, ni le pida expresamente su auxilio y protección en el ejercicio de la autoridad que le ha sido confiada; basta y es sobrado que se dirija por sus consejos y se valga de sus ministros a efecto de que formen asociaciones y partidos, e influyan en los ciudadanos para que obren de esta o de otra manera. Aunque las intenciones de los depositarios del poder que tienen esta conducta sean

las más puras; aunque el objeto que se proponen sea el más útil y saludable al bienestar de la nación a que presiden; finalmente, aunque el resultado sea seguro e indefectible, el valerse de este medio es hacer traición a la independencia nacional, buscando apoyos extraños, y abriendo con esto la puerta a pretensiones que tarde o temprano darán en tierra con la soberanía de las naciones.

Cuando en el derecho de gentes ha sido prohibido a los embajadores y ministros extranjeros el ejercicio de ciertos actos dentro del territorio de la nación a que han sido enviados, es sin duda como lo aseguran los autores que tratan de estas materias, por el gran riesgo que corre la tranquilidad de un país y su independencia si a personas revestidas de semejante carácter les fuese lícito ingerirse en los negocios interiores del gobierno. Casi todas estas restricciones han sido establecidas por la experiencia constante y universal del influjo pernicioso que a falta de ellas han ejercido los ministros extranjeros, y que han causado innumerables trastornos y desavenencias entre naciones que sin él habían guardado la más perfecta armonía. Así pues, las intenciones más puras no pueden justificar la conducta del que para gobernar se vale de un medio que en todos tiempos y ocasiones, y en todos los pueblos del universo ha sido reconocido por pernicioso sin contradicción ninguna.

Ni se nos puede decir que estas equivocaciones a que están sujetos todos los hombres son muy disculpables en los gobiernos que incurren en ellas con el deseo de acertar, pues además de ser este un error muy craso, casi siempre es

afectado y voluntario, y por lo mismo incapaz de ser tolerado; nosotros, siguiendo las huellas de los políticos más profundos, no reconocemos en el gobierno faltas sino crímenes. En efecto, cuando los depositarios del poder, en un pueblo que es regido por el sistema representativo y en que se goza de la libertad de imprenta y del derecho de petición, faltan al cumplimiento de sus deberes, ponen a la nación en el borde del precipicio, y tal vez la precipitan en un abismo de males, no pueden alegar jamás una disculpa racional. Si no han acertado es porque cerraron los ojos a la luz, y los oídos a la voz de la razón y de la justicia, y porque se han rodeado de hombres perversos, que no piensan sino en medrar por el camino de la adulación; en suma, sus yerros, si merecen este nombre, son más bien efecto de la voluntad que del entendimiento.

Ahora pues, si cuando los gobiernos proceden con recta intención y se proponen un fin honesto en el uso de los medios de que hablamos, no pueden evadirse de la nota de criminales, ¿a cuál se harán acreedores cuando se ligan con el extranjero para destruir la constitución del país, y buscan en él la fuerza que no podrían proporcionarse de otro modo para realizar sus planes? El nombre de traidor es poco significativo para designar al autor de tamaño crimen, y dar idea de la malignidad de su carácter. Parece imposible que el corazón humano sea capaz de una perversidad semejante. Sin embargo, hemos visto demasiado en nuestros días para que podamos dudar ser esta conducta en los gobiernos más común y frecuente de lo que parece.



## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Vuélvanse los ojos a la desgraciada España, considérese atentamente el período de su gobierno en que la constitución fué restablecida, y se verá a su rey en continua y activa comunicación con los gabinetes de la Liga, y en estrecha alianza con ellos para oprimir al pueblo, que en la guerra de independencia le había puesto la corona en la cabeza, y en la de libertad, olvidando todos sus crímenes y extravíos lo proclamó de nuevo por rey constitucional; se verá igualmente que el Nuncio del Papa y los ministros de las potencias aliadas, especialmente los de Francia y Rusia, trabajaban sin cesar y de acuerdo en inflamar las pasiones, excitar la persecución, promover alborotos y asonadas, y fomentar la impresión y expendio de papeles incendiarios, llenos de personalidades, y sembrados de principios sediciosos que alarmasen a todos los ciudadanos pacíficos.

Si de España pasamos a Portugal, se advertirá ha observado la misma conducta la familia de Braganza en los dos períodos constitucionales que ha tenido esta nación. Siempre unida con los enemigos de las libertades públicas a pesar del influjo que en ella ejerce la Gran Bretaña, no ha podido en siete años adquirir estabilidad ni sosiego, siendo todavía un problema difícil de resolver. ¿Cuál será su suerte futura y el término de las oscilaciones y vaivenes políticos que actualmente experimenta?

Mas los reyes, si pudiese haber excusa en estos procedimientos, serían en alguna manera disculpables; las relaciones de familia que los ligan con las potencias extranjeras, la educación que reciben, las ideas de grandeza y superioridad sobre el resto de los hombres, que les inspiran

desde la cuna todos los que los rodean, y sobre todo, la pérdida efectiva que van a hacer por la disminución de sus facultades que trae consigo el sistema representativo y las libertades de los pueblos, naturalmente los inclinan a solicitar el influjo extranjero que pueda restablecer su absolutismo. Pero ¿qué disculpa podrán alegar para darles entrada, aquellos que han subido al puesto supremo por el favor y libre elección de sus conciudadanos, que todo lo deben a la nación, y que nada serían si ésta no hubiese puesto los ojos en ellos? Recibir de otro todo el engrandecimiento, consideración y comodidades posibles; haber llegado por su medio a la cumbre del poder, y ligarse con un extrañío para causarle todos los males y reducirlo a la servidumbre, es un conjunto de crímenes en una sola acción, que merece todas las penas correspondientes a cada uno de ellos.

Los pueblos y los que se hallan encargados de custodiar sus libertades, deben estar muy alerta sobre la conducta de los gobernantes en este punto importantísimo. Los hombres por el hecho mismo de llegar a la cumbre del poder, adquieren intereses contrarios a la libertad pública; apenas hay un Washington en la serie de muchos siglos, cuando los Robespierres abundan en todas partes, y especialmente en los pueblos que han estado por siglos encorvados bajo el yugo del despotismo, y han sufrido por un período muy largo de tiempo, los horrores de una revolución desastrosa. En el momento en que se sepa la liga de él, o de los que gobiernan con un gabinete extrañío, llámesele a juicio, indáguese escrupulosamente su conducta; sígansele los pasos con el tesón más constante y la actividad más infatigable; no se

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

pierda ocasión de sorprenderlo y de arrancarle su secreto; sobre todo por ningún motivo se tolere la apatía y abandono del gobierno en materia de influjo extranjero; ella de ordinario sirve para cubrir miras más vastas, y es un velo tras del cual se trabaja con la más constante actividad. Sólo de este modo no serán sorprendidos los que deben estar alerta, y los sistemas libres, especialmente los republicanos, quedarán a cubierto de las maniobras insidiosas de los que tienen o pueden tener interés en derrocarlos.

El héroe del Norte, hombre tan imparcial, y libre de toda sospecha, como discreto, sabio y experimentado, así lo asegura a todos los pueblos de la tierra, especialmente a los del continente americano, a quienes parece tenía a la vista cuando al despedirse de la vida pública dirigió sus consejos, hijos del amor más sincero, de la observación más constante y de la propia experiencia, a los habitantes de su patria.

Pueblos y autoridades de la República Mexicana, si queréis acertar en la administración pública, seguid las huellas de este grande hombre, tenedlo siempre a la vista, y no os apartéis jamás de sus consejos.



## **Pensamientos Suelos sobre Educación Pública**

*Eruditio inter prospera ornamentum inter adversa refugium.*

Uno de los grandes bienes de los gobiernos libres es la libertad que tiene todo ciudadano para cultivar su entendimiento. El más firme apoyo de las leyes es aquel convencimiento íntimo que tiene todo hombre de los derechos que le son debidos, y de aquel conocimiento claro de sus deberes y obligaciones hacia sus conciudadanos y hacia la patria. En el sistema republicano más que en los otros, es de necesidad absoluta proteger y fomentar la educación; éste requiere para subsistir mejores y más puras costumbres, y es

más perfecto cuando los ciudadanos poseen en alto grado todas las virtudes morales; así el interés general exige que leyes sabias remuevan los obstáculos que impiden la circulación de las luces. La mano protectora de un gobierno benéfico debe extenderse sobre la gran familia que ha puesto en sus manos el bienestar común, debe penetrarse de que para hacer la felicidad de todos es indispensable esparcir hasta la más pequeña choza los rayos de luz que vivifican el espíritu. Para convencer la verdad de estas proposiciones, presentaremos al público nuestro modo de pensar en materia tan importante.

I.—*Estado de nulidad en que se halla nuestra educaciôn.*

Bajo la dominación de un gobierno que contemplaba en sus intereses el mantener a sus vasallos en la más profunda ignorancia de sus derechos, se ponían obstáculos al cultivo de las ciencias sociales. El temor de perder la posesión de un país rico, ofuscó a la España hasta el grado de desconocer su propia utilidad; creyó que la ignorancia era el medio más seguro de impedirle la emancipación de la América, y para oprimir sin dejar arbitrio a reclamos, debía poner trabas a la cultura de las facultades mentales, y acostumbrar a los americanos a obedecer ciegamente las órdenes de una autoridad lejana, presentándoselas como emanación de una divinidad. El único período en tres siglos en que se comenzó a vislumbrar en América un rayo de razón, duró poco, y la constitución de Cádiz nos llegó cuando ya habíamos levantado

el estandarte de la independencia. Los pocos conocimientos que entonces teníamos sobre materias políticas, las preocupaciones en que yacía sumergida la mayoría de la nación, y la falta de un plan combinado para llevar adelante la gloriosa empresa de nuestra independencia, nos impidieron el lograr no sólo la separación de la metrópoli, sino aprovechar la pequeña libertad que debiéramos haber gozado. En aquellas circunstancias sólo sirvió la constitución para inferirnos el agravio de no verla planteada en nuestro país, y bajo el especioso pretexto de que de hacerlo se daba margen a que sacudiésemos el yugo que nos agobiaba. En 1814 destruyó Fernando el código que había contribuido a salvar a la península; restableció el funesto sistema que antes existía, y una persecución desenfrenada contra los más ilustres españoles y americanos marcaron el período que corrió desde aquella época hasta 1820. En este año inmortal para la historia de México se corrió el velo que cubría los sentimientos de los mexicanos; la nación entera proclamó unísonamente la independencia; el plan que entonces se presentó conciliaba todos los intereses, y garantizaba a los españoles sus vidas y haciendas; no hubo más que una voz, no se oyó más que un grito, y todos los habitantes de la República sin distinción del lugar de su nacimiento se presentaron gustosos a trabajar para formar una nación de lo que antes fué una colonia. Los ilustres diputados que la opinión pública sentó en el congreso que era un foco de civilización, se hallaron en posición muy crítica para dar el impulso que merecía la educación pública. Apenas tuvieron tiempo para salvar a la patria de la ruina en que se intentaba sepultarla; de aquella

augusta reunión quedaron leyes que harán honor eterno a sus autores, y la posteridad sabrá colocarlos con justicia en la memoria de las generaciones futuras; sensible nos es que no hubieran tenido tiempo para dictar las que imperiosamente reclama una nueva República para el arreglo de la instrucción pública. De ahí que como antes de la independencia no la había cual debía ser, ni después de proclamada ésta se ha dado un paso adelante en la materia, y sí muchos retrógrados en nuestro concepto, en el día podemos decir, que la educación está reducida a cero.

II.—*Sin instrucción es difícil lograr en una República todos los bienes que promete este gobierno*

Para entender la constitución y las leyes es indispensable saber leer; para pesar las razones alegadas en la tribuna nacional, sea para la formación o reforma de la una y las otras, se requiere tener algunos conocimientos generales, a lo menos haber adquirido algunas reglas en el arte de pensar, para sujetar el juicio; de lo contrario, no es posible que las reglas morales que deben servir de guía al hombre social, tengan todo el buen resultado que desean los filósofos y los legisladores. ¿Cómo puede aguardarse la religiosa aplicación de ellas no entendiéndolas? Un individuo dotado de un regular talento será siempre un déspota, que gobernará a su salvo a un puñado de hombres que no tienen voluntad propia, ni son capaces de juzgar de las cosas por sí mismos.

Los hombres grandes se conocen por sus escritos o por sus acciones, la imprenta es el canal por donde se trasmiten



sus nombres; siendo entre nosotros tan corto el número de los que saben leer y escribir, ¿será posible que la mayoría de la nación elija para sus representantes a los que por su saber y virtudes debían ocupar las sillas de legisladores? ¿Los pueblos no sufrarán siempre movidos por un intrigante, y no se correrá el riesgo de que depositen sus más preciosos intereses entre las manos de un hombre que sólo aspira a hacer su fortuna. ¿No es tanto más temible este peligro cuanto el ciudadano honrado y virtuoso por lo regular no se mezcla en ambicionar ni pretender empleos? El riesgo es de mayor trascendencia si consideramos que un cuerpo legislativo puede estar formado de miembros inmorales, sin conocimientos, sin virtudes cívicas y que únicamente buscan ocasión en que hacer un tráfico de sufragios.

El poder ejecutivo a cambio de un empleo logrará de ellos leyes que le convengan a sus fines particulares; ¿y podrá decirse que las ha dictado la sana razón y el bien de los pueblos? Los infelices que sencillamente dieron su voto serán las primeras víctimas; sobre ellos gravitará el peso de la opresión; sobre ellos caerá el torrente de todos los males. No es preciso agotar las razones, tenemos en apoyo de nuestra opinión a la experiencia; no necesitamos ocurrir a lo que ha sucedido en otros tiempos y en otros países, basta tener la vista fija en lo que pasa en el continente americano: los sujetos que reúnen la opinión de los hombres de bien, los sujetos que por su literatura y virtudes debían ser la columna de la República, se han retirado de los negocios públicos, cansados de sufrir groseras injusticias y desmerecidos insultos. No es cosa difícil extraviar a un pueblo que en lo gene-

ral carece de ilustración y de experiencia; en los momentos en que arde en los pechos el amor sagrado de la patria y de la libertad, es cuando puede conocerse la opinión pública. En Francia la Asamblea Constituyente vió en su seno a los más ilustrados ciudadanos; las Cortes constituyentes de Cádiz presentaron igual ejemplar: y si volvemos la vista a los primeros cuerpos legislativos de toda la América, encontraremos que han estado en ellos los hombres únicos que con desinterés deseaban la felicidad de la patria. Lejos de nosotros querer desacreditar los congresos posteriores: han tenido y tienen en su seno hombres cuyo nombre honrará nuestra historia y que serán un modelo a las generaciones futuras, libres ya del espíritu de partido y en disposición de poder juzgar sin pasiones. Hablamos únicamente con el objeto de manifestar que cuando la opinión pública se declara libremente, que cuando los habitantes de un país que ha gemido bajo la opresión, y que acaba de sacudir el yugo, buscan los medios de remediar los males que antes sufrieron, entonces las elecciones son el resultado del deseo de mejorar, y de establecer la felicidad sobre bases sólidas.

Para sacudir un yugo no se requiere más que sentir; una carga pesada agobia; pero para establecer el sistema que reemplace al duro despotismo, es indispensable tener conocimiento de la ciencia social; para llevar a cabo la obra de la regeneración es preciso formar un espíritu público, es preciso grabar en el corazón de cada individuo que sus leyes deben respetarse como dogmas, en una palabra, es preciso que las luces se difundan al máximum posible. ¿No debía, pues, llamar muy particularmente la atención de los legisladores

la enseñanza pública? ¿No será más duradero el edificio social, sentado sobre buenos cimientos? ¿De qué sirven, no decimos ya mil leyes de circunstancias, sino buenas, si no se ha de conocer el bien que han de producir? Desengañémonos: de nada sirve un edificio por majestuoso que aparezca, si no tiene base sobre que descansar. Por sí mismo vendrá a tierra, y sepultará bajo sus ruinas a los desgraciados que lo habitan.

III.—*El objeto de un gobierno es proporcionar a los gobernados la mayor suma de bienes, y ésta no puede obtenerse sin educación*

Ninguno llena más este objeto que el republicano: en él son los mismos interesados los que se dan leyes. Como cada individuo tiene su deseo de mejorar su suerte, si es que la disfruta mala, de aumentar su felicidad, y de conservarla, debe necesariamente buscar los medios para lograr sus fines. Careciendo de instrucción ¿no será más difícil que acierte a fijar las reglas que deben sujetar sus acciones, y que al mismo tiempo que garantizan derechos también imponen obligaciones? ¿No sería muy difícil que guiado por su interés personal, desconociese el bien de sus conciudadanos? Se requiere algo más que la luz natural para conocer que el bienestar de la comunidad redunde en beneficio propio; y la ignorancia jamás extiende la vista a lo futuro; no calcula sobre las diferentes edades del hombre; cree que es eterna la juventud, o a lo menos que los placeres de esta época de la vida lo son. El amor a las ciencias es casi en nosotros la sola pasión duradera, las demás nos abandonan a medida

que sus resortes se relajan. La juventud impaciente vuela de uno a otro placer; en la edad que la sigue los sentidos pueden proporcionar deleites pero no placeres; en esta época es cuando conocemos que nuestra alma es la parte principal de nosotros; entonces es cuando conocemos que la cadena de los sentidos se ha roto, que todos nuestros goces son ya independientes de ellos, y que quedan reducidos a la meditación.

En este estado la alma que no apela a sus propios recursos, que no se ocupa de sí misma, experimenta un hastío cruel que le hace amarga la vida. Si intenta buscar placeres que no le son ya propios, tiene el dolor de verlos huír cuando cree acercarse a ellos. La imagen de la juventud nos hace más dura la vida, como que no podemos gozar; el estudio sólo nos cura de este mal, y el placer que nos causa nos hace olvidar que caminamos al sepulcro. Es muy útil proporcionarnos goces que nos sigan en todas las edades; es un consuelo tener recursos que nos alivien en la adversidad. Las ciencias solas son las que nos sirven en todas las épocas de la vida, en todas las situaciones en que podemos encontrarnos.

La cultura del espíritu suaviza el carácter, reforma las costumbres. La razón ilustrada es la que sirve de freno a las pasiones, y hace amar la virtud. ¿Y no es el sistema que nos rige donde se requiere más moralidad, más desprendimiento del propio interés? Por eso decía, y con razón, el profundo filósofo ginebrino, que si los hombres examinasen de cerca todas las virtudes que se necesitan en un gobierno popular, se confundirían del enorme peso que cargaría sobre ellos.

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Ser soberano y ciudadano, juez y parte al mismo tiempo, requiere una virtud heroica para desprenderse de los sentimientos del hombre, y adornarse en algunos momentos de las cualidades propias de la divinidad. ¿Cómo será posible que la naturaleza sola baste en estos casos? ¿No será indispensable que la filosofía haya ganado el corazón para que éste obre con arreglo a lo que exige el bien comunal independiente del propio?

Estas cortas reflexiones nos parecen suficientes para convencer la necesidad que tenemos de educación pública. Legisladores: a vosotros toca dictar las leyes que la conveniencia nacional exige a fin de proteger la enseñanza. En vuestras manos está remover los obstáculos que contienen en su marcha los adelantos del entendimiento. Nada haréis si vuestro edificio queda sentado sobre cimientos movedizos; vuestra obra caerá por sí sola, y todos seremos sepultados bajo sus ruinas.



### **La Clase Militar**

La milicia aforada es perniciosa a la República Mexicana por un conjunto de causas que pueden reducirse a dos clases; las primeras, que dependen de su misma organización, y las segundas de su depravación o de la corrupción de sus principios; aquéllas se han expuesto y enumerado en el curso de este artículo, y este es el lugar que corresponde a las otras. El espíritu de rebelión, el deseo de avasallar todo, el apetito inmoderado de condecoraciones y ascensos, y el empeño de hacerse ricos en pocos días, son los vicios característicos del soldado privilegiado, y el origen más fecundo de los desórdenes sociales de la República Mexicana. En todos los pueblos del mundo, cualesquiera que sean o hayan sido sus principios administrativos, la milicia ha sido esta-

blecida como un medio y no como un fin; es decir, ha sido destinada a sostener el gobierno ya existente, no a crear un gobierno para que la sostuviese; cuando este orden de cosas se ha invertido y los militares han puesto en subasta pública el gobierno, éste ha salido de los fines de su institución, pues en lugar de ocuparse de los intereses comunes, y subordinar a ellos los del soldado, se ve precisado a sacrificárselos todos, y a contentarlo en cuanto pueda pedir, cualesquiera que sean, por otra parte, los males públicos que puedan resultar de semejantes exigencias y de un tal estado de cosas. Los pretorianos en Roma, los strelitzes en Rusia, los genizaros en Constantinopla y los mamelucos en Egipto, en nada se distinguen de los soldados privilegiados de México; aquéllos y éstos han destituido a la autoridad establecida, siempre que no ha servido a las miras particulares de su clase, y han elevado al poder supremo a quienes presumían hallarse con la voluntad y medios de contentarlos. Los resultados han sido siempre los mismos, el poder nuevamente creado, por decidida que fuese su voluntad de complacer, jamás ha tenido los medios de lograrlo, y a su vez ha corrido la suerte del que le precedió y la que se prepara al que deberá sucederle. Que el poder público carece de los medios de contentar a las exigencias militares cuando esta clase lo tiene bajo tutela, es una cosa muy clara; cuando el soldado no se halla sometido a la autoridad suprema, no son una, diez, veinte, ni cien personas a las que conviene dar gusto y respecto de las cuales los sacrificios, por grandes que debiesen considerarse, tienen un término natural en la vida



o en la sociedad de los pretendientes. Los que componen una clase acostumbrada a sacudir el yugo de la autoridad suprema, tampoco pulsan la menor dificultad en dispensarse de la sumisión debida a sus jefes inmediatos, especialmente cuando ellos mismos han recibido el ejemplo de la indisciplina; de aquí es que se sublevan contra ellos por los mismos medios, pretextos y motivos que sirvieron para derrocar la autoridad; los mismos, pues, que han sido sacrificadores se convierten en víctimas de una clase cuyas exigencias satisfechas en unos, se reproducen muy aumentadas en otros, y hacen de esta manera interminables las sublevaciones, y con ellas los desórdenes, que traen consigo las rebeliones, a que no se puede designar fin. En México, éstas no son especulaciones, sino verdades prácticas, acreditadas por la experiencia dolorosa de catorce años que han transcurrido desde la Independencia. Todos los gobiernos que se han sucedido, han creído deberse apoyar en la *clase militar*, y todos han sido derrocados por ella y por faltas debidas a su deseo de darla gusto. Los generales de la Independencia han sido, unos asesinados, otros proscritos, y casi todos han sucumbido a los golpes de esta misma clase que tanto se han empeñado en exaltar: Iturbide, Guerrero, Bravo, Negrete, Echávarri, Morán, Barragán, Andrades, padre e hijo, Bustamante, Quintanar, Pedraza, Facio y otros muchísimos que no sería posible enumerar desde que han llegado a cierta altura, han desaparecido de la escena pública, por golpes más o menos rudos, pero todos debidos a las sublevaciones militares y a la mayoría de esta clase privile-

giada en la cual a lo más han conservado algunos pocos e impotentes partidarios o amigos.

Cuando la milicia ha contraído un hábito de sublevarse para crear o destituir la autoridad, y ha adquirido el sentimiento de sus fuerzas o de la debilidad del gobierno, cada uno de los que se filian de nuevo en esta clase, mientras más bajo sea el puesto que ocupa en ella, mayores son sus esfuerzos para deshacerse de los que tiene sobre sí, y como la casi totalidad se halla en este caso, se puede asegurar que la clase está siempre dispuesta a sublevarse. Los estímulos que para ello tiene el soldado son los más fuertes, y consisten en la seguridad de enriquecer, adquirir honores y conquistar puestos públicos; el curso que todas las revoluciones toman en México instruye más que cuantas reflexiones puedan hacerse sobre la materia; todas ellas reconocen un origen civil, pero los militares se han levantado con el derecho de ejecutarlas, y son los que las hacen atroces. Dos partidos, el uno de los cuales está por el *progreso*, y el otro por el *retroceso*, se hallan casi equilibrados desde que éste ha perdido en fuerza cuando ha ganado aquél; el gobierno, que debía ser neutral y estar sólo por *las leyes*, favorece sin discreción a alguno de ellos, y, en consecuencia, se hace enemigo al otro que, por este hecho, es el centro de la próxima revolución, al cual se van agregando todos los disgustados por motivos personales, y que pueden considerarse como los intereses bastardos del principio que la da el nombre. Una parte muy considerable, y aun sin violencia puede asegurarse que el todo de estos disgustados, pertenece a la

clase militar, y el motivo del disgusto consiste comúnmente en no haber obtenido los grados, puestos y ascensos que solicitaban, o en la malversación de los caudales que han estado a su cargo, o en alguna de tantas faltas o crímenes que son tan comunes entre nuestros militares; son también motivo muy común para agregarse a esta masa, las esperanzas que se conciben de grados, ascensos y puestos en el triunfo que se espera. La revolución toma los colores del partido político que le sirve de base, y luego que rompe por algún *pronunciamiento*, el militar que se pone al frente de él, hace su profesión de fe política y adopta el lenguaje correspondiente. El primer paso es apoderarse de las rentas públicas que se hallan en los lugares sometidos al jefe del movimiento, se dice que se destinan e invierten en el pago de los gastos de la guerra; pero como jamás se da cuenta de ellas, y aparecen después muchos jefes de pronunciamientos con la fortuna que no se les conocía, no será temeridad presumir que las convierten en provecho propio en todo o en parte. No sólo los fondos públicos, sino también los de los particulares son frecuentemente ocupados, las más veces por préstamos y algunas por la fuerza, de manera que por poco que dure la revolución, pasan sumas inmensas por las manos de los jefes sublevados, cuya inversión por menor, jamás llega a saberse, a causa de no llevarse cuenta ni razón de ellas. El jefe de los pronunciados, por sólo el hecho de serlo, se cree autorizado a dar grados, ascensos y empleos en la carrera militar, a destituir los funcionarios civiles y a reemplazarlos con otros; y como es

muy raro que una revolución deje de triunfar, estos procedimientos que carecen de valor y estimación pública en un país en que el gobierno es bastante fuerte para reprimir las facciones, tienen en México un valor real, fundado en la seguridad del triunfo.

Los militares que *no se pronuncian*, tampoco son de utilidad alguna al gobierno, y causan a la nación los mismos males que los *pronunciados*. Luego que se tiene noticia de un movimiento revolucionario, el gobierno, no da *orden*, sino que *suplica* a uno o más generales o jefes que le inspiran menos desconfianza, se pongan a la cabeza de las tropas y salgan a batir a los sublevados; a esa hora se sabe a punto fijo que los cuerpos no están completos y casi se hallan en cuadro, que carecen de vestuario, que están alcanzados en sus haberes, que el armamento está descompuesto, en una palabra, que no hay nada de cuanto sobre estos artículos se ha figurado en las revistas y que todo ha sido un conjunto de engaños y falsedades para sacar de la tesorería las cantidades correspondientes a cubrir los gastos de un ejército completamente equipado. El jefe o jefes nombrados dan cuenta de este estado de cosas, y el gobierno, lejos de pensar en el castigo de los culpables, que le atraería la rebelión de las tropas que aún no se han declarado contra él y en las cuales pretende apoyarse, cierra los ojos sobre lo pasado y no se ocupa sino de los medios de equiparlas de lo que les falta, que es todo; pero aquí empiezan de nuevo las dificultades. En el presupuesto mexicano hay, de muchos años atrás, un deficiente, debido en su mayor parte a la multitud de pensiones militares y a un excesivo *surplus*

de oficiales del ejército que no tienen cuerpo ni prestan servicio alguno, pero que gozan del total o de una parte muy considerable de sueldo; el gobierno, pues, que no puede cubrir sus atenciones comunes en un período de paz, tiene que cargar con ellas y con los gastos extraordinarios, no sólo de la campaña, sino del nuevo equipo y habilitación de las tropas en el de la guerra. El primer paso es hacer cesar todos los sueldos civiles, que permanecen suspensos, mientras la revolución no termina en uno u otro sentido; el segundo, es salir al mercado público a vender sus obligaciones de pago sobre aduanas marítimas; por aquél aumenta el número de los disgustados, y por éste, los gravámenes sobre la nación, pues las órdenes sobre aduanas caen de su estimación y precio en la misma proporción en que se multiplican, y el deficiente se aumenta. Cuando ya se han logrado algunos caudales con muy grandes sacrificios, se entregan, no a un comisario de guerra, como debía ser, sino al jefe de la división o partida, y éste los distribuye de la manera que le sugiere su honradez o depravación, pero jamás da cuenta de lo recibido.

La expedición sale a campaña, y si el jefe *pronunciado* no se cree bastante fuerte, evita el comprometer acción ninguna, a la cual no puede ser forzado en razón de lo extenso y despoblado del país; su plan se reduce entonces a marchas y contramarchas para ganar tiempo, fomentar la deserción en las tropas enemigas, y tocar todos los resortes civiles que excitan el odio del pueblo contra el gobierno. Si las circunstancias o su indiscreción obligan al *pronunciado* a dar batalla y la gana, el gobierno es perdido; pero si

la acción se pierde, no por eso cesa la revolución, los dispersos se reúnen en otro punto y continúan en su empresa, seguros de que con sólo dejar correr el tiempo, los recursos de la administración se agotarán. Así sucede, en efecto; los generales del gobierno, luego que bien o mal han acabado con las sumas que recibieron, piden otras, y si no se les remiten, el resultado es la deserción de la tropa, el pillaje de los pueblos o su pronunciamiento contra la autoridad que les ocupa, y a favor del enemigo. Si el general recibe dinero que repartir, algo más se dilatan estos desórdenes, pero ellos son indefectibles y forman el desenlace del drama. El gobierno, en el segundo pedido o venta de sus órdenes de pago, consigue menos caudales a un interés más subido, y con más onerosas condiciones. Por fin, la revolución se propaga por la imposibilidad en que se halla la administración de cumplir con sus empeños y los de la tropa que milita a sus órdenes, cuando el jefe de pronunciados no tiene otros que los de pagar a sus soldados; el gobierno, sin la conciencia de su poder, sin la legitimidad que da un orden regular, y sin la fuerza física que deja de estar a su disposición desde el momento en que no puede pagarla, desmaya y se humilla a entrar en composición que no logra, y este es el síntoma precursor de su próxima ruina. Desde entonces, los militares que han estado por él, empiezan a sospechar el triunfo del enemigo; primero unos y después otros, van desfilando a las banderas contrarias, donde lo menos que se logra es mantener el grado y empleo que se tiene en el ejército; los soldados de uno y otro bando se abrazan y se ascienden, es consu-

mada la ruina del gobierno, y los males del público, que ha pagado los gastos de la guerra y debe pagar los necesarios para satisfacer los compromisos contraídos en ella por el vencedor y el vencido. Al triunfo siguen las destituciones de los empleados civiles y de algunos militares de conciencia que han sido fieles a la causa que perdió; ellas producen un aumento de gastos que no hacen más que agravar las dificultades con que se va a ver complicada la nueva administración, y preparan desde el día en que se instala la revolución que ha de derribarla.

Estos son los funestos ejemplos del poder militar, de la indisciplina del soldado, y de su intervención en las revoluciones políticas. Sin ellos, el poder público, por débil que se suponga, tendría la fuerza suficiente para reprimir las conspiraciones fraguadas por los particulares, en razón de que éstos necesitan reunir sus fuerzas, y antes de que puedan lograrlo es fácil al gobierno sorprenderlos. Pero, ¿cómo podrá hacerse lo mismo con los soldados, que se hallan regimentados, siempre reunidos, con armas, con municiones, dentro de los cuarteles que pueden estimarse otras tantas fortalezas, y acostumbrados a obedecer ciegamente a los jefes que muchas veces los han empleado en derrocar la autoridad? La conspiración se realizará poniéndose el jefe a la cabeza de los soldados, sin que intermedie tiempo ninguno entre el proyecto y su ejecución, y, de consiguiente, sin que el gobierno pueda saberlo ni tenga medios de frustrarlo.

En cuanto a las revoluciones políticas, se puede asegurar una de dos cosas, o que no las habría, o que ellas no se-

rían tan nocivas como lo son actualmente por la intervención del soldado. Los partidos políticos, en los países donde no hay milicia, o si la hay está sometida a una rigurosa disciplina, se limitan en la oposición que hacen al gobierno, al ejercicio de los medios legales, porque aunque quisieran no podrían hacer suya la fuerza para causar revoluciones; si en México, pues, no existieran soldados que se prestan a servir a todos los partidos, éstos tampoco pensarían en ocuparlos, y se limitarían a las hostilidades de una racional oposición, cuyo triunfo sería más lento, pero infinitamente más seguro que el que pueden prestar los triunfos de la fuerza, que pasa de un bando a otro sin fijarse en ninguno, y no deja establecer nada sólido ni estable. Aun cuando se supusiese que los partidos políticos pudiesen por sí mismos suscitar sublevaciones, éstas, sin el apoyo de la milicia, no tendrían lugar sino muy pocas veces, y se disiparían bien pronto, por la sencillísima razón de que no pudiendo las clases populares reunir sus esfuerzos sino momentáneamente, ni prolongar esta reunión por largo tiempo, cualesquiera que fuesen los males que de semejantes sublevaciones pudiesen resultar, por su misma naturaleza estarían limitadas al corto período de algunas horas o días. Este es el carácter distintivo de las revoluciones populares; ellas son asoladoras, pero se disipan con la misma rapidez con que se forman, no aparecen sino pocas veces, y cuando la administración es realmente insoportable. Las militares, al contrario, una vez que el soldado ha perdido la disciplina, contrae un hábito de sublevarse, porque no se le dió gusto o porque espera adelantar su fortuna, y como estos moti-



vos pueden existir y realmente existen aún, supuesta la bondad de la administración y tal vez por ella misma, todos los días se turba el orden público, sin ventajas sociales, sin objeto político, y sólo por los intereses mezquinos de hombres que todo lo pretenden, con nada quedan contentos, y afectan tener derecho para imponer la ley al gobierno y a la nación.

Si la clase militar privilegiada es incompatible con el orden y la tranquilidad interior de la República Mexicana, no es menos perniciosa a las rentas y fondos nacionales de la misma, que jamás serán suficientes a cubrir los presupuestos mientras esta clase subsista. En varios lugares de este tomo se ha hecho ver que la milicia causa las rebeliones, y que éstas traen consigo el aumento de sueldos, en razón de que las destituciones que son su efecto se limitan a la separación del puesto, dejando intacto el derecho de percibir la asignación a los destituídos, y haciendo que se acuda igualmente con el sueldo a los que deben reemplazarlos. Supuesta esta verdad, que es de toda evidencia, y la otra, que no lo es menos, de que en el corto período de quince años han triunfado nueve revoluciones militares, en cada una de las cuales, por el cálculo más bajo, el presupuesto civil y militar ha aumentado en una mitad, se ve bien claramente que éste es hoy cuatro veces mayor de lo que fué en su principio; si a este aumento se agregan los gastos de la guerra, los intereses de los caudales que se han tomado a préstamos para satisfacerlos, el papel que se ha recibido de los prestamistas en más del duplo de su valor de plaza, y las malversaciones de los jefes y subalternos, se tendrá

una idea, aunque vaga, de las inmensas pérdidas del erario mexicano, del profundo descrédito que debe pesar sobre él y de la real y absoluta imposibilidad de satisfacer los empeños que tiene sobre sí.

Las rebeliones, que, como se ha visto ya, son causa de las malversaciones, son, a la vez, también su efecto, y los militares que se han malversado, apropiándose los caudales públicos bajo el pretexto de sostener sus pronunciamientos, se pronuncian muchas veces para cubrir sus malversaciones, cuando el gobierno se acuerda de sus deberes y da algunas muestras de querer cumplir con ellos. Hoy es universal la convicción de que los jefes militares defraudan al erario público y al soldado, cantidades muy considerables en la República Mexicana; pero no son igualmente conocidos los medios de verificar esta defraudación, y conviene que lo sean para que, puestos al alcance de todos los mexicanos, se esfuercen a remediarlos de la manera que puedan.

Las prevenciones de la ordenanza y de las leyes para la recta administración de los fondos militares, consisten en las revistas mensuales, y en los ajustes de los cuerpos; por las primeras se sabe el número de plazas, el estado del armamento y del vestuario y, de consiguiente, las cantidades que se necesitan para cubrir el haber del soldado, del cual deben salir los gastos necesarios para la recomposición de los demás; por los segundos, se sabe la distribución que se ha dado en cada cuerpo a los caudales que han entrado en su caja particular, ya sea por el haber del soldado, por gratificaciones, o por cualquier otro título. Las revistas se verifican hoy, y en ellas no deja de haber algunas suplantacio-

nes; pero el desarreglo principal consiste en que sus justificantes no son, como está prevenido, el regulador de los caudales que se sacan de la Tesorería. Cada cuerpo no puede pedir ni debe recibir otras cantidades que las que corresponden al número de plazas con que se halla y ha justificado en la revista; pero no se cumple con esta disposición, sino que se le va dando dinero a buena cuenta, para hacer más adelante una liquidación que jamás llega a verificarse; entre tanto pasan los meses y los años, los justificantes de revista se extravían, los jefes mueren o desaparecen, y no es posible saber nunca qué es lo que al cuerpo ha debido corresponderle, y en qué se ha empleado el *surplus* de lo recibido. Los jefes y oficiales tienen grande interés en perpetuar este desorden, y lo logran, así por los embarazos que oponen a las medidas que podrían hacerlo cesar, como porque el gobierno carece, por lo común, de la energía necesaria para hacerlas llevar a efecto, temeroso de que los interesados se pronuncien contra él y lo derriben. Esta es la primera mina que explotan las notabilidades de la milicia, sacando de ella frutos considerables en provecho propio y en perjuicio del erario. Ningún cuerpo militar de la República ha liquidado sus cuentas con la Tesorería, en el espacio de veinticinco años, de una manera total, pues a lo más se han logrado, en algunos, cuentas parciales de cortas e insignificantes cantidades. Este desorden continúa y continuará por muchos años; ha costado, cuesta y costará sumas inmensas al erario nacional; y ha sido, es y será un motivo de rebeliones.

Pero no sólo el erario público, el soldado mismo, a quien la ordenanza constituye en un estado perpetuo de tutela respecto de sus jefes, sufre las defraudaciones de éstos. El haber del soldado y sus gratificaciones entran en la caja del cuerpo, y por ella, como se ha dicho, deben ser los interesados provistos de cuanto necesitan, llevándose a cada uno su cuenta particular de lo que gasta y de lo que ingresa a su favor. Los ramos más principales de esta cuenta, son: rancho, vestuario, recomposición de armamento, dinero en mano, lavadura y recomposición de ropa. Cada trimestre debe cortarse la cuenta del soldado para darle lo que alcanza, y abrísela de nuevo para el trimestre siguiente; y en todo debe procederse con arreglo a las disposiciones que se han explicado ya; solamente resta por advertir que el vestuario se hace en México, por lo común, por cuenta del gobierno, y después se reparte de la misma manera que los caudales, es decir, a buena cuenta y con cargo al haber de cada cuerpo. La primera especulación de los jefes consiste en las desertiones, que promueven ellos mismos por el mal trato que dan al soldado, con el objeto de hostigarlo; ellas se verifican en los primeros días del mes o de la quincena, es decir, cuando acaba de recibirse su haber, que se saca siempre anticipado, y de ellas resultan sobrantes en la caja; primero, las cantidades que corresponden al haber del desertado y de sus gratificaciones desde el día en que se fugó, hasta el completo del mes; segundo, los alcances con que se halla, y tercero, las prendas de su vestuario. El ramo de alcances actualmente es de mucha consideración, en razón de que las cuentas no se cortan por trimestres, como

está prevenido y hay hombres a quienes al tiempo de su deserción se debían muchos centenares de pesos. Estos sobrantes del soldado, quedan, por lo común, a beneficio del que los tiene en su poder cuando él desaparece, y como los conductos por donde pasan son el coronel, el primer ayudante, el capitán y el sargento, cada uno a su vez puede convertir, y muchos convierten, en su favor las deserciones. Sobre los soldados que no desertan se especula, no dándoles, a pretexto de que no lo hay, el medio real que diariamente deben recibir en mano, no haciéndoles nunca sus ajustes para darles lo que alcanzan, exagerando el precio de los artículos que se les ministran, y más que todo, sentando partidas de gastos que no se han hecho, cosa muy fácil entre hombres ignorantes y sencillos como son los soldados mexicanos, de los cuales la mayor parte no saben escribir y algunos ni aun leer, y de consiguiente no se hallan en estado de llevar su cuenta particular para confrontarla con la que tiene abierta en el cuerpo a que pertenece. El soldado, hostigado por tantos desórdenes, deserta con frecuencia, y esta deserción es una calamidad para el país, pues el que se fugó, como que tiene encima las leyes que lo condenan, no vuelve a su pueblo ni a las ocupaciones pacíficas de que subsistía, y en cuyo ejercicio podrá ser descubierto, sino que se convierte en malhechor; y para reemplazarlo, es necesario tomar otro hombre de entre las clases productoras, que a su vez hará lo mismo. Cada deserción importa, pues, la pérdida de dos hombres para el trabajo y para la sociedad, y como ellas, por el cálculo más moderado, son, en un ejército que debe pasar de treinta mil hombres, a razón de tres

por día, resulta para la sociedad mexicana una pérdida anual de mil noventa y cinco hombres, que lejos de fomentar su riqueza por el ejercicio de una profesión legítima, desgarran sus entrañas convirtiéndose en malhechores.

Por la breve exposición que se ha hecho en este artículo, se viene en conocimiento de que una parte, la más considerable, de los desórdenes políticos y de la desorganización social de la República Mexicana, depende de la milicia considerada como clase privilegiada. Esta clase, por la manera con que debe ser organizada, según la ordenanza, se halla en oposición no sólo con los principios federativos, sino también con los de todo sistema de orden y libertad; como existe actualmente en México, es un principio de desorden y anarquía, una amenaza perpetua a la autoridad pública constituida, un abismo a donde se sumergen caudales inmensos, un plantel de aspiraciones interminables a empleos, grados, pensiones y ascensos, un principio de destrucción de las clases laboriosas, una ocasión de malhechores que atacan la vida y la propiedad del ciudadano, y un motivo de descrédito nacional. Esta milicia, cuando se la examina más de cerca, se ve que no existe en su base, que son los soldados, sino solamente en su plana mayor, es decir, oficiales y jefes; y por una inversión de principios a la cual no se sabe qué nombre dar, los oficiales y jefes no existen para mandar a los soldados, sino que se buscan soldados para que manden, asciendan y enriquezcan los oficiales y jefes. Sí, sin duda, éste es el destino de la milicia mexicana. Enemigos exteriores no los hay, pues la España, única que podía considerarse como tal, no tiene ni la

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

voluntad, ni el poder de perjudicarnos; la tranquilidad interior no encuentra otro obstáculo para establecerse sólidamente que la existencia de esta clase privilegiada; ella, pues, está destinada a envilecer la autoridad, oprimir al ciudadano, y pillar a los soldados infelices, que, presentados en el campo de batalla, no contra enemigos exteriores, sino contra sus hermanos, y dada la señal de acometer, se precipitan con furor, se irritan contra quien nada les ha hecho, pelean por lo que nada les importa, y mueren amontonados unos sobre otros, sin nombre, sin gloria y sin recompensa.





## **Sobre la Conducta de los Escritores Respecto de los que Impugnan sus Producciones**

Por más de ocho años hemos estado observando en México el poco fruto que resulta de las discusiones públicas que se sostienen en las producciones que se dan al público por la prensa, y esto depende de varias causas que no será fuera del caso exponer. La principal es sin duda el espíritu necio de orgullo y cavilosidad que forma la base de nuestra educación literaria. Desde los primeros años se infunde a los jóvenes el hábito de no ceder nunca a la razón ni a la evidencia por palmarias que sean las demostraciones, en nuestros colegios se hace punto de honor en no ceder nunca de lo que una vez se ha dicho; de lo cual resulta, que cuando se defiende una mala causa es necesario apelar a quisquillas ridículas y el frecuente uso o abuso que se hace del ingenio forma necesariamente un hábito de cavilosidad, que se hace sentir en los congresos, en los consejos, en las juntas de toda clase y en los escritos públicos.

Si en esto quedara el mal, aunque grave, sería de alguna manera tolerable, pero se contrae con esta clase de educación otro vicio todavía más insufrible en el modo de tratar las cuestiones, y es el lenguaje inmoderado, grosero y des-

atento de que en ellas se usa, con que se ofende el amor propio de los demás, se hacen despreciables los contendientes, y se falta al respeto debido al público.

Por lo que resulta el hábito de replicar siempre y de hacer interminables y fastidiosas las disputas en la sustancia y en el modo; repitiendo lo que se ha dicho, y haciendo remisiones a lo primero que se escribió, se fatiga al lector, que tiene que ir y venir muchas veces del escrito a la impugnación, de éste a la apología, de aquí a la réplica, y de allí volver al primer escrito. Cuando la materia ha sido agotada, como sucede frecuentemente desde el principio de la cuestión, ésta empieza a desnaturalizarse, fijándose en las proposiciones incidentes, extrañas por lo general al asunto principal; entonces acaba la razón, si acaso la hubo al principio, y empiezan las injurias; salen a plaza los defectos personales de cada uno, verdaderos o supuestos; se juzga el escrito no por lo que es en sí, sino por la cualidad buena o mala que tiene o se le supone a su autor, y se acaba prodigándose los contendientes todos los dicterios con que la gente soez ha enriquecido el idioma. Este es el origen, curso y término natural de nuestras discusiones políticas, y quien lo dude que recorra, aunque sea muy ligeramente, lo que se ha escrito del año de 20 a estas fechas, y encontrará poquísimas excepciones. ¿Qué remedio pues para ocurrir a este mal, sin duda muy grave? No otro que el que los escritores traten las materias con alguna profundidad y extensión, para agotarlas si es posible, y hecho esto se desatiendan de impugnaciones; mientras subsistan entre nosotros los vi-

cios que hemos notado en las disputas (y cierto que no se han de remediar sino al cabo de mucho tiempo), cualquier escritor que quiera conservar su decoro y el respeto que debe al público, no tiene otro partido que tomar. De lo contrario, de una en otra proposición se irá indefectiblemente desentendiendo y separando del asunto principal, y aventurando expresiones que empezarán por ser picantes y acabarán por desvergüenzas y dicterios.

Las más de las veces, cuando los impugnadores tienen mala causa, de intento procuran distraer la atención del público y hacer que el escritor pierda de vista su asunto valiéndose de estos medios; es necesario, pues, estar muy prevenidos para que no lo logren, especialmente en cuestiones en que son profundamente heridos los intereses de muchos. Entonces, por más sólido y fundado que sea el escrito, es preciso e indefectible que tenga impugnadores, pues la fuerza de las pasiones, lo mismo que el interés personal, especialmente en personas que son vulgo por más que no lo parezcan, han de dar sér a esta clase de producciones. Se necesita una mayor dosis de filosofía de la que parece para no salir a la defensa de aquellos abusos a que el hombre debe su subsistencia. En estos casos, pues, cuando ya se ha dicho todo lo que permite la razón, la justicia y la decencia, es necesario callar, dejando al público que forme su juicio. Nosotros hemos observado inviolablemente esta conducta, la observaremos en lo sucesivo y la aconsejamos a todos.



## **I D E A S**





Ningún pueblo de la tierra recibe menos beneficios de su gobierno que el mexicano, y no hay otro que contribuya con tanto exceso para obtener estos beneficios. (1837)

Aunque los hombres están casi siempre dispuestos a ser mandados, muy raras veces se conforman con parecerlo.

Las cuestiones se hacen odiosas porque se personalizan, y el medio más seguro de encontrar una resistencia poderosa y hacer ilusorias las reformas, es envolver las cosas con las personas.

J O S E M A R I A L U I S M O R A

El despotismo no consiste como se persuade el común de los hombres poco reflexivos, en la dominación de uno solo, ni en la reunión de poderes, sino en lo ilimitado de cada uno o en la suma de todos ellos.

El entendimiento humano es tan noble en sí como miserable por la facilidad que es ofuscado por toda clase de pasiones.

La desesperación es muchas veces el origen de grandes proezas.

Pocos hombres cometen delitos, pero muchos dejan que se cometan.

Ninguna ley es suficiente para precaver todos los delitos y faltas de los hombres.

El fraude a la larga no puede ocultarse a nadie.

El oro que se adquiere sin trabajo no hace más que dar lustre a la miseria del que lo posee.



## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Los dos grandes resortes del corazón humano: la esperanza y el temor.

El tiempo todo lo borra y hace olvidar.

Los mexicanos tenemos tino para errarlo todo.

Si el amor de la patria se sujeta a un análisis exacto, en último resultado no es otra cosa que el deseo de la propia comodidad.

La vida y los medios de conservarla y de pasarla de una manera agradable; he aquí todo el hombre; he aquí todo lo que pide y lo único que le interesa.

*“Lo apurado de las circunstancias”*, lugar común que en todos los siglos y países ha servido para cubrir las irregularidades de la administración y la arbitrariedad de los que mandan.

Entre todas las injusticias, la más odiosa, la menos soportable, es la que se comete con formas judiciales, a nom-

bre de la justicia, y por los magistrados mismos que debían administrarla.

La palabra libertad que tanto ha servido para la destrucción de su sentido mismo, ha sido el pretexto ordinario de todas las revoluciones políticas del globo; los pueblos se han conmovido con sólo oírla pronunciar, y han extendido las manos para abrazar este genio tutelar de las sociedades, que sus conductores han hecho desaparecer como un fantasma en el momento mismo que dejó de ser necesario para la consecución y feliz éxito de sus miras ambiciosas.

Lo decimos seguros de no equivocarnos: los pueblos no han peleado precisamente por la independencia, sino por la libertad; no por variar de señor, sino por sacudirse la servidumbre, y muy poco habrían adelantado con deshacerse de un extraño, si habían de caer bajo el poder de un señor doméstico. Este no deja de serlo porque carezca del título y denominación de rey; los nombres en nada alteran ni varían las sustancias de las cosas.

México, colonia de la Antigua España, debe su fundación al conquistador D. Fernando Cortés, el más valiente capitán y uno de los mayores hombres de su siglo para con-

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

cebir y llevar a efecto empresas que sobrepujan a las fuerzas del común de los mortales.

El nombre de México está tan íntimamente enlazado con la memoria de Cortés, que mientras él exista no podrá perder aquélla.

Los principios políticos de Cortés fueron los que más tarde puso en práctica Bonaparte en un teatro más grande.

Los gobiernos de las naciones europeas tuvieron muy buen cuidado de alejar del teatro de sus triunfos a los que los habían obtenido, separándolos de todo mando, y haciendo que éstos recayesen en personas que necesariamente habían de ser fieles, por no tener otro apoyo que la autoridad de la metrópoli.

Los más de los escritores han atribuido al régimen español el estado de abyección, abatimiento y estolidez de los indígenas. A pesar de lo ponderado de esta opresión, pues ni fué en grado que la suponía la voz popular, ni la misma en todas las épocas.

La revolución que estalló en septiembre de 1810 ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructora para el país.

Se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que ningún hombre medianamente acomodado, por mucho que fuese su afecto a la independencia, deseaba la entrada de Hidalgo en México.

La historia de la insurrección tiene dos fases o lados y sería dejarla incompleta presentarla solamente por uno de ellos, cual es el del gobierno español.

La guerra de la independencia por el lado de la insurrección es un objeto poco conocido y un asunto difícil de ser tratado históricamente.

No hay consideraciones que basten a persuadir a ningún gobierno a desprenderse de un solo palmo de tierra mientras no se le arranca por la fuerza; las naciones sabias y previsoras se han cegado en este punto, concibiendo ligeramente esperanzas infundadas que no han cedido a la evidencia de la fuerza material.

Los establecimientos de Filipinas son colonias de México, pues todos se hicieron con expediciones mandadas y costeadas aquí, de lo cual resultó que los habitantes de aquellas remotas regiones, considerando a la antigua provincia de Nueva España como metrópoli, mantuvieron y aumentaron con ella sus relaciones antes que la corte de Madrid conociese o pudiese calcular sus consecuencias en términos de poder impedir a tiempo lo uno y lo otro. (1836)

Es un error muy grave y de trascendencias muy perjudiciales el suponer que es muy fácil el que vuelvan los tiempos pasados, y el antiguo estado de cosas. Así algunos tienen por seguro que con un Virrey, los Intendentes, y los Subdelegados, todo quedaría en silencio, como estaba treinta años ha; y así les parece también a otros, que prohibiendo o restringiendo demasiado la libertad de imprenta, nadie sentiría su falta, y ya no se vería un escrito subversivo, sedicioso, calumnioso. Piensan que los hombres son hoy los mismos, y lo mismo que entonces eran; no advierten la revolución que se ha hecho en las opiniones, y que innumerables niños y jóvenes han nacido y se han educado en este largo período bajo un sistema político que no existía en aquel entonces; que por consiguiente, unos extrañarían aquella justa libertad; y los que hoy abusan de ella, no serían más moderados.

J O S E M A R I A L U I S M O R A

El siglo actual no es de reyes para América. Los motivos de su independencia, su distancia de los tronos de Europa, la lucha entre los reyes absolutos y los pueblos, las ideas vigentes contra los monarcas, el ejemplo de una república americana consolidada y floreciente, todas estas y otras causas hacen imposible el establecimiento de reyes en las repúblicas americanas. (1836)

Vivimos en un siglo que tiende irresistiblemente a la abolición de toda clase de privilegios. (1836)

Cuando las tierras se dan a hombres que no las han adquirido para su trabajo e industria, sino por una concesión gratuita de la ley, jamás saben apreciarlas ni sacar de ellas el partido que aquellos cuyos hábitos de laboriosidad les han proporcionado lo necesario para comprarlas y verlas como propias, teniendo en ellas un capital del que pueden disponer en todo tiempo. (1836)

Para que la población progrese en una colonia naciente es necesario que las tierras sean divididas en pequeñas porciones, y que la propiedad pueda ser transmitida con mucha facilidad.

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Las doctrinas políticas no se combaten ni desvirtúan con castigos.

Los abusos de la libertad de imprenta se combaten por ella misma.

¿Cuál es la obligación de los buenos ciudadanos? Procurar ir formando la opinión por medios suaves, y allanando el camino para que las reformas se verifiquen algún día, no por la efusión de sangre, sino espontánea y fácilmente; y entretanto abstenerse de conspirar, de formar o adherirse a planes subversivos. Esto dicta la prudencia y esto exigen de todo ciudadano las leyes del honor y del orden público.

Para influir en los demás se necesita un profundo conocimiento del corazón humano, una constancia invariable en los propósitos o proyectos que se procuran realizar, una suma destreza en identificar los intereses comunes con los propios, y sobre todo, gran precaución para evitar lo que pueda ofender a las ideas de los que por sus circunstancias influyen en proporción y en porciones considerables de la masa.

Los efectos de la fuerza son rápidos, pero pasajeros; los de la persuasión son lentos, pero seguros.

Es preciso, para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por revoluciones mentales que se extiendan a toda la sociedad, y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo.

Es de esencia del espíritu del partido no escuchar la razón, poner en juego las pasiones más viles, cerrar los oídos a las voces y lamentos de la humanidad afligida, exaltar hombres a todas luces despreciables, hollar las leyes más sagradas, despreciar todos los principios de probidad, honradez y decoro, y ver con la más fría indiferencia los males de la especie humana si conducen a sus miras.

Reformemos los abusos sin tocar a las personas, sino cuando fuere necesario.

El poder *extraordinario*, cuando se ejerce franca y abiertamente, da resultados más humanos que cuando se esconde bajo las fórmulas legales y el aparato de un juicio.

El poder discrecionario es una necesidad indispensable en ciertos casos; pero es necesario usar de él con sobriedad y sobre todo no perder de vista su carácter excepcional, a



virtud del cual, no puede ser el regulador de la marcha ordinaria.

Cuando sea preciso exponerse a causar mal (y, por desgracia, esto sucede muchas veces en épocas tempestuosas) es indispensable limitarse a las exigencias de las circunstancias, y no traspasar este límite indicado por la naturaleza de las cosas.

Si se quiere dar crédito a una doctrina, no se necesita otra cosa que proscribirla. Los hombres desde luego suponen, y en esto no se engañan, que no se puede combatirla por el raciocinio, cuando es atacada por la fuerza. Como el espíritu de la novedad, y el hacerse objeto de la expectación pública, llamando la atención de todos, es una pasión tan viva, los genios fuertes y las almas de buen temple, se adhieren a las doctrinas proscritas más por vanidad que por convicción, y en último resultado un despropósito, que tal vez habría quedado sumido en el rincón de una casa, por la importancia que le da la persecución, declina en secta que hace tal vez vacilar las columnas del edificio social.

Desde que una preocupación aparece con el nombre de opinión pública, nadie se atreve a combatirla, y los escritores no la tocan una vez sola sin protestarla su respeto y su-

misión; no la toman en boca sino para colmarla de elogios y lisonjas, tan indebidas como exageradas; y huyen el cuerpo a su examen y discusión, manifestando el servilísimo temor de que están poseídos. De esta manera se perpetúan los errores lejos de corregirse, y los males y padecimientos de una Nación se hacen interminables. Convenimos en que un gobierno debe respetar hasta cierto punto las preocupaciones populares, no arrojando imprudentemente con ellas; mas no así un escritor que debe ilustrar al público: el primero debe mandar, el segundo enseñar; el mando supone la opinión, la enseñanza va a formarla, y de consiguiente el uno se halla en el caso de respetar lo que el otro debe atacar.

Una debilidad en el que gobierna, siempre es el origen de otras muchas que lo hacen cómplice de los excesos de la multitud.

Al poder, especialmente cuando se halla asociado del mérito, jamás faltan lisonjeros.

La política es una ciencia experimental como las otras.

Si en física pueden repetirse sin riesgo ninguno los experimentos cuantas veces se quiere asegurar del resultado,

no así en política, pues cada ensayo que en ella se haga, está expuesto a causar la destrucción de una generación entera, y a esparcir el luto y la consternación en mil familias inocentes, que son sin culpa suya, y aun sin saberlo ni poderlo presumir, víctimas desgraciadas de los errores de un visionario.

Si a todo se le tiene miedo y se buscan medidas que carezcan absolutamente de inconvenientes, no será posible hallarlas, ni se adelantará jamás un paso en las reformas sociales tan urgentes en el estado actual de nuestra República.

Los mexicanos, como todos los pueblos nuevos, han pagado su tributo a la inexperiencia y al empeño de popularizarlo todo; regidos centenares de años por un gobierno absolutista, cuando llegó el caso de que se gobernasen por sí mismos, llenos de temor por el poder que iban a crear, procuraron despojarlo de todas aquellas facultades que no eran a primera vista evidentemente necesarias; y lo dejaron reducido poco menos que a la impotencia, acumulando sobre los congresos y cuerpos legislativos, mucho de aquello, que aun en los países más libres, entra a componer las atribuciones del poder ejecutivo. (1830)

Las virtudes heroicas son para pocos, y los cuerpos de-  
liberantes no son compuestos de héroes en su mayoría.

Las corporaciones jamás han inspirado el respeto de  
una persona investida del supremo poder, y las más de las  
conspiraciones se han fraguado cuando ellas han estado  
al frente del gobierno.

En nuestro concepto, muy poco se podrá errar adop-  
tando la regla siguiente: La mejor forma de gobierno es  
la que se halla establecida con tal que no sea despótica.

El mal entendido punto de honor, entre los españoles y  
sus descendientes, hace creer ofensivo a la dignidad del go-  
bierno el escuchar los reclamos de los que le niegan la obe-  
diencia, por más que sean centenares o miles de hombres.

No hay cosa que desaliente más a los hombres de un  
partido, que el verlo abandonado por los que se habían puesto  
al frente de él.

El espíritu de partido siempre es injusto.

La gratitud que se halla a prueba de los cálculos de la ambición no ofrece la menor seguridad al benefactor. La posesión del poder tiene tantos atractivos que todo se sacrifica a ella; y se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que los deberes más sagrados corren un peligro evidente aun en el hombre de más probidad si se ponen a prueba de la ambición.

La libertad del comercio ha dado ocupación, dignidad y patriotismo a muchos que antes carecían de todo ello.

La empleomanía es más común, más notable, y más radicada en México que en el resto de las antiguas colonias y ahora nuevas repúblicas, aunque en mucha parte depende de la ruina de las fortunas o escasez de los medios de subsistir; su origen primitivo debe buscarse y se hallará sin duda, en el hábito que contrajeron los que componían la clase media mexicana, de no subsistir sino de la multitud innecesaria de empleos creados por el gobierno español, con especialidad en las oficinas de Hacienda.

Los empleados públicos siempre son de quien los paga, y carecen por lo común de conciencia política, o la sacrifican al sueldo.

Una nación que ha caminado muchos años por la senda peligrosa de las persecuciones políticas, y que además se halla empobrecida por la acumulación de propiedades en un corto número de ciudadanos, por su falta de industria y por la multitud de empleos que fomenta el aspirantismo, es un campo abierto a las intrigas de la ambición astuta y emprendedora, y ofrece mil elementos para la organización de facciones atrevidas.

Los puestos públicos, mucho más cuando en México se hallan envilecidos, por la clase de personas que los han ocupado, no pueden dar por sí mismos importancia ninguna a quien no la tiene personalmente.

Se han visto con escándalo y con dolor hombres sacados del fango de los vicios, o de las tinieblas de la ignorancia, para ser elevados a puestos de la mayor importancia, sin capacidad o sin virtudes para desempeñarlos, y que no llevaban otra mira que la de hacer su fortuna y la de su partido. De aquí la disipación de los caudales públicos, los impuestos exorbitantes y antieconómicos, la creación de empleos inútiles, la donación excesiva de otros, la protección de los pícaros, el desprecio y tal vez la persecución de los hombres honrados; y, en una palabra, los desaciertos, las depredaciones y otras maldades de que justamente nos lamentamos. (1830)

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

Tenemos por cierto que si la administración mexicana no procura eficazmente disminuir el número de plazas y empleados, reducir a una justa proporción los sueldos de éstos y vigilar escrupulosamente su conducta, el país se convertirá en un centro de facciones y proyectos revolucionarios que se reproducirán sin cesar y pondrán en riesgo por muchos años su tranquilidad interior.

La verdadera libertad no consiste en mandarlo todo y vivir a expensas del tesoro público, sino en estar remoto de la acción del poder y lo menos sometido que sea posible a la autoridad. El hombre ensancha su libertad, no cuando lo domina más, sino cuando es menos dominado.

México es un país en que la venalidad ha sido el vicio característico de todos los depositarios de cualquier ramo de autoridad. (1837)

La palabra *primero* para un ambicioso es una voz de muchísima importancia.

Las convulsiones públicas sólo por excepción son medio de *progresar*.

Siempre que se le quiera excluir del influjo en los negocios por actos de violencia, un partido político, cualquiera que sea, más tarde o más temprano acabará por sublevarse.

No hay riesgo con que el hombre no se familiarice, especialmente cuando los hechos han desterrado las exageraciones de la imaginación.

Ocurrencias al parecer insignificantes y pequeñeces fortuitas deciden no pocas veces la suerte de las naciones.

Prodigado el derecho de ciudadanía, y abandonado el acto de las elecciones a la seducción, la intriga, el fraude y la insolencia de los facciosos o de los aspirantes más descarados, ¿qué pocas veces, y en qué pocos minutos de la República habrán sido verdaderamente populares las elecciones desde que se establecieron en nuestro país! El espíritu de partido, la venalidad y la ignorancia han excluido de las elecciones activas y pasivas a los ciudadanos honrados, a casi todos los que podrían ejercer con utilidad pública los más importantes derechos públicos. De otra suerte, ¿cómo podrían haber recaído ciertos empleos y cargos públicos en ciertas personas que era imposible mereciesen la confianza de sus



## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

conciudadanos; personas a quienes éstos hubieran excluido gustosamente hasta de la sociedad? (1836)

No podemos dudar que la elección indirecta frustra en mucha parte los saludables efectos a que por su esencia propende el sistema representativo.

Hay males que no dejan de existir porque se pruebe que lo son.

Males profundamente arraigados no pueden arrancarse sino por operaciones violentas y por actos de firmeza.

Un golpe dado a la cabeza del gobierno, desconcierta todas las fuerzas con que éste cuenta. Una revolución hecha en la capital es siempre decisiva.

En las crisis peligrosas de la sociedad, la salvación del gobierno depende de aprovechar los instantes, que serán inevitablemente perdidos si se pretende ligar su acción a las formas ordinarias.

Inutilizar al enemigo, y prevenir un golpe de mano con prontitud y rapidez, es lo único que puede precaver una revolución y evitar que se repita.

El período temible en una conspiración no es por cierto aquel en que ha sido descubierta y se hacen las primeras ejecuciones: la sorpresa y el terror intimida entonces a todos, y cada cual no se ocupa sino de los medios de ocultarse, o ponerse en salvo. Cuando han pasado estos primeros momentos y se ha dado lugar a la reflexión, cuando cada cual conoce la extensión del riesgo que corre, o se figura correr, finalmente, cuando la desesperación de ser perdonado hace buscar al delincuente la seguridad que no puede procurarse de otro modo en un nuevo proyecto de rebelión, entonces es cuando la autoridad pública corre más riesgo, si persigue, si aprisiona, si condena, en una palabra, muéstrase generosa prodigando perdones y sepultando en el olvido delitos y sospechas que jamás han podido castigarse, ni hacerse valer sin grandes sacudimientos del edificio social que lo ponen a dos dedos de la ruina.

Una conspiración no puede realizarse sin el consentimiento de una parte muy considerable de la población y la cooperación de los principales, es necesario contar con el uno y con la otra; pero siendo este el paso más peligroso en semejantes proyectos, generalmente se busca una oca-

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

sión de anunciarlos no como acordados, sino como posibles, en tono de chanza o pasatiempo y no de seriedad, único medio de rastrear con menos peligro la opinión de los que escuchan, y avanzar o volver atrás según ella les es favorable o adversa.

La producción de *mártires*, es un fatal elemento para el gobierno que no ha sabido precaverla o precaverse de ella.

La ejecución por delitos políticos jamás se ha hecho sin grandes temores por parte de la autoridad que castiga, y sin un profundo disgusto de una parte muy considerable y la principal de la nación.

Las medidas de rigor en las revoluciones políticas, lejos de apagarlas, contribuyen a encenderlas.

Una tentativa de revolución despierta siempre las sospechas de la autoridad que se hace inexorable para perseguir no sólo las conspiraciones, sino hasta los deseos y pensamientos.

¿De qué no es capaz un pueblo enfurecido cuando se halla animado por la codicia y la venganza?

J O S E M A R I A L U I S M O R A

Quitar la vida a los enemigos puede tener algún objeto, y no es difícil asignarle un motivo aunque éste sea poco noble; pero es absolutamente insensato e inexplicable, aun en el extravío de las pasiones, el odio y castigo de los edificios incapaces de sensación y moralidad.

Nos ha enseñado la experiencia que el despotismo mismo con todos sus horrores es preferible a una discordia intestina, a una lucha interminable y a una guerra fratricida.

Es muy difícil contentar a los partidos que necesariamente se forman en una revolución.

No se nos puede ocultar que los tiempos en que se apela a la espada para la resolución de los problemas políticos, no son ciertamente las más a propósito para convencer al entendimiento, formar la opinión, ni asegurar el acierto.  
(1832)

En México, veinte años de revolución han destruído todos los hábitos de orden, de sumisión y de obediencia.  
(1830)

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

México es una república que nació ayer; en la que todos los ramos de la administración pública se hallan fuera de sus quicios, y los hábitos de subordinación enteramente perdidos. (1837)

El más despótico gobierno en estado de paz siempre protege a los particulares y fomenta la prosperidad pública; al mismo tiempo que el más libre en sus principios pero en estado de guerra, jamás deja de ser una carga insoportable para el público, puesto que todo lo sacrifica a su propia existencia, sin miramiento a las leyes de la justicia. (1836)

La pobreza es consecuencia necesaria de un estado de revolución permanente.

El estado de revolución de que aún no ha podido salir México, es causa de que sus progresos no hayan sido los que deberían esperarse; pero es necesario cerrar los ojos a la luz para desconocer la inmensa diferencia que se advierte de la actual a la antigua situación de la República. (1836)

El odio, la venganza y la persecución, que en todos los pueblos del mundo ha sido la consecuencia inevitable de

las revoluciones, muy poco o nada se han dejado sentir en México, a pesar de que nada se ha omitido para soplar el fuego de estas pasiones asoladoras. Conseguido el objeto político de una revolución, todo ha vuelto a entrar en quietud y las cosas han seguido su curso ordinario. (1836)

Este es el carácter distintivo de las revoluciones populares; ellas son asoladoras, pero se disipan con la misma rapidéz con que se forman, no aparecen sino pocas veces, y cuando la administración es realmente insoportable: las militares al contrario, una vez que el soldado ha perdido la disciplina contrae un hábito de sublevarse, porque no se le dió gusto o porque espera adelantar su fortuna, y como estos motivos pueden existir y realmente existen aun supuesta la bondad de la administración, y tal vez por ella misma, todos los días turba el orden público sin ventajas sociales. sin objeto político y sólo por los intereses mezquinos de hombres que todo lo pretenden, con nada quedan contentos, y afectan tener derecho para imponer la ley al gobierno y a la nación. (1836)

El curso que todas las revoluciones toman en México instruye más que cuantas reflexiones puedan hacerse sobre la materia: todas ellas reconocen un origen civil, pero los militares se han levantado con el derecho de ejecutarlas, y son los que las hacen más atroces. (1836)

En cada revolución hay estupendas y numerosas hornadas de generales, jefes, oficiales y funcionarios civiles, y destituciones totales de los vencidos de ambas clases conservándoles los sueldos.

Sin cierto grado de opulencia ningún pueblo puede ejercer ciertas virtudes sociales que tanto honor hacen a los que las tienen, tales como la beneficencia, la hospitalidad y otras. El pueblo mexicano, a pesar del gran golpe que ha recibido por el estado permanente de revolución capaz de destruirlo todo, y por la emigración, primero voluntaria y después forzosa de los españoles, únicos capitalistas del país, ha hecho ejemplos brillantes y repetidos de este género de virtudes. Las mismas revoluciones que tantos y tan graves perjuicios le han causado, son una prueba decisiva de la rectitud de su corazón: ellas jamás han tenido aquellos resultados desastrosos que han sido comunes aun en los pueblos más civilizados. (1836)

En todo pueblo que ha sufrido un fuerte sacudimiento salen de la oscuridad muchos hombres de mérito y se colocan en el lugar que les corresponde.

En países que sufren totales trastornos los ascensos son pronto y fáciles.

Las revoluciones sacan a los hombres de la oscuridad y los colocan en el lugar que les corresponde.

Cada uno de nuestros lectores reconocerá en nuestras toscas líneas a los autores o instrumentos de las calamidades públicas; mas estos retratos no se deben a la destreza del pincel, sino a lo marcado de las facciones.

En México no hay ningún orden establecido: no el antiguo, porque sus principios están ya desvirtuados y medio destruidos los intereses que lo apoyaban: no el nuevo, porque aunque las doctrinas en que se funda y los deseos que ellas excitan son ya comunísimas en el país, todavía no se ha acertado con los medios de combinarlas con los restos que existen aún del antiguo sistema, o de hacerlos desaparecer: en suma, no se puede volver atrás ni caminar adelante sino con grande dificultad. (1836)

La moral pública ha sufrido y ha de sufrir todavía mucho del estado de revolución en que ha estado y estará todavía el país por mucho tiempo. En México hay un deseo vivísimo e inmoderado de hacer fortuna en pocos días: este deseo es producido no sólo por los estímulos ordinarios de los goces de la vida, sino por el temor de sufrir persecuciones en uno de tantos cambios como hay frecuentemente



en el país, en los cuales los hombres son lanzados o se ven obligados a salir de él, y no pueden contar para vivir en el extranjero sino sobre una fortuna ya formada. Quien carece de estos temores nada hay que le obligue a apresurarse, ve venir lentamente los provechos de su industria, y cuenta o se figura contar con una época lejana en que descansará formado su caudal. No sucede lo mismo con el que de un día, de un mes o de un año para otro teme perder un establecimiento que con el tiempo debería hacerlo rico; procura anticipar este suceso, y como los medios lícitos no pueden en el orden común hacer una fortuna rápida, se abandona y hace uso de los vedados. Si por una parte hay estímulos más fuertes que los ordinarios para enriquecer por medios ilícitos en tiempos de revolución, faltan por otra los retraentes poderosos del castigo y de la infamia. (1836)

Las revoluciones o revueltas han de existir por la fuerza misma de las cosas, mientras uno de los principios políticos que se hallan en contienda, el *retroceso* y el *progreso*, no llegue a sobreponerse al otro de una manera decisiva. Para que esto se logre es necesario que el principio vencido pierda hasta la esperanza de recobrar el poder que se le ha escapado de las manos, y como los triunfos y derrotas han sido, también por la fuerza misma de las cosas, frecuentes, alternativos y de poca duración, esta esperanza no será fácilmente destruída; sino por una administración vigorosa y enérgica para reprimir las facciones; e ilustrada para hacer

a las exigencias sociales las concesiones, que no será posible rehusar sin gran peligro. Y ¿qué motivo hay para contar con esta administración que no es una consecuencia precisa del estado social y que podrá o no presentarse? Ninguno ciertamente. Es pues claro que por el orden común, el triunfo de uno de los principios no vendrá sino bien tarde, y entre tanto las revueltas continuarán arrastrando tras sí la mitad de la población, dirigida y acaudillada por hombres notables; cuyo delito en último resultado, no podrá traducirse ni explicarse sino por *una opinión*, la cual podrá ser mañana la base de un gobierno (1837)

Ninguna nación culta ni religiosa puede existir sin clero ni milicia.

Todo mexicano debe preguntarse diariamente a sí mismo, si el *pueblo* existe para el *Clero*; o si el *Clero* ha sido creado para satisfacer las necesidades del *pueblo*. (1837)

En todo pueblo en que se confunden los deberes sociales con los religiosos es casi imposible establecer las bases de la moral pública.

Contradicciones e inconsecuencias que se advierten en el carácter nacional de un pueblo que, como el mexicano, ama

y desea sinceramente la libertad, y a pesar de eso ha estado en su totalidad y está todavía en parte, tenazmente adherido a ciertas instituciones y prácticas esencialmente incompatibles con ella. (1836)

El clero es algo porque todavía se le reconoce como autoridad por el hecho de mandarle que haga tal o cual cosa; el día que el gobierno lo olvide no se vuelven a acordar de él los mexicanos, y sólo buscarán el sacerdote para sus necesidades espirituales. (1836)

Si la educación es el monopolio de ciertas clases y de un número más o menos reducido de familias, no hay que esperar ni pensar en sistema representativo, menos republicano, y todavía menos popular. La oligarquía es el régimen inevitable de un pueblo ignorante en el cual no hay o no puede haber monarca: esta forma administrativa será ejercida por *clases* o por *familias*, según que la instrucción y el predominio se halle en las unas o en las otras, pero la masa será inevitablemente sacrificada a ellas, como lo fué por siglos en Venecia.

El joven que adopta principios de doctrina, sin conocimiento de causa, o lo que es lo mismo, sin examen ni discusión; al que se acostumbra a no dudar de nada, y

a tener por inefable verdad cuanto aprendió; finalmente, el que se hace un deber de tener siempre razón, y de no darse por vencido aun de la misma evidencia, lejos de merecer el nombre de sabio no será en la sociedad sino un hombre pretencioso y charlatán. ¿Y podrá dudarse que produce este resultado la enseñanza clerical recibida en los colegios? ¿No se enseña a los estudiantes a conducirse de este modo en las cátedras, en los actos públicos y privados, para obtener los grados académicos, o las canonjías de oposición? En efecto, la disputa, y la obstinación y terquedad, sus compañeras inseparables, son el elemento preciso y el único método de enseñanza de la educación clerical; él comienza con los primeros rudimentos, y no acaba sino con la vida del hombre, que continúa en el curso de toda ella, bajo el imperio del sistema de ideas que se ha formado, de cuya verdad es muy raro llegue a dudar.

He aquí el origen del *charlatanismo* de México y de las gentes que se han encargado de gobernarlo, que son por lo general los que se han educado en los colegios; acostumbrados a hablar de mejoras sólo para lucir lo que se llama talento, jamás se ocupan de ejecutarlas, porque las tienen por ideales e imposibles, y se atienen a la *rutina*, que es lo que bien o mal les ha servido de regla práctica de conducta. Por esto se suele encontrar más sensatez entre los hombres que no han recibido semejante educación. (1837)

El charlatanismo es la plaga general de la República. Llamamos *charlatanismo* ese espíritu de hablar de todo sin entender nada; ese hábito de proyectar y hablar de reformas y adelantos que no se tiene la voluntad ni resolución de efectuar; en suma, esa insustancialidad, ligereza y poca atención con que se tratan los asuntos más serios, y de que nadie debería ocuparse sino para tomar sobre ellos resoluciones positivas e irrevocables.

La República gasta catorce millones de pesos en sostener soldados que la tiranicen sin defenderla. (1837)

Las tropas siempre son de quien las manda.

La *milicia* deriva su poder especial del ejercicio de la fuerza bruta en veintiséis años de guerras civiles, durante los cuales ha ejercido el imperio más absoluto. Leyes, magistratura, gobierno, personas y cosas, fondos públicos y particulares, todo ha estado más o menos pero realmente sometido al poder militar, ejercido bajo diversas denominaciones y formas. La *milicia*, bien sea que ataque al gobierno, bien parezca que lo defiende, es y se considera a sí misma como un cuerpo independiente, que no vive en la sociedad sino para dominarla y hacerla cambiar de formas administrativas y principios políticos, cuando las unas o los otros sean

J O S E M A R I A L U I S M O R A

o se entienden ser opuestos a los principios constitutivos de esta clase privilegiada. (1837)

Esa veneración habitual que los hombres tributan involuntariamente a los que por mucho tiempo han estado en posesión de hacerlos desgraciados.

Los proyectos de engrandecimiento de esta república (los Estados Unidos) son vastísimos, como lo anuncian las ideas de sus escritores, y ellos dejarán sólo de realizarse en el caso único de una imposibilidad absoluta. (1836)

La república, pues, tiene pendientes las más importantes cuestiones sobre territorio con dos potencias de primer orden (Estados Unidos e Inglaterra); y si éstas no se arreglan con la brevedad que demanda el caso, prestarán margen a discusiones desagradables en que todo el riesgo está por parte de México. (1836)

No tenemos motivo para temer, y sí mucho para confiar de los Estados de la República Federal. (1831)

Nuestra federación se ha hecho de un modo inverso a la de los Estados Unidos del Norte de nuestro continente:

aquella partió de la circunferencia al centro; la nuestra del centro a la circunferencia; en aquella los Estados crearon al gobierno federal; en la nuestra el gobierno federal dió existencia política a los Estados; en el Norte, muchos estados independientes se constituyeron en una sola nación; en México, una nación indivisa y única, se dividió en Estados independientes hasta cierto punto. Supuestos estos principios, ¿quién podrá dudar, que si en el Norte los Estados dieron la ley al gobierno federal, en México el gobierno federal debe dárselas a los Estados?

Principios de generosidad y moderación caracterizan la índole suave y apacible de los que han nacido bajo el cielo mexicano.

En el estado actual de las cosas es todavía difícil formar una idea exacta del carácter mexicano que por estarse formando aún no es posible fijarlo. Todavía es demasiado reciente la existencia de México como nación para que los rasgos que hayan de determinarlo adquieran la estabilidad necesaria, y puedan ser conocidos y marcados como tales. (1836)

La población blanca es con mucho exceso la dominante en el día, por el número de sus individuos, por la ilustra-

ción y riqueza, por el influjo exclusivo que ejerce en los negocios públicos y por la ventajosa posición que guarda con respecto a los demás: en ella es donde se ha de buscar el carácter mexicano, y ella es la que ha de fijar en todo el mundo el concepto que se debe formar de la República. (1836)

Todo nos es común con los españoles, y no tenemos más motivo para expulsarlos y dar tan funesto golpe a la población nacional, que el odio verdadero y los temores afectados que les profesan ciertas gentes. (1828)

El carácter de los mexicanos y sus virtudes no deben buscarse, como lo han hecho muchos extranjeros, en la masa privilegiada, sino en la masa de los ciudadanos. Las virtudes, la literatura, los talentos, la laboriosidad y cuanto puede hacer recomendable a un pueblo, se halla en México en la misma masa de la nación, de la cual son una fracción pequeñísima las clases de que hemos hecho mención.

En México nadie se acuerda de España sino para despreciarla, y este menosprecio aunque efecto de las preocupaciones es un síntoma seguro de la poca o ninguna disposición que hay para imitar nada de lo que de allá pudiera venir. Aunque el fondo del carácter mexicano es todo español, pues no ha podido ser otra cosa, los motivos mutuos de en-



cono que por espacio de veinte años se han fomentado entre ambos pueblos por la barbarie y prolongación de la lucha de Independencia, ha hecho que los mexicanos en nada manifiesten más empeño que en renunciar a todo lo que es español, pues no se reputan bastantemente independientes, si después de haber sacudido el yugo político se hallan sujetos al de los usos y costumbres de su antigua metrópoli. Esta aversión ha contribuído en México como en otros tiempos en Holanda a cambiar en pocos años la faz de la República, y ella tendrá por término final el borrar hasta los más insignificantes rasgos del carácter español, si como es de creer el gabinete de Madrid difiere todavía por muchos años el reconocimiento de la Independencia, pues la incomunicación que se prolongará hasta entonces y haráse más rigurosa, lo mismo que la odiosidad aumentada muy notablemente por esta resistencia, darán naturalmente este resultado, ganando entre tanto terreno la Francia e Inglaterra sobre la sociedad mexicana por la introducción de sus usos y costumbres. (1836)

Según todas las probabilidades la Francia vendrá por fin a dar el tono en México, sirviendo de modelo a su sociedad. (1836)

Libertad civil, religiosa y mercantil, son tres palabras que se pronuncian muy aprisa; pero estas tres palabras repre-

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

sentan un conjunto de hechos que no vienen sino muy despacio y penosamente a realizarlas.

Desde la Independencia acá se han estado enumerando, repitiendo, y exagerando hasta el fastidio los pretendidos agravios de la clase de color contra la blanca, y eso más tarde o más temprano deberá concluir al efecto que ahora vemos. (La Guerra de Castas). Necesario, pues, parece no sólo el cesar en estas mezquinas adulaciones a una clase que no es capaz de sacar de ellas otro fruto que el de odios irreconciliables que al fin y a la postre vienen a terminarse en revoluciones sangrientas, que sin mejorar la posición de los que en ellas toman parte, acaban por desquiciar el edificio social más sólidamente establecido. (1847)

La colonización es útil, conveniente y necesaria; pero para que no sea perjudicial a la República, como lo fué la de Texas, son a mi juicio necesarias e indispensables dos condiciones: la primera que la base de población sea enteramente mexicana o española, y que preceda algunos años al establecimiento de toda emigración extranjera.

El pueblo español es el solo en toda la tierra que no simpatizará con la raza norteamericana, y sí lo hará mucho con la mexicana, que es la suya propia. (1847)

Se ve claro a no poder dudarlo, que los Estados Unidos por tendencias que le son propias, y por una fuerza expansiva, que bajo un aspecto depende de su constitución social, y bajo otro resulta de las exigencias de los partidos políticos, están por su naturaleza destinados a extenderse en todas direcciones con perjuicio de sus vecinos. Estas tendencias se reproducirán sin cesar cualesquiera que sean los convenios celebrados destinados a reprimirlas, y formulados en tratados que hasta aquí no han sido y no serán en lo sucesivo suficientes para poderlas contener, y las expresadas tendencias tendrán todo su efecto por la parte más débil que es la del Sur de México, atendido que la del Norte o del Canadá será poderosamente sostenida por el Gobierno Británico. (1847)

El poder americano es una amenaza perpetua, tanto más temible cuanto lo tenemos más inmediato. (1847)

Todo tratado que se haga entre México y los Estados Unidos, de parte de esta última nación, no es sino una tregua que prepara para lo sucesivo los avances de una nueva invasión.

No hay que confundir los intereses del militar americano con los del pueblo a que pertenece y a cuyo nombre obran,

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

ni que hacer gran caudal de lo que estos jefes pueden anunciar como una resolución de su Gobierno. (1847)

El brazo de la Gran Bretaña es bastante largo para llegar a nuestro país y sobrado fuerte para hacerse sentir en él. (1847)

Para pretender a cara descubierta y sujetarse a la censura pública, es necesario un mérito superior; para intrigar en secreto, basta un poco de atrevimiento, y algún conocimiento de la cábala.

Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social, es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualesquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerales males de la *tentativa* que se hace sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del *éxito*.

Frío en sus pasiones e invariable en sus designios debe ser un reformador: atacar vigorosamente las instituciones, y dejar a salvo los derechos de las personas.

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

La esperanza es lo último que muere en el hombre.

Las preocupaciones en que los hombres han vivido adquieren un nuevo grado de fuerza a la aproximación de la muerte.

En México, para ser tenido por irreligioso, basta no ser sectario ciego de las opiniones de los Jesuítas, de los frailes y de la curia romana. (1836)

El amor a las ciencias es casi siempre en nosotros la sola pasión duradera, las demás nos abandonan a medida que nuestra máquina comienza a decaer, y a medida que sus resortes se relajan. La juventud impaciente vuela de uno a otro placer; en la edad que la sigue los sentidos pueden proporcionar deleites, pero no placeres: en esta época es cuando conocemos que nuestra alma es parte principal en nosotros: entonces es cuando conocemos que la cadena de los sentidos se ha roto; que todos nuestros goces son ya independientes de ellos, y que quedan reducidos a la meditación.



## **RETRATOS**







### **D. Miguel Hidalgo y Costilla**

El cura Hidalgo era hombre de una edad avanzada, pero de constitución robusta; había hecho sus estudios en Valladolid de Michoacán con grandes créditos de famoso escolástico. El deseo que lo devoraba de hacer ruido en el mundo le hizo sacudir, más por espíritu de novedad que por un verdadero convencimiento, algunas de las preocupaciones dominantes en su país y propias de su estado, así es que leía y tenía algunas obras literarias y políticas prohibidas severamente por la Inquisición y desconocidas para el común de los mexicanos. Esta libertad lo hizo entrar en relaciones íntimas con el obispo Abad y Queipo y el intendente Riaño, que eran de las mismas ideas, y por sola esta razón buscaban, naturalmente, el trato de personas que las tuvieran, aunque no fuesen por otra parte de un mérito superior. El de Hidalgo era muy mediano, como lo demostró después la experiencia que nos lo mostró a través de

toda la serie de sus operaciones. En efecto, este hombre ni era de talentos profundos para combinar un plan de operaciones, adaptando los medios al fin que se disponía, ni tenía un juicio sólido y recto para pesar los hombres y las cosas, ni un corazón generoso para perdonar los errores y preocupaciones de los que debían auxiliarlo en su empresa o estaban destinados a contrariarla; ligero hasta lo sumo, se abandonó enteramente a las circunstancias, sin extender su vista ni sus designios más allá de lo que tenía que hacer al día siguiente; jamás se tomó el trabajo, y acaso ni aun lo reputó necesario, de calcular el resultado de sus operaciones, ni estableció regla ninguna que las sistemase.

Hidalgo fué proclamado en Celaya sin oposición ninguna *Capitán General de América*, título falso, proveniente de la ignorancia de quienes lo daban, y que suponía el error inexcusable de no haber más América que México, título además ridículo por recaer sobre la persona de un clérigo, que por su estado jamás debió contarse entre la gente de armas tomar; pero la revolución de México tuvo de singular el que los frailes y clérigos eran los principales jefes de las partidas volantes y de las divisiones armadas, lo cual no contribuyó poco a su descrédito. También fueron promovidos a tenientes generales, mariscales de campo, etc., los principales caudillos Allende, Aldama y Abasolo, el presbítero Balleza y otros que sería largo enumerar; y estas promociones extemporáneas hicieron desde luego formar poco concepto de hombres que se ocupaban de preferencia

## ENSAYOS, IDEAS Y RETRATOS

de ascensos o títulos que sólo podían justificar las grandes proezas y acciones de valor de que, por falta de ocasión, hasta entonces, no habían podido dar pruebas ningunas.

Los errores, las equivocaciones, las debilidades y hasta la crueldad misma de Hidalgo, desaparecen de la vista por sus desgracias, y sobre todo del imponderable servicio de haber emprendido una revolución perniciosa, destructora y desordenada, es verdad, pero indispensablemente necesaria en el estado a que habían llegado las cosas, y que abría el camino a otra ordenada, benéfica y gloriosa. El heroísmo con que se votaron a la muerte los primeros campeones abrió la gran cuestión en que debían debatirse y establecerse los principios del orden, de la justicia y de la libertad pública sobre las ruinas de robustas e inexterminables preocupaciones; creó medios de resistencia que, perfeccionados y robustecidos por la experiencia y por el tiempo, habrían de traer después de algunos años el triunfo final y decisivo; e imprimió de una manera inextinguible en el pueblo mexicano el sentimiento de su dignidad y de sus fuerzas. Ellos murieron, la historia contará sus proezas y debilidades, y el mundo no podrá negarles el tributo de gloria debido a los que tan eficazmente han contribuído a mejorar la suerte de ocho millones de hombres y a aumentar el número de las naciones de la tierra.



### **D. Félix María Calleja del Rey**

El general D. Félix Calleja vino a México de Teniente Coronel con el Virrey Conde de Revillagigedo el hijo; jamás pudo disimular su desmedida ambición ni el deseo de hacer un papel brillante y distinguido; así es que desde los primeros momentos de su llegada, todo su empeño fué el de mandar en jefe y sin superior inmediato, hallándose siempre más dispuesto a ponerse al frente de una partida de soldados en el campo, que a ser segundo de una división. Su genio activo y emprendedor, y su deseo de adquirir gloria, lo hacían no desperdiciar ninguna ocasión de llamar la atención del público y formarse un teatro de admiradores que lisonjeasen su vanidad. Como todo ambicioso, jamás tuvo fe ni conciencia política, ni hallaron en él nunca cabida los sentimientos del deber; calculaba, y por lo común con tino y conocimiento, lo que podría conducir a sus adelantos, y se decidía por el lado que le era más favorable, así es que fué amigo y enemigo de la revolución francesa, admirador y detractor de Napoleón Bonaparte, liberal contra las preocupaciones religiosas y la Inquisición,

y encomiador de los Jesuítas, a quienes protegió y restituyó: por último, para que no le quedase papel por hacer, hizo hasta cierto punto de insurgente, para tener cabida entre los afectos a la revolución, que los había en número crecido en México, y formarse un partido con Venegas, a quien se propuso y consiguió suplantarlo. Desde que llegó a México se hizo notable por sus conocimientos militares, desempeñó bien y con acierto las comisiones que se le dieron, y más tarde hizo ver que sus talentos políticos nada eran menos que vulgares. Amigo del fausto, del lujo y de la adulación, sus expediciones militares siempre fueron muy costosas, y sus súbditos o allegados no compraban su protección o amistad sino a costa de inmensos sacrificios, degradando su dignidad o perdiendo su dinero. Su corazón ha sido acaso el más duro que se conoció entre los jefes españoles que hicieron la guerra en México; la crueldad, lo mismo que la venganza, en él no eran efectos de pasiones impetuosas, sino de su sangre fría insensible y del desprecio con que el hábito de ser adulado, lo hacía ver a los hombres en general y en particular a todos los nacidos en el país. Acaso no abrigó jamás en su alma un sentimiento generoso, pues aun en la defensa de la causa de su patria, es casi cierto que no vió otra cosa que una ocasión ofrecida por la casualidad a las medras de su fortuna y a la satisfacción de sus miras ambiciosas.

### **D. José María Morelos y Pavón**

El presbítero D. José María Morelos nació en el rancho de Tauejo, a las inmediaciones de pueblo de Apatzingán, de una familia pobre que se ocupaba de la arriería; Morelos se mantuvo en este ejercicio con un pequeño hatajo de mulas en que consistían sus haberes y bienes, hasta la edad de veinticinco años, en la que resolvió hacerse eclesiástico; hasta ahora no ha podido saberse el motivo verdadero de esta extraña resolución para un hombre a quien todo parecía alejar de semejante carrera, mas cualquiera que él haya sido, nada pudo hacerlo desistir del empeño que había contraído; vendidas las mulas de su hatajo, se dedicó a estudiar en uno de los colegios de Valladolid lo que era indispensablemente preciso para lograr su objeto, es decir, los principios de latinidad y de teología moral, y cuando en unos y otros hubo adquirido la instrucción que se reputó suficiente, se le confirmaron las órdenes; pero no pudiendo obtener gran reputación en su nueva carrera, abandonó a Valladolid y se retiró al pueblo de Uruapan, donde se ocupó en dar lecciones de latinidad hasta

que se le confirió el curato de Necupétaro y Carácuaro que en razón de su insalubridad y productos escasos no había quien quisiese aceptar.

En el destierro que así puede llamarse, permaneció Morelos oscuro e ignorado, sin nombre ni concepto, hasta que comenzó la insurrección; en Valladolid se hallaba accidentalmente cuando las fuerzas de Hidalgo ocuparon esta ciudad, y por entonces su ambición se limitaba a servir de capellán en el ejército insurgente, para lo cual pidió y obtuvo no sin dificultad el permiso del gobernador de la mitra, Escandón. Presentado a Hidalgo, éste se desdénó de recibir aun para capellán un hombre oscuro y sin carrera, y para deshacerse de él le dió la comisión de propagar la revolución en el Sur. Morelos era hombre de educación descuidada y en razón de tal, carecía de todas las prendas exteriores que pueden recomendar a una persona en la sociedad culta; humillado por el poco concepto que de él se tenía, se explicaba con dificultad; pero sus conceptos, aunque tardíos, eran sólidos y profundos. Sin instrucción en la profesión militar que no había tenido ocasión ni motivo de conocer, su talento claro y calculador le sugería los planes que eran necesarios para su empresa, y que abrazaba en grande y en todos sus pormenores; de todo esto dependía que sus operaciones jamás o muy pocas veces fallaban, pues todo en ellas estaba admirablemente previsto para obrar cuando fuera oportuno. Persuadido de que el éxito de la empresa depende principalmente de la constancia en sostenerla, él fué el primero que enseñó a los insurgentes a



mantenerse sobre el campo aún cuando los primeros lances de una acción les fuesen desfavorables, y así lograba prolongar la resistencia de sus fuerzas, que por esta razón raras veces dejaban de obtener la victoria. Entre los soldados de Morelos jamás hubo personas desarmadas ni que acometiesen al enemigo en montón. Sus divisiones nunca presentaron la masa desmedida de hombres que las de Hidalgo; pero los que se hallaban en sus filas eran todos gentes útiles y que podían maniobrar con regularidad y precisión cuando el caso lo pedía, procurando su general que guardasen una rigurosa disciplina que él mismo no pudo aprender sino de sus enemigos.

Morelos fué como magistrado, también un hombre extraordinario; sin conocer los principios de la libertad pública, se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados; nunca fué amigo de la Inquisición ni de los frailes, de lo cual dió pruebas aplaudiendo la abolición de la primera y alejando en cuanto pudo su trato y de los negocios públicos a los segundos; apenas conoció los primeros principios del sistema representativo cuando se apresuró a establecerlos para su país; el ensayo fué esbozado extemporáneamente y con imperfección como todos los que se hacen por primera vez en materia de administración, pero Morelos, constante en sus principios, sostuvo siempre la autoridad creada a pesar de verse atacado por ella no pocas veces, sin objeto, sin utilidad, y sin justicia. Las prendas morales de este jefe eran superiores a todas las otras; amante del bien público y de su patria,

hizo cuanto creyó que podía conducir a su prosperidad y grandeza, muchas veces se equivocó en los medios pero jamás sus errores provinieron del deseo de su propio engrandecimiento, pues aun en el puesto a que lo elevaron sus victorias, fué extraordinariamente modesto, desdefiando todas las condecoraciones y títulos, y no tomando otro para sí que el de *siervo de la nación*; su firmeza de alma y lo impasible y sereno de su carácter fueron cualidades que lo acompañaron hasta el sepulcro; ni en la prosperidad era insolente ni se abatía en las desgracias; dueño de un considerable territorio, con un ejército siempre victorioso, y con grandes y fundadas probabilidades de ser al fin el libertador de su patria, sufrió con paciencia y sin quejarse, las intrigas y la maledicencia de sus émulos que veían con envidia sus felices y constantes sucesos; precipitado hasta un calabozo, y ultrajado por los obispos y la Inquisición hasta el punto de ser declarado indigno de pertenecer al clero y a la comunión católica, jamás se pudo arrancar de él una retractación ni que vendiese los secretos de mil personas que en México debieron a su silencio el reposo, la tranquilidad y la vida.

En medio de estas prendas extraordinarias y no comunes virtudes, Morelos fué duro y hasta cruel con los que militaban por la causa española; el supuesto derecho de represalias lo ejercía de la manera menos benigna; las más veces fusilaba, aun sin este motivo, a los principales prisioneros, y a todos los de esta clase que caían en su poder los enviaba al presidio de Zacatula, donde la insalu-

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

bridad del clima y los trabajos forzados a que se les aplicaba comúnmente, causaban su muerte. Este es el hombre a quien se encargó como cosa sin consecuencia el sublevar la parte Sur contra el gobierno español, y que desempeñó semejante comisión de la manera que no se esperaba.



### **Doña Manuela Taboada de Abasolo**

De todos los jefes insurgentes que se hicieron prisioneros en Acatita de Baján, no logró salvar la vida sino el general D. Mariano Abasolo, a quien se le vendió como un favor muy señalado, condenarlo a deportación a España, prisión perpetua y confiscación de todos sus bienes. En este asunto lo sirvieron bien y empeñosamente los españoles que salvó; pero su esposa fué quien puso en acción todos estos resortes que hubieran quedado inertes sin la cooperación de esta ilustre mexicana. Doña Manuela Taboada, nacida de una familia rica y principal del pueblo de Chamacuero, en el Estado de Guanajuato, había casado un año antes de empezar la revolución con Abasolo; aunque de muy corta edad, se había hecho ya notable por su discreción, y fué una de las pocas personas que conocieron y pronosticaron el triste resultado de los desórdenes que acompañaron los primeros movimientos; ella, por el ascendiente que ejercía en su marido, contribuyó a la oposición que éste siempre hizo a las matanzas de españoles decretadas por Hidalgo, el cual la tomó en grande aversión por la mortificación que le causaba ver censurada su conducta y paralizadas hasta cierto punto sus operaciones

por la oposición de una joven en la cual no quería ver otras prendas que los atractivos de su hermosura. El orgullo de Hidalgo, que se consideraba el primer hombre de México y no se hallaba con fuerzas para sufrir esta humillación, lo hizo romper abiertamente con esta dama, hasta el punto de despreciar la noticia que ella le dió del lazo que les tendía Elizondo. Madama Abasolo, luego que su marido fué preso, se revistió de una energía superior a su edad, a su delicadeza y a su sexo, se presentó a los que debían condenarlo, y sus reclamaciones apoyadas de sus lágrimas y de las protestas de justificar los servicios de su marido a muchos españoles, le hicieron obtener una especie de promesa, de dilatar la resolución final del negocio hasta que ella pudiese presentar los documentos que necesitaba. Luego que la obtuvo, con los pequeños socorros que algunos le prestaron, emprendió su camino, parte a pie, parte en asno, se presentó en Guadalajara, pasó al ejército de Calleja, estuvo en Querétaro, en México, y en todas partes rogó, suplicó, e interesó a cuantos pudo a favor de su marido. Después de haber sufrido mil desaires, mortificaciones y escaseces, de haber atravesado el virreinato dos veces y corrido de la manera más incómoda cerca de setecientas leguas, logró, por recomendaciones y empeños, salvar la vida de Abasolo, y se resolvió a acompañarlo en su deportación a España, pero confiscados sus bienes por el gobierno español y arruinados los suyos, en consecuencia de la revolución, carecía de los medios necesarios para verificarlo. Entonces, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, reunió todas sus alhajas, y pasando mil privaciones para

llegar con ellas a Veracruz, donde debía embarcarse su marido, las presentó todas al comandante de la fragata "Prueba", D. Javier Ulloa, ofreciéndolas en pago de su pasaje, y protestándole que si ellas no alcanzaban, no tenía más para completar su valor. Compadecido de su desgracia, el capitán rehusó generosamente la oferta, y la llevó en compañía de su marido, sin quererla recibir nada. Si el gobierno de las Cortes hubiera continuado, la suerte de Abasolo habría sido menos dura, y esta era la esperanza de su mujer, que salió de Veracruz a principios de 1814; pero al llegar ellos a Cádiz, el Congreso había sido disuelto, y Fernando, nada piadoso, gobernaba sin sujeción a las leyes. Abasolo salió del buque para la cárcel pública, y su mujer, sola y sin conocer a nadie, anduvo vagando por la ciudad hasta que por gran favor le permitieron ser alojada con su marido en la prisión; después fueron ambos trasladados al Castillo de Santa Catarina, donde permanecieron en la miseria y desamparo que los americanos aliviaban algunas veces como podían, hasta que en 1819 Abasolo murió, y la señora se restituyó a su patria.

Esta heroína mexicana, con grandes títulos y sin ningunas pretensiones a la admiración pública y a la gratitud nacional, nada reclamó a su favor verificada la independencia, y si se le restituyó la hacienda de su marido confiscada por el gobierno español, pero aún no vendida en aquella época, esto fué por disposición de una ley general que se dió sobre la materia.





### **D. Valentín Gómez Farías**

D. Valentín Gómez Farías aceptó el peso enorme que se le echaba sobre los hombros, y la empresa gloriosa a la par que llena de riesgos de formar una nación libre y rica con los elementos de servidumbre y de miseria que se ponían en sus manos, en 1833. Esta ha sido la primera vez que en la República se trató seriamente de arrancar de raíz el origen de sus males, de curar con empeño sus heridas, y de sentar las bases de la prosperidad pública de un modo sólido y duradero.

Bien merece ser conocido el ilustre ciudadano que apareció al frente de empresa tan gloriosa. D. Valentín Gómez Farías es uno de los hombres que llaman y fijan la atención del público, aun entre las notabilidades mismas del país. La inflexibilidad de su carácter, la severidad de su moral, la pureza de su conducta, y lo ardiente de sus deseos de mejoras, marcan y fijan desde luego la opinión que se debe formar de él. Nacido en la ciudad de Guadalajara hizo una carrera literaria brillante, y su deseo insaciable de saber y de adelantar se manifestó desde luego por un estudio asiduo, no sólo en los ramos de su profesión, sino en todos aquellos que pueden perfeccionar las facultades mentales,

y disponen a un hombre para el ejercicio de las funciones públicas. Fariás entró en ellas cuando la constitución española se restableció en el país, y desde entonces hasta mediados de 1834 no ha ocurrido suceso de alguna importancia chico ni grande en la República, en que no aparezca su nombre, o haya dejado de estar sometido más o menos a su influencia; la *Independencia* le debió servicios importantes, el *Imperio* y la *Federación* han sido en mucha parte obra suya; contribuyó como uno de los primeros a la *libertad*, y a la *elección de Victoria*; a él y a García se debió la de *Pedraza*; y la *impulsión* y *energía* de las grandes reformas políticas efectuadas de 1833 a 1834, cuyos rastros aún no han podido borrarse, es *exclusivamente* suya. Sus principios han sido en *todas ocasiones* los de *progreso rápido y radical*, únicos capaces de conformarse con el calor de su imaginación, y con el temple enérgico de su alma, pero entre los medios de obtener este fin *jamás* ha entrado en su plan el *derramamiento de sangre*.

Fariás es uno de los hombres que ven más claro en lo futuro, y que mejor se encargan de los riesgos de una empresa; éstos lejos de desalentarlo lo animan y le dan una energía de que hasta ahora nadie ha dado pruebas iguales en México. Ella, sin embargo, no le hace traspasar los principios de la moral pública y privada, que es una barrera impenetrable para él, delante de la cual desaparece la fuerza indomable de su carácter. Dentro de los límites legales y por los medios que ellos autorizan, promueve incansablemente y con una perseverancia de que no hay ejemplo en el país, cuanto conduce a realizar sus ideas favoritas de pro-

greso; pero trátase de violar una ley, de faltar al derecho de otro, o de hollar ciertos deberes de moral privada cuya observancia constituye un hombre decente, y Farías renuncia a las esperanzas más lisonjeras y a los deseos más ardientes.

Acaso no haya hombre que haga más justicia a sus enemigos o contrarios, ni que esté dispuesto a emplear útilmente las capacidades del país en el servicio público; reconoce, confiesa y respeta el mérito en cualquiera parte que se halle, y sus enemigos nada tienen que reprenderle sobre esto. Farías no conoce el deseo de honores, distinciones ni riquezas, ni tampoco la afectación de renunciar a estos goces. Moderado en su porte, en sus placeres, y absolutamente ajeno de pretensiones, nada ha solicitado ni rehusado, y con el mismo empeño y eficacia se encarga de las funciones de alcalde de un pueblo, que de las de Primer Magistrado de la Nación, pasando de los puestos más distinguidos a los más modestos, o a la clase de ciudadano particular, sin violencia ni disgusto. Su ambición es la de influencia, reputación y concepto, la de hacer *progresar* a la nación por el camino más corto, y la de adquirir por este medio la estimación y aprecio, y no la servil sumisión de sus conciudadanos.

De todas estas virtudes dió pruebas nada equívocas en el período de su gobierno, corto en duración y fecundo en riesgos y sucesos importantes. En medio de una rebelión que se introdujo hasta el recinto del Palacio, abandonado de todo el mundo, rodeado de sublevados y conspiradores, hasta en el mismo despacho; sin soldados, sin dinero y sin presti-

gio, sacó la Constitución a puerto de salvamento, a las clases privilegiadas que lo atacaban dió golpes vigorosos de que aún no han podido repararse, acabó con la rebelión derrotándola en más de cuarenta batallas, ataques y encuentros, estableció la superioridad del poder civil sobre la fuerza militar, sentó las bases del crédito nacional, sistemó la educación pública creando de nuevo todos sus establecimientos, comprimió las tentativas de los Texanos para separarse de México, fundó en la Nueva California una respetable colonia, suavizó la suerte de muchos que habían sido desterrados por la ley y por el Presidente Santa Anna, y estableció como regla invariable de su administración que por delitos políticos no se había de derramar sangre. Diez meses fueron bastantes a Farías para atravesar esta senda encumbrada de obstáculos y rodeada de precipicios, y dejar en ella rastros indelebles del poder de acción y de la fuerza de voluntad, para dar un impulso vigoroso a las reformas, y comprimir con mano de hierro poderosas resistencias.

Nada hubo de personal en este esfuerzo generoso, nada que no pueda ponerse a la vista del público, o de que Farías deba avergonzarse. Investido del peligroso poder dictatorial y en la tormenta más deshecha, él salió con las manos limpias de dinero, y limpias de la sangre de sus con Ciudadanos; *ninguno* de los que han gobernado el país podrá decir otro tanto.

### D. Manuel Gómez Pedraza

Es hombre de un talento claro y profundo, como lo demuestran su conversación, sus escritos y la manera que tiene de tratar los negocios; su carácter es áspero, severo y sus pasiones rencorosas; ellas le hacen concebir fácilmente prevenciones contra las personas, que no depone sino con suma dificultad; esta propensión lo ha arrastrado en el año de 1827 a cometer enormes faltas de que será responsable ante la Historia, por la persecución sistemada contra los generales Negrete, Echávarri y Arenas, y contra la generalidad de los españoles. Las persecuciones que él mismo ha sufrido han imposibilitado un cambio en la alma sombría de este personaje; pero lo ha habido y muy grande en su conducta; hoy se limita a rehusar sus relaciones y amistad a los que con razón o sin ella le inspiran desconfianza; pero se abstiene de perseguirlos e impide que lo hagan otros.

Nada más decente, patriótico y loable que la conducta de Pedraza en orden a la *pureza y desprendimiento*, dos puntos de moral civil hollados en México hasta el exceso por dos vicios antisociales, la *malversación* proveniente de la codicia, y el *asalto a los puestos y empleos* originada de la am-

bición de figurar. Pedraza en este punto posee virtudes dignas de los héroes de la antigüedad: su posición social muy vecina a la indigencia, no ha sido bastante para que, como lo han hecho otros, aprovechase las ocasiones de hacer fortuna que se le presentaban al paso, en los altos puestos que ha ocupado. En medio de estas escaseses, y de hallarse excluido de su patria fuera de toda justicia, rehusó aceptar comisiones diplomáticas honrosas y lucrativas que se le ofrecían con empeño, y cuando regresó a su patria a desempeñar la Presidencia, se renunció a sí mismo como *particular*, se admitió como *Presidente* la renuncia del empleo de coronel y del grado de general de brigada con que se hallaba condecorado, quedando desde entonces en calidad de simple paisano. Será, si se quiere, un poco cómica la manera de hacerlo, pero el acto nada pierde de su mérito, ni deja por esta circunstancia de ser una lección viva y severa contra nuestros aspirantes especialmente militares. Ellos, para ocultar el embarazo que les causaba este acto de desprendimiento, pretendieron ridiculizarlo, y ¿cuando esto no surtió efecto, nada han omitido para sepultarlo en el olvido. Pedraza, como todo hombre que siente en sí mismo cualidades que lo ponen sobre la esfera vulgar, y vive bajo un sistema representativo, desea el poder de influencia y de concepto da el mérito, tampoco está exento de faltas en los medios que ha empleado para lograrlo, ¿pero están libres de ellas los que por esto lo censuran? ¿No las cometen todos los días y a todas horas mayores?

### D. José María Fagoaga

Fagoaga es el hombre de entendimiento más claro y de corazón más recto que existe en la República. Sus ideas son precisas, su golpe de vista certero en los negocios públicos, no precisamente en orden al éxito de sus resultados materiales, sino en cuanto a sus ventajas e inconvenientes. El hábito de sujetarlo todo al análisis y el de discutir consigo mismo, en la tranquilidad que da una posición social asegurada y una alma sin pretensiones, han hecho que Fagoaga jamás se equivoque en las reglas de conducta que se ha prescrito, como hombre público y privado, en las circunstancias difíciles de la nación y en las de sus relaciones particulares. Verdad es que en los primeros momentos los hombres ligeros lo han censurado de inconsiderado, y sus enemigos gratuitos lo han perseguido; pero todos han acabado por respetarlo, por reconocer en su persona una alma republicana con lenguaje monárquico, y en su reputación de saber y probidad un *poder social* de razón ilustrada, de consejo imparcial y de respeto público. Fagoaga *siempre* ha pertenecido a la causa del *progreso*, y sus ideas han sido las más absolutas de la línea *especulativa*; pero cuando ha llegado el caso de obrar, siempre se le ha

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

visto sobrecogido de una timidez excesiva, fundada en la consideración de que las reformas provocan resistencias y empeñan luchas de que no se puede salir sino después de grandes desórdenes, con cuya responsabilidad rehusa y ha rehusado constantemente cargar. Si se encontrase un medio de que las reformas produjesen sólo *disgustos*, no vacilaría un punto de adoptarlo; pero lo que él mismo ha tenido que sufrir personalmente, y la experiencia de lo que en veinte años ha pasado en el país, han producido en su ánimo tal desconfianza del suceso en las tentativas que se hagan para obtenerlo, que parece hacerlo propender a la causa de las *vejeces*.



### D. Manuel de Mier y Terán

Este general ha sido una de las notabilidades de más importancia política en el país, y reunía en aquella época (1831) un conjunto de circunstancias y condiciones, que hubiera sido imposible hallar en otro, para ocupar dignamente el puesto de primer representante de una nación. Terán era un sabio que podría haber ocupado un lugar distinguido en la Academia de las Ciencias de París, y además era un hombre de la primera distinción por la regularidad de su conducta, por sus relaciones sociales, por la delicadeza de sus maneras, y hasta por la belleza de su físico. Tenía a su favor el haber militado *siempre* por la causa de la independencia, y haberlo hecho con *honor, pureza, inteligencia y acierto* en un período en que fueron bien raros los ejemplos de estas virtudes y muy frecuentes los de los vicios contrarios. Su sistema político era el de *progreso*, y aunque hasta 1827 había pertenecido al partido *escocés* y cometido faltas graves, su talento claro y juicio recto le hicieron conocer bien pronto que no debía servir sino a la nación; y se retiró de la escena para la Comisión de Límites, guardando sus amistades, renunciando a los odios y prevenciones de partido, y dispuesto a hacer justicia a todo el

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

mundo. Terán sentía el amor de la gloria, pero con bastante talento para conocer que ésta no podía adquirirse por las revueltas interiores, abandonó semejante teatro a los ambiciosos vulgares; no lo hizo así cuando la causa de la patria se halló en peligro por la invasión española; voló a presentarse en el campo del honor, donde recogió los laureles de un triunfo debido casi todo a su dirección y esfuerzo. Ni la rebelión de la Acordada ni la de Jalapa, ni ninguna de las que la siguieron, fueron de la aprobación de Terán. A todas rehusó sus servicios, que prestó constantemente al gobierno reconocido, fundado en el principio solidísimo de que las convulsiones públicas sólo por excepción son medio de progresar.

### D. José Bernardo Couto

Es hombre de comprensión vasta y fácil, de estilo flúido y ameno, de instrucción vastísima para su edad, y de una aplicación incansable al estudio. Su carácter es frío, calmado y tímido hasta el exceso en tomar partido por las reformas sociales; este temor no es en él cobardía por los riesgos que pueda correr personalmente, sino por los males públicos que se figura podrían ser el resultado de su voto; por eso está casi siempre por la negativa, y sus propensiones son ordinariamente más bien a conservar que a cambiar. La moralidad de Couto como hombre privado, como ciudadano y como funcionario público es cabal y perfecta en todas líneas; para él no hay distinción entre los deberes públicos y privados que somete a la *conciencia*, único medio de apreciarlos. Los principios políticos de Couto son de *progreso*; pero en razón de su carácter, se prestará más fácilmente a sostener las reformas hechas, que a promover las que están por hacer: el *sí* en él siempre es difícil y muchas veces vacilante; el *no* es constante, firme y pronunciado con resolución.



### **D. Francisco García**

Es uno de los primeros hombres públicos del país, y uno de los ciudadanos más virtuosos de la República. Desde que apareció en el Primer Congreso Mexicano, se hizo notable por la rectitud de su juicio, la claridad de su talento, y lo positivo de sus ideas y principios administrativos, particularmente en el ramo de hacienda que es su especialidad. Los principios políticos del Sr. García son los de *progreso*, que ha adoptado por convicción y seguido con firmeza sin desmentirse jamás, ni aun cuando la fortuna le fué adversa. En el Congreso Constituyente fué el autor del sistema de Hacienda Federal; y en el Senado de 1825 su *Análisis* de la memoria de este ramo, obra pasmosa, de lógica, economía y estadística, levantó victoriosamente el crédito de la República, del abatimiento en que lo había sumido el Sr. Esteva, autor de dicha memoria. Esto valió al Sr. García el Ministerio de Hacienda en 1827, en el cual sólo duró un mes, porque advirtió que los inmensos desórdenes que había en el Gabinete, no eran ni serían remediabiles en muchos años. El Sr. García fué nombrado en seguida Gobernador de Zacatecas, y en seis años que desempeñó el gobierno se condujo de manera, que aquel Estado en los

últimos días de la Federación era indisputablemente el primero de toda la República. En efecto, por los esfuerzos de su Gobernador, todos los ramos de la administración pública adquirieron un arreglo perfecto, y la prosperidad material se llevó a un grado que parece inconcebible. Cuando en todos los demás Estados se turbaba el orden constitucional, García mantenía el suyo en paz y tranquilidad, porque por manejos diestros y por el respeto que imponía logró siempre alejar del territorio de Zacatecas la milicia privilegiada, y poner la cívica bajo un pie muy respetable. Esta fuerza, bien sostenida y sobre todo, bien disciplinada, hacía el servicio interior e imponía respeto al vandalismo de la milicia privilegiada, siendo como era, una de las garantías más efectivas del sistema federal, a cuya conservación y salvación sirvió más de una vez. Las clases privilegiadas jamás han podido perdonar al Sr. García su designio de arrancarles el poder y los rudos golpes que ha descargado sobre ellas como Gobernador de Zacatecas. Lo que ha indisputado sobre todo a estos hombres, son las virtudes de García y su desprendimiento, que los aspirantes del Clero y sobre todo de la milicia, consideran como una reprensión viva y severa de sus manejos vergonzosos, para vivir de los caudales públicos. A pesar de ser un hombre pobre y de haber prestado a su patria servicios que en nada se parecen a las rebeliones clérigo-militares, García jamás ha solicitado para vivir pensiones de ninguna clase; y cuando el Congreso de Zacatecas le asignó una de tres mil pesos, rehusó admitirla, dando por razón que los servicios patrióticos no deben recompensarse con dinero.

### **D. José María Gutiérrez de Estrada**

Este ciudadano es nativo del Estado de Yucatán, donde reside su familia, distinguida bajo todos aspectos. No es necesario decir que Gutiérrez recibió una educación cuidada y escogida, basta haberlo tratado para conocer que fué así; y que supo aprovecharse de ella en la carrera del servicio público a la que se dedicó, y en la cual ha permanecido puro y sin mancha en medio de una clase corrompida. Desde el principio fué destinado a las Legaciones de Europa en razón de hablar y escribir corrientemente los idiomas francés e inglés, y es uno de los pocos que han empleado útilmente su tiempo en las capitales del Viejo Mundo. Flexible por carácter, honrado por educación y principios, y expedito para los negocios, su servicio ha sido perfecto, y sobre todo leal y concienzudo. Gutiérrez es hombre de *progreso* por convicción y principios, pertenece al *personal* del partido escocés, y su conciencia política es firme, segura e ilustrada; por eso, no obstante la suavidad de su carácter, no se le hace ceder en nada de lo que él cree de su obligación, aun cuando se atraviesan amistades íntimas y consideraciones de mucho peso; bajo la administración Alamán, dejó el servicio porque la creyó retrógrada, y a la caída

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

de la Federación dejó el ministerio que desempeñaba, porque estimó justamente que continuar en él habría sido faltar a sus compromisos. Al separarse del puesto el Sr. Gutiérrez Estrada legó a la nación una especie de manifiesto, de aquellos que no se hacen sino en un momento de inspiración; obra de lógica, de sensatez y de lenguaje, este documento está destinado a ser inmortal, y a pasar en la República Mexicana hasta las generaciones más remotas que le leerán con interés. El es la maza de Hércules que descarga sobre su enemigo golpes rudos que lo destruyen y desbaratan hasta reducirlo a materia informe.



### **D. Miguel Santa María**

D. Miguel Santa María es uno de aquellos hombres que no vienen al mundo con mucha frecuencia, y que por sus raras cualidades no pueden aparecer en parte alguna sin hacerse notables. Santa María no es de aquellos hombres que se encuentran frecuentemente en el curso de la vida, con quienes se pueden entablar relaciones que a pesar de un trato frecuente, a nada empeñan, no suponen compromisos duraderos, y cesan con la misma facilidad con que se forman sin violencia ni disgustos. Quien por acaso o de intento ha llegado a ponerse con él en contacto, debe necesariamente amarlo, aborrecerlo o admirarlo, o en otros términos, ser su amigo, su enemigo o su sectario. Nadie más expansivo, más leal ni más franco en sus amistades que nunca han pertenecido sino a las notabilidades del país; pero ninguno menos justo, ni más extremado en sus prevenciones y resentimientos contra sus enemigos reales o aprendidos. La violencia de sus pasiones en odio y benevolencia, lo hace expresarse siempre de una manera fuerte aunque decente, contra los unos, o a favor de los otros. Santa María es indisputablemente reconocido como uno de los primeros escritores y hombres públicos del país; y sin cier-

J O S E   M A R I A   L U I S   M O R A

tas pretensiones de bufonería en sus escritos, o de aristocracia caballeresca en sus maneras, que lo hacen declinar un tanto al ridículo, sería un hombre universalmente respetado. Sin embargo, su juicio recto sobre las necesidades del país, su deseo ardiente de verlo *progresar*, y sus fuertes simpatías con el *personal* del antiguo partido escocés, le habían formado una clientela de admiradores, entre aquellos que en todas partes se dispensan de pensar por sí mismos, y se hallan dispuestos a recibir más o menos el impulso y dirección ajena, para obrar en este o en el otro sentido.

### **D. Juan José Espinosa de los Monteros**

Es nativo del Estado de Guanajuato, e hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de México, de donde salió para la carrera del foro, en la que empezó a ser admirado tan pronto como fué conocido. Una dedicación infatigable al estudio; un talento sólido y profundo en sus concepciones; un tino y tacto finísimo para comprender a la primera ojeada los negocios más complicados, para señalar con dedo certero el punto preciso en que se encuentra la dificultad de cada uno y el modo de resolverla; una facilidad prodigiosa, finalmente, para distribuir un asunto, colocar sus materias en el lugar que a cada una corresponde, y darles el valor de que son susceptibles, todo sobre la marcha, por un solo acto y por un proceder momentáneo; hicieron que Espinosa fuese desde sus primeros ensayos reconocido como un hombre superior, de aquellos que no vienen al mundo sino tarde y pocas veces: esta justa reputación, lejos de debilitarse, se ha robustecido y consolidado con el tiempo, que en una larga carrera ha traído el desarrollo de dotes naturales, cuya reunión forma y constituye la capacidad mental de este ilustre ciudadano. El Sr. Espinosa es hoy considerado como el primer jurisconsulto de la República, no sólo por la extensión y pro-

fundidad de conocimientos en la jurisprudencia civil y canónica, con que se halla también el Dr. Vélez; sino por ser la historia viviente de todos los tribunales, el depositario de sus tradiciones, el intérprete del espíritu verdadero de sus sentencias y acuerdos, y sobre todo, por hallarse con conocimiento cabal y perfecto de los títulos sobre que reposan los derechos de propiedad de las familias mexicanas de medio siglo a esta parte. Como hombre político, este ciudadano pertenece al partido del *progreso*, conoce a fondo sus principios, fines y objetos, los medios de realizarlos y las oportunidades de hacerlo. Era el jefe reconocido de la política del gobierno en la Cámara de Diputados de 1833-1834, y en el ejercicio de esta especie de supremacía parlamentaria fué tan cuerdo y tan sensato, en medio de hombres celosos de su independencia hasta el exceso, que nadie tuvo el menor motivo para quejarse de ella, y todos se sometían sin violencia ni disgusto a una superioridad indisputable e indisputada. El Sr. Espinosa ha desempeñado dos ministerios, ha sido magistrado en los tribunales superiores, y por el concepto que disfruta y su posición social, ha influido poderosamente en las grandes ocurrencias del país. El general Iturbide hacía de él una confianza ilimitada que desgraciadamente no se extendió a los secretos relativos a su elevación al Imperio, no aprobada por Espinosa; la calumnia sin embargo supuso en él, sobre esta y otras faltas, una complicidad que no existía; sólo porque en los momentos de desgracia no tuvo el valor de que otros podían jactarse: el de ser infiel a un amigo de quien nada podía en lo sucesivo esperar.

### **Semblanza Autobiográfica**

Los que han visto la Revista Política que escribió, ya tienen a que atenerse para poder juzgar con menos parcialidad al Dr. José María Luis Mora. En tanto como ha escrito bien o mal jamás ha hablado de sí mismo, ni se ha valido de otros para que lo elogien o defiendan como hacen no pocos. Ha sufrido la censura de sus contrarios porque tiene la reflexión y tolerancia necesarias para conocer que habrá errado y puede errar muchas veces, en el juicio que haya formado o pueda formar de las cosas; y ha despreciado las calumnias de sus enemigos, porque desde que el sol empezó a calentar la tierra jamás ha faltado a las pasiones el idioma de los dicterios, ni éstas han dejado una sola vez de desatarse contra los promotores de reformas.

Mora ha nacido de una familia muy decente y que ha tenido su fortuna en el Estado de Guanajuato y pueblo de Chamacuero. Cuando empezó la insurrección un rancho, llamado Montaña, se presentó de parte del cura Hidalgo en casa de su padre (D. José Ramón de Mora), y comenzó por hacerse entregar diez y ocho mil pesos; para salvar otros setenta y tres mil, que quedaban en la casa, se trasladaron a Celaya y depositaron en el Carmen, de

donde los tomó Hidalgo, arruinando en un día completamente la familia de Mora, a la cual pertenecía a lo menos la mitad de estas cantidades. Sin embargo, cuando todo el mundo se ha hecho pagar tal vez más de lo que se le había quitado, la familia de Mora nada ha reclamado de lo que perdió, y ni aun siquiera se ha ocupado de hacerse reconocer el todo ni parte de esta deuda. La educación que Mora recibió fué cuidada; a ella debe su amor a las letras, a las ciencias sagradas y jurídicas, y sobre todo a las morales, políticas y económicas; y los que lo han tratado y visto sus producciones, le reconocen alguna capacidad para formar juicio de las cosas, y para escribir lógicamente. Su carácter naturalmente ha sido, es, y espera será independiente hasta la muerte, en consecuencia, jamás ha adoptado por base de su juicio la autoridad sino en materias religiosas, jamás ha solicitado ni consentido entrar en relaciones con los que estima superiores a él en cualquier línea, reservando las suyas para sus iguales e inferiores; finalmente, jamás ha acordado a nadie el derecho de protegerlo, ni ha aceptado otra importancia en el mundo que la que pueda venirle de él mismo.

Convencido por la persuasión más íntima debida a sus propias reflexiones, de que los puestos públicos, mucho más cuando como en México se hallan envilecidos por la clase de personas que los han ocupado, no pueden dar por sí mismos importancia ninguna a quien no la tiene personalmente, no ha solicitado ninguno de palabra ni por escrito desde que entró en la carrera política; de los que se le han ofrecido que tampoco han sido muchos, aunque sí de todos

rangos, ha rehusado todos aquellos, que por su naturaleza o por las circunstancias podían comprometerlo a causar *directamente* mal, a alguna o algunas personas; porque si bien es verdad que en la sociedad debe haber verdugo, mientras haya crímenes que castigar, ésta no es una razón para que lo sea todo el mundo.

Mora ha adoptado el *partido del progreso*, tal como va expuesto en esta Revista, desde que pudo pensar, y la elección de sus conciudadanos lo puso en el caso de obrar; *nada retracta ni desconoce de cuanto ha hecho y dicho en sentido de estos principios*, por la única pero eficacísima razón de que hasta hoy (27 de marzo de 1837) no encuentra motivo para hacerlo, y también porque no es decente ni moral abandonar una causa cuando se halla perseguida. La adopción de este partido ha sido obra de pura convicción; los hombres del partido contrario, especialmente los de su clase, lo exaltaban y aun mimaban, cuando se separó de ellos de hecho, pues por convicción lo estaba mucho tiempo antes, de donde debe inferirse naturalmente que no fué el disgusto sino una causa más pura la que lo obligó a obrar así en 1820.

Mora, por combinaciones que sería difícil exponer, se constituyó en una clase cuyas obligaciones de conciencia no le son en manera alguna onerosas, y que está resuelto a guardar, porque así lo exige su deber y el respeto a que sus conciudadanos son acreedores. Creyéndose primero ciudadano que miembro de esta clase, y hallándose por otra parte convencido de los males políticos que ella causa por el estado civil que se le ha dado, ha pedido su reforma como escri-

tor, y lo ha votado y promovido como diputado y funcionario público. Esto ha creado entre él y los hombres de su clase, que jamás lo han acometido de frente, enconos y animosidades que se han robustecido y fortificado por el espacio de diez y siete años, y que no es posible deponer, ni racional esperarlos. En tal estado de cosas todos los vínculos *civiles* que hayan existido o podido existir de una y otra parte, son de hecho, y deben considerarse de derecho enteramente disueltos. *Mora pues renuncia y rehusa para sí todos los privilegios civiles de su clase, que ninguna ley positiva le obliga a aceptar, y que en su caso resiste la ley de la naturaleza anterior a todas las otras, y a la vez superior a ellas. Protesta que por su parte nada hará que sea o pueda interpretarse como un acto de reconocimiento de la existencia de estos vínculos civiles; y desde ahora anticipa para cuando llegue el caso, si llegar debe, que resistirá hasta donde alcancen sus fuerzas, a las pretensiones que otros puedan tener para imponerle privilegios que está resuelto a no aceptar.*

Como funcionario público, Mora ha trabajado sin descanso en el despacho y expedición de los negocios que le han sido confiados; y en los congresos, juntas, comisiones y demás cuerpos colegiados a que ha pertenecido, ha sido incansable en agitar y promover la marcha del *progreso* tal como él mismo la entendía, y va expuesta en la Revista (Política); para lograrlo ha aceptado el echarse sobre sí, no sólo la responsabilidad de sus actos delante de la cual jamás ha retrocedido, sino también lo más grande y penoso del trabajo de dichos cuerpos. Ni como funcionario ni como



particular, Mora ha pedido ni aconsejado jamás que se haga mal, se castigue o se haga sufrir a nadie, y tampoco lo ha hecho él mismo; bajo uno y otro aspecto, jamás se ha ocupado de las personas sino para hacerles servicios a que no estaba por otra parte obligado. Los generales Bravo, Negrete, Echávarri y Arana, el coronel Castro y los hermanos Morenos, cuando se hallaban proscritos y abandonados, han sido defendidos por él, con conciencia, con lealtad, y exponiendo él mismo a grandes riesgos su persona, sin haber recibido servicios compensatorios sino de la familia Negrete; de la misma manera ha obrado con la masa de los españoles y con muchos de ellos en particular cuando se hallaban durísimamente perseguidos en los tres años corridos de 1827 a 1830. En este año en que los yorkinos empezaron a estar de caída, hizo cuanto pudo para disminuir y atenuar la violenta persecución que contra ellos se desató; testigos son de ello los señores D. Cayetano Ibarra, D. Mariano Villaurrutia, D. Antonio Gortari, D. Joaquín Villa, y otros muchísimos a quienes solicitaba en favor de los procesados, especialmente D. Manuel Reyes Veramendi, a quien Mora no ha saludado una sola vez.

En la administración Farías, Mora no se ocupó de los que sufrían con justicia o sin ella, sino para procurarles alivios que no siempre pudo lograr. Conociendo los riesgos que corrían muchas personas, algunas por injustas preven- ciones que había contra ellas, otras por sus imprudencias, y las más porque realmente conspiraban, nada omitió de cuanto podía contribuir a que el señor Farías formase de ellas un concepto enteramente contrario al que por otra parte

le inspiraban. Las relaciones de Mora con el personal de este partido eran muy poca cosa, por lo mismo, no podía dirigirse sino a muy pocas personas; pero lo hizo constantemente aunque siempre sin fruto, para procurarse el mismo resultado. D. José María, D. Francisco y D. José Francisco Fagoaga, D. Eulogio, D. Mariano y D. Antonio Villaurrutia, D. José Antonio Mozo, D. José Batres, D. Joaquín Correa, D. José Domínguez, el Dr. Quintero, D. Florentino Martínez, D. José (María) Gutiérrez de Estrada, D. Domingo Pozo, D. Manuel Escala, dos clérigos Ochoa de Querétaro, D. Joaquín Villa, D. Manuel Cortazar, los generales Morán y Michelena, el Dr. Osoreo y D. Miguel Santa María, deben a Mora servicios y oficiosidades que hasta hoy ignoran tal vez muchos de ellos, y de que podrá deponer el señor Farías. Mora lo importunaba todas las horas del día en favor de alguna o algunas de estas personas, sin fatigarse de las repulsas, ni arredrarse por las dificultades insuperables que era preciso y natural encontrar. A algunas de estas personas las escondió en su casa, a otras les dió avisos importantes de que se aprovecharon, y a todas ellas y a otras muchas, que no sería posible enumerar, las sirvió con celo y empeño, que era lo único que estaba de su parte. Por estos servicios *no ha exigido, pedido ni admitido recompensa de ningún género, ni ha ocupado en nada posteriormente a ninguna de las expresadas personas.* Algunas de ellas, y son las menos, han continuado con él en relaciones amistosas; otras, y son las más, se han mostrado indiferentes, y dos se han portado de una manera que se llama *indecente*, en el Diccionario de la Lengua: éstas son D. Manuel Cor-

tazar y sobre todo D. Miguel Santa María, que en sus arrebatos de furor ha atribuido a Mora su persecución y desgracias. Quien piensa de esta manera de sus amigos es sin duda porque él mismo haría igual en igual caso, lo que sospecha de los otros, y ciertamente, quien tal hace no merece tener amigos. La amistad de Mora, valdrá mucho, poco o nada; pero tal cual ella es, no será en lo sucesivo de D. Miguel Santa María.

Con relación a las personas, Mora no tiene otra falta de que reprenderse a sí mismo, que el haber señalado sin nombrarlo, como uno de los hombres más perniciosos a la República (en el Indicador de la Federación Mexicana) a D. Felipe Neri del Barrio. Esta oficiosidad podía ser en aquella época de consecuencias fatales, y por eso fué una falta, pero no a la amistad que no existía entre Mora y el señor Barrio. Mora, cuando se venía para Europa, tuvo el buen sentido de no aceptar las ofertas, que cree sinceras, y se le hicieron de parte del señor Barrio por conducto de D. Fernando Batres.

Se dijo y repitió hasta el fastidio, que cuanto se hacía en aquella época era por influjo de Mora. Mal conoce al señor Farías quien da crédito a estos desvaríos; este hombre, uno de los más independientes de la posteridad de Adán, es incapaz de sufrir tal influjo. Uno es que Mora pensase y desearse lo mismo que el señor Farías en los puntos capitales, y que en consecuencia se encargase de estudiarlos para facilitar su ejecución, y otro es que hiciese ceder o doblegase esta voluntad de hierro que hasta ahora nadie ha podido someter. El señor Farías podrá tomar con-

sejo de éste o aquél, podrá tener más confianza de uno que de otro, pero la resolución, buena o mala, es siempre suya y parte de él *exclusivamente*, así es que siempre ha sido tachado de obstinación y jamás de debilidad.

Preciso es que Mora haya cometido cien mil faltas que por desgracia no conoce como sucede ordinariamente; pero éstas no son ciertamente las que le hacen cargo sus enemigos, pues consistiendo en hechos falsos sobre los cuales no puede haber ilusión, él mismo ha podido no aceptarlas sin temor de equivocarse aunque parcial y muy parcial en el asunto.

Cuando otros menos instruídos que él mismo, de los hechos en cuestión, se han creído con el derecho y la instrucción necesaria para hacerlo, se le concederá a lo menos un derecho igual para ocuparse de una materia que le tocaba de cerca; así lo ha hecho aunque por capítulos generales y en un breve resumen, para no dar a la materia la importancia que no puede tener por sí misma. Mora debe al cielo el inmenso beneficio de haber conocido desde sus primeros años todo el ridículo de un carácter pretencioso, y por lo mismo ha aplicado todos sus esfuerzos a alejar de sí este vicio que es la plaga mortal de la República. Para alejarse de sí esta falta, lo más posible, ha tomado el partido de no hablar jamás de sí, ni comprar elogios ajenos; por eso no se encuentra nada de esto en las publicaciones periódicas que en México dispensan sus elogios hasta la peste. Hoy ha faltado por la primera o acaso la última vez a su propósito; es porque no ha podido resistir a la tentación de dar *algunas explicaciones* a hechos falsos o constantemente tergiversados. Si este artículo no declina en elogio,

## *E N S A Y O S, I D E A S Y R E T R A T O S*

sino que se limita al objeto dicho, se felicita por haber logrado su intento; pero si fuere lo contrario, esto es una nueva prueba de la debilidad humana, y de la necesidad de mantener el propósito que cada uno debe hacer de no hablar jamás de sí mismo. En todo caso, la cosa ya está hecha bien o mal, y el público juzgará.



## INDICE

	Págs.
Advertencia . . . . .	v
Prólogo . . . . .	vii

## ENSAYOS

Discurso sobre la libertad de pensar, hablar y escribir.	3
Discurso sobre los perniciosos efectos de la empleomanía . . . . .	17
De los medios de precaver las revoluciones . . . . .	31
Discurso sobre el curso natural de las revoluciones .	39

	Págs.
Discurso sobre los delitos políticos . . . . .	51
Discurso sobre los perniciosos efectos del influjo de los gabinetes extranjeros en las naciones que los sufren . . . . .	73
Pensamientos sueltos sobre educación pública . . .	91
La clase militar . . . . .	101
Sobre la conducta de los escritores respecto de los que impugnan sus producciones . . . . .	119

#### I D E A S

Ideas . . . . .	125
-----------------	-----

#### R E T R A T O S

D. Miguel Hidalgo y Costilla . . . . .	167
D. Félix María Calleja del Rey . . . . .	171
D. José María Morelos y Pavón . . . . .	173
Doña Manuela Taboada de Abasolo . . . . .	179
D. Valentín Gómez Farías . . . . .	183
D. Manuel Gómez Pedraza . . . . .	187
D. José María Fagoaga . . . . .	189
D. Manuel de Mier y Terán . . . . .	191
D. José Bernardo Couto . . . . .	193



	Págs.
D. Francisco García . . . . .	195
D. José María Gutiérrez de Estrada . . . . .	197
D. Miguel Santa María . . . . .	199
D. Juan José Espinosa de los Monteros . . . . .	201
Semblanza autobiográfica . . . . .	203



EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,  
BAJO LA DIRECCIÓN DE FRANCISCO  
MONTERDE, FUÉ IMPRESO ESTE  
LIBRO QUE ILUSTRÓ JULIO PRIETO.

